
DOC SAVAGE
por KENNETH ROBESON
EL ESPEJISMO
DEL CRIMEN

El espejismo del crimen

Kenneth Robeson
Doc Savage/35

CAPÍTULO I

NIEVE DE VERANO

PATRICK Brennan, vigilante de policía, fue el primero en ver a la hermosa mujer de cristal. Desgraciadamente, el vigilante Brennan no vivió lo suficiente para dar cuenta de la increíble aparición: murió heroicamente en el cumplimiento de su deber. La nieve iba amontonándose en el suelo.

Empezó a caer más de una hora antes de que la hermosa mujer, llena de vida, quedara trasformada en una horrible silueta sombreada en aquel cristal del escaparate. El doble fenómeno de la nieve y de la espantosa sombra decían no tener relación alguna entre sí.

El policía Brennan hubiera podido explicar lo ocurrido, de haber sobrevivido; pero se quedó estirado en mitad de la calle, aunque su revólver de ordenanza dio buena cuenta de sus agresores, enviando a dos de ellos al otro mundo.

La nieve no es cosa extraordinaria en Manhattan, pero ventiscas como aquellas no son frecuentes y, de todos modos, ocurren en su tiempo y en la temporada adecuada.

La nevada en cuestión fue notable y se registró en el Centro Meteorológico, de los Estados Unidos, como un caso único de tiempo caprichoso.

Era cerca de medianoche cuando los primeros copos de nieve azotaron los rostros de los que habían asistido a los espectáculos de Broadway y muchas voces, asombradas, expresaron su incredulidad.

—¡Figúrese! ¡Una tormenta de nieve! ¡En esta estación!

Estas y muchas otras exclamaciones saludaron el principio de la tempestad.

En las oficinas del Boletín Meteorológico del Gobierno, la

extrañeza fue mayor que en ninguna otra parte.

Un observador, de pelo canoso, dividió su tiempo entre una ventana y sus instrumentos, consultando frecuentemente mapas y papeles.

—Miren este mapa nocturno —rezongó—. Estamos directamente en el área de alta presión que se extiende hasta un par de centenares de millas en el Atlántico... de modo que eso no es posible.

—Esto es lo que el mapa dice —le contestó una voz profunda—, pero lo que hay en la ventana no es turrón de nieve, amigo, sino nieve verdadera. La he tocado y la he probado. Tendrás que hacer un nuevo mapa.

El que hablaba era una autoridad en materia de mapas y su nombre se destacaba entre los de los primeros ingenieros del mundo entero.

Los puños de aquel hombre tenían aproximadamente el tamaño de su cabeza y ésta, fuerte como la de un león, descansaba sobre un cuello de toro.

Se trataba nada menos que del coronel John Renwick, conocido en el Observatorio y de muchas personas, por el nombre de “Renny”.

Su fama de ingeniero era quizá un punto menor que su posición destacada, fuera de uno de los cinco compañeros de aventuras de Clark Savage júnior, el hombre de bronce, conocido por el nombre de Doc Savage.

—Tienes razón —declaró un hombre de menor estatura y de rostro delgado de un blanco enfermizo—. Sin duda alguna eso es nieve y dentro de poco tendremos un fuerte temporal.

—Estás loco —declaró prontamente el observador de cabello cano—. ¿Cómo puede haber un temporal? Mira, el centro más cercano de baja presión está al Sur de las Carolinas. No puede haber tormenta eléctrica.

El hombrecillo delgado meneó la cabeza.

—¿Y cómo es posible que haya una tormenta en pleno verano?

El hombre delgado era el Mayor Tomás J. Roberts, conocido por “Long Tom”, otro de los compañeros de Doc Savage y verdadero mago de la electricidad.

Aquello era lo increíble del caso, puesto que se estaba en verano

y, con mayor exactitud, a medianoche del cuatro de julio.

Al cabo de unos minutos sería la madrugada del cinco de julio, de modo que, tal como el observador insistía en decirlo, “no podía estar nevando.”

Los más viejos habitantes de Manhattan no habían presenciado jamás semejante fenómeno y, desde que existía el Boletín Meteorológico, no se había encontrado con un tiempo tan caprichoso.

—Mirad eso —dijo el observador—. El Middle West entero está sufriendo la peor ola de calor del verano. Boston y toda la región hasta Pórtland, en el Maine, registran altas temperaturas.

Aquel hecho extraordinario, caso fantástico, estaba registrado en la oficina del Gobierno. Las calles de la ciudad quedaban rápidamente desiertas.

Poco después de medianoche, había escaso tráfico alrededor de los distritos comerciales.

La nieve no había caído en suficiente cantidad para impedir el paso de los automóviles, pero los vecinos, vestidos de verano, habían desaparecido de las calles.

Los pálidos rayos de los faros de un cochecito iluminaban la calzada, cerca de una bocacalle, a donde iba a parar la escalera de un tren aéreo.

Aquel cochecito era un cupe amarillo, del tipo de los de alquiler. El que lo guiaba lo mantenía en el centro mismo de la calle. Al volver la esquina el cupe, se oyó una especie de explosión. ¡Blop! El aire silbó unos segundos.

—¡Oh! —exclamó una voz nerviosa—. Temía que algo ocurriese.

Uno de los neumáticos de las ruedas delanteras había reventando. El rostro del conductor quedó revelado por las luces de la calle. Era una cara pequeña, de facciones exquisitas.

Unos grandes ojos luminosos reflejaban la luz exterior y unas manos esbeltas y blanquísimas agarraban fuertemente el volante. Eran manos incapaces de llevar adelante un coche que tuviera un neumático reventado.

El cupé se acercó a la acera, hundiéndose uno de sus lados en la nieve amontonada en el arroyo.

—Tendremos que bajar aquí y continuar rápidamente —dijo otra mujer sentada al lado de la que guiaba—. Vi que nos seguían al

salir del aeródromo. Debimos separarnos entonces.

El temor que expresaba la voz de la mujer quedó inmediatamente confirmado. Doc coches más volvían entonces la esquina. Ambos eran sedán negros y sus cortinas estaban herméticamente cerradas.

La esbelta mujer sentada en el volante se deslizó de su asiento y abrió la portezuela.

—Iremos por distintos caminos —dijo con voz entrecortada—. Voy a intentar coger el tren aéreo. Entonces podrás deslizarte hasta la otra calle y tomar un taxi.

Los dos coches cerrados, uno tras otro, se acercaron al cupé. La mujer que había hablado extendió la mano dentro del coche y recogió un bolso de cadena metálica del asiento.

Resbaló y se tambaleó al dar los primeros pasos, pero alcanzó la acera y echó a correr.

—Ve por el otro lado —gritó a su compañera—. ¡Por favor, date prisa! Le daré el mensaje al señor Doc Savage. Te esperaré si no llegas allí la primera.

Uno de los dos sedán pasó delante del cupé. Su conductor invisible acercó el vehículo a la acera, al lado de la joven que, recogidas las faldas con ambas manos, corría, enseñando unas piernas esbeltas, enfundadas en unas brillantes medias de seda. La nieve resbaladiza le llegaba, en aquel sitio, al tobillo.

Cuatro hombres surgieron del sedán, pisando la calle nevada. Eran hombres altos, que se movían con cierta dificultad. Arrastraban los pies como si grandes pesos colgaran de sus cuerpos y piernas. Aquellos hombres se encontraban entre la joven y la escalera del ferrocarril aéreo de la esquina, pero no hicieron ademán de cerrarle el paso. Al saltar del sedán, tomaron posición en el centro de la calle. La joven abrió la boca y sus ojos luminosos tradujeron el terror. Vió los rostros de los cuatro hombres que estaban en la calle.

—¡Oh, han venido! —dijo en un murmullo—. ¡Sabía que vendrían!

Los cuatro hombres tenían el rostro de un extraño color plomizo. Cualquiera hubiese dicho que se trataba de muertos andando.

Tal vez era lo que la mujer joven se imaginaba, o, posiblemente, se trataba de alto más siniestro, más espantoso. Durante unos

segundos los cuatro hombres se limitaron a mantenerse a la altura de la fugitiva.

El color de sus caras era debido a unas máscaras que llevaban y que se adaptaban perfectamente a sus narices y a sus barbillas. Cubrían sus cuellos y parecían estar sujetas al pesado material oculto por su grueso traje exterior.

Aquellos hombres no llevaban abiertamente armas. Dos de ellos sostenían en sus manos unos instrumentos especiales, parecidos a las pinzas de un partidor de hielo, con la diferencia que tenían unos mangos de varios pies de largo.

Los hombres seguían los pasos de la mujer con aquellas extrañas herramientas al hombro. La joven se acercaba a la escalera del ferrocarril aéreo. Gritó nuevamente, como para tranquilizarse:

—Se lo daré al señor Savage...

El sedán negro del cual los cuatro hombres habían bajado, se lanzó de pronto hacia delante. Los cuatro hombres se apartaron, dejándole pasar.

El coche se metió entre ellos y la fugitiva. La joven se encontraba entonces frente al gran escaparate de cristal de una tienda de instrumentos de música.

Estaba lleno de instrumentos relucientes de plata y cobre y el cristal llegaba hasta el nivel de la acera. La sombra de la mujer se reflejaba en el mismo como una aparición fugitiva.

La puerta del sedan que corría a lo largo de la acera se abrió y un globo, tal vez dos veces mayor que una pelota de fútbol, rodó afuera. Esta esfera había sido empujada fuertemente desde el interior del coche.

La portezuela del sedán se cerró con un ruido seco y el globo cayó sobre el empedrado de la acera, donde había varias pulgadas de nieve. Esta no entorpeció la marcha del objeto esférico, puesto que allí donde tocaba, la nieve desaparecía instantáneamente.

La fachada de las casas, el armazón del ferrocarril aéreo, el cupé y los demás coches quedaron pronto bañados por una extraña luz verdosa. La luz brillaba intensamente y parecía contener cierta sustancia.

Era como si, de pronto, el aire se hubiese llenado de partículas invisibles. El segundo sedan se detuvo al otro lado de la calle, a alguna distancia.

Dos hombres saltaron del mismo, echando a correr por la calle. No llevaban antifaz y sus caras estaban contraídas y expresaban una gran determinación.

Tenían las gorras caladas hasta los ojos. Ambos hombres enarbolaban pistolas automáticas de gran calibre. Parecían decididos a alcanzar a los cuatro hombres de las máscaras plomizas; pero no dispararon.

El sedán del que se habían apeado permaneció inmóvil en el mismo sitio. Se oyó un silbido lento y profundo. El globo iba perdiendo parte de la velocidad adquirida, pero se acercaba a la mujer. Esta, que se encontraba precisamente delante del escaparate.

Ante el cristal, lanzó un grito fuerte, agudo, parecido al de un animal moribundo. Únicamente la muerte era capaz de arrancar semejante sonido a una garganta humana.

Se oyó otro grito más ahogado, especie de eco del lamento mortal. Salió del cupé amarillo y otra figura femenina, envuelta en un abrigo y cubierta la cabeza, se deslizó del cochecito. Era la otra mujer.

El brillo del extraño globo de la acera cegaba. Los dos hombres armados con las automáticas se detuvieron en medio de la acera, blasfemando y pasándose la manga de la americana por los ojos.

La esbelta figura del coche alcanzó la acera, se arrimó a la pared de uno de los edificios y guiándose por el tacto, anduvo hasta un pasaje abierto entre dos calles, metiéndose en él.

Durante unos segundos más la calle entera se llenó del extraño ruido semejante a un silbido. Las partículas invisibles llenaron el aire chisporroteando levemente.

El reflejo verdoso prestaba a la nieve un aspecto fantástico. Con aquel grito espeluznante, la joven que intentaba alcanzar la escalera del ferrocarril aéreo desapareció del sitio que había ocupado, frente al gran escaparate de cristal.

El espacio entre aquel lugar y la escalera del “elevado” estaba brillantemente iluminado: pero la mujer no llegó a pisar la escalera.

Durante unos segundos, se pudo creer que había caído en el nieve y que los copos que todavía caían la habían recubierto, pero alrededor de la tienda, la nieve se derretía como si un calor intenso la hubiese tocado, y cuando el pavimento quedó desnudo y liso, la mujer no estaba allí.

Los cuatro hombres de los antifaces de color de plomo se movían como autómatas. Los que llevaban las pinzas de largo mango, se acercaron a la acera y entrambos detuvieron y recogieron al globo que había salido del sedán. Con ayuda de las pinzas, lo volvieron a introducir en el coche.

Todos subieron rápidamente al automóvil. El sedán se puso en marcha con un ruido seco de engranajes. El conductor no parecía ser muy hábil, pero tenía prisa por alejarse. El coche dobló la esquina, rozando la hilera de pilares del ferrocarril aéreo. Patrick Brennan, el policía, estaba llamando por teléfono en el cruce de la avenida siguiente, cuando la mujer gritó.

Los dientes del vigilante castañeteaban, ya que su ligero uniforme de verano no estaba hecho para desafiar una ventisca en el mes de julio. Dejando caer el auricular, Brennan echó a correr hacia la esquina.

Una luz cegadora borró toda visión ante sus ojos. Avanzó a tientas, cogiéndose a la pared con una mano. Lo primero que el policía Brennan vió fue un pequeño cupé amarillo. Sus pies tocaban el pavimento desnudo.

Se acercó al automóvil y entonces vió el escaparate de instrumentos de música. Lo miró un momento, abriendo lentamente la boca. Más allá del cupé los dos hombres del segundo sedán echaron a correr.

En la mano sostenían sendas automáticas y ambos daban traspiés como si estuvieran medio ciegos.

—¡Alto los dos! —gritó secamente Brennan—. ¿Qué es eso? ¡Deteneos os digo!

Fue un error por su parte. Su voz sirvió de blanco a los dos hombres, que levantaron la mano y apretaron el gatillo.

El policía de vigilancia Brennan dobló las rodillas y tosió. Apoyó una mano en el lado del cupé, para no caer.

La dirección de donde habían venido los tiros era lo único que le guió para apuntar, pero aunque su enorme corpachón se venía lentamente al suelo, Brennan disparó dos veces con su revólver de servicio sin que le temblara la mano. Ambos hombres rodaron sobre la nieve.

Uno de ellos no volvió a moverse. El cuerpo del otro se sacudió espasmódicamente. Brennan estaba ya de rodillas.

Le era imposible ponerse de pie, de modo que anduvo a gatas, cruzando la calle en dirección al segundo sedán parado. El conductor de este coche se desentendió de los cuerpos que yacían en la calle y se alejó burlonamente.

El policía Brennan levantó su revólver y dobló el dedo sobre el gatillo, pero las fuerzas le abandonaron. De los labios del policía salía un hililllo de sangre que manchó la nieve en torno a su cabeza.

El cupé amarillo permanecía solo y vacío. No quedaba nadie con vida en aquella manzana. Los tres cuerpos no eran ya más que tres bultos negruzcos, a los que la nieve iba lentamente recubriendo.

En el sitio donde la joven se había encontrado frente al escaparate de la tienda de instrumentos de música, había una mancha negra, como si un hierro candente hubiese barrido el pavimento.

No se veía en ninguna parte el cuerpo de la mujer. En la acera, frente a la tienda, había una extraña colección de objetos. Directamente enfrente del cristal yacía un bolso de cadena metálica. Se abrió al caer y una pistola pequeñita, de las que una mujer usa para protegerse, se había deslizado fuera.

Una docena de brillantes botones de metal yacían aquí y allá. Todavía despedían un resplandor verdoso que lentamente iba desapareciendo de la calle. Una sortija de brillantes había rodado hasta el borde de la acera.

Un reloj lujoso y unos pendientes de esmeraldas se encontraban cerca del escaparate. De la hermosa figura que estas joyas habían adornado no quedaba el mas leve rastro.

CAPÍTULO II

CORPUS DELICTI EN EL CRISTAL

UNAS manos bronceadas y fuertes se movían entre numerosos instrumentos relucientes, colocados sobre un estante de mármol negro. Las lucecitas fijas en el estante se reflejaban en un par de ojos dorados.

La piel morena del fuerte cuello de Doc Savage se confundía con la mata de igual color de su cabello. Tan concentrado e inmóvil estaba, que su cabeza daba la impresión de ser una estatua.

—No cabe la menor duda que la tormenta de nieve es un caso aislado localizado en el área de Nueva York —declaró el hombre de bronce—, pero hay indicaciones de la posibilidad de que en otros lugares lejanos se vean afectados de igual modo. Ella me dijo que quizá habría bruscos cambios de tiempo…

Así se expresaba el hombre de bronce hablando a tres de sus compañeros.

Durante más de una hora había estudiado la extraña tormenta de nieve ocurrida en pleno mes de julio. Con ayuda de la radio y de otros instrumentos, observó y tomó nota de varios puntos distintos del mundo.

El equipo científico del cuartel general del conocido aventurero, instalado en el piso 86 de un rascacielos, no carecía de ninguno de los adelantos modernos.

Sólo con tocar un botón Doc Savage se ponía en contacto con cualquier latitud. Johnny, que no usaba nunca la palabra corta cuando otra cuando otra más larga servía para el caso, se afanaba con el aparato de radio.

—Este fenómeno barométrico es, sin duda, una manifestación solar, fuera del alcance de la elucidación casual —observó el sabio

geólogo y arqueólogo del grupo aventurero de Doc Savage.

—Supongo que eso es griego para ti, Monk —dijo con sorna Ham, sacudiéndose un grano de polvo de la manga de su traje de verano a la última moda.

El ancho corpachón de Monk llenaba el hueco de una de las ventanas. Monk era caso tan ancho como alto. Se volvió y sus ojillos brillaron con rabia bajo sus cejas hirsutas. Unos pelos del color rojo de un metal oxidado crecían alrededor de sus orejas y de su cuello. También sus manos estaban cubiertas de ellos. El cuerpo de Monk tembló de indignación y una mano peluda limpió la nieve de la repisa de la ventana.

—Dentro de medio segundo un asqueroso picapleitos tendrá que comprarse un traje nuevo —chilló.

Ham, es decir, el brigadier, general Teodoro Marley Brooks, uno de los abogados más astutos que han salido de la Universidad de Marvard, y Monk, es decir, el teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, famoso químico, consideraban mal empleado el día que trascurría sin haberse insultado mutuamente. Johnny prosiguió sus observaciones sobre el tiempo.

El inteligente geólogo era alto y delgado hasta un extremo inverosímil. Bajo el nombre de William Harper Littlejohn, había ocupado una de las primeras cátedras de una excelente Universidad.

Hablaba empleando palabras de una sílaba solamente cuando estaba excitado o las cosas se complicaban.

—Dijo que habría cambios de temperatura repentinos —repitió Doc Savage consultando el barómetro velado sobre el mármol negro.

Aunque esta doble afirmación era enigmática, ninguno de sus tres compañeros le pidió una explicación. El hombre de bronce lo haría a su debido tiempo.

Precisamente entonces la tormenta de nieve alcanzaba su punto culminante.

Los copos revoloteaban frente a Monk, que permanecía ante la ventana abierta. El inmenso rascacielos, cuya torre se proyectaba atrevidamente en el cielo, parecía mecerse, impulsado por las ráfagas de viento.

El teléfono dejó oír su llamada. Doc Savage cogió el auricular y Johnny se apoderó instantáneamente de otro.

Era Renny quien llamaba desde la Oficina del Boletín Meteorológico, donde lo envió el hombre de bronce en compañía de Long Tom, con el fin de estudiar los progresos de la extraña tormenta.

Por regla general, Doc Savage no se preocupaba del tiempo que hacía, pero antes de estallar la tempestad, tenía sus motivos para no dejar escapar el menor detalle que pudiese tener algún valor.

—Habrá una fuerte conmoción eléctrica —anunció Doc, poniendo fin a su conversación con Renny—. Esta en la predicción de Long Tom. Los miembros del Observatorio no están conformes con esta teoría, pero coincide con mis propias observaciones.

El hombre de bronce tomó dos hojas de papel amarillo del mes. Eran telegramas que Doc volvió a leer con atención, como si hubiese algo apuntado entre las líneas. Uno de los telegramas había sido expedido en Los Ángeles y decía:

"Muerte amenaza muchas personas Stop Desastre puede amenazar mundo entero Stop Tiene que ayudarnos Stop Voy a su encuentro."

"Sathyra Fotheran."

El otro mensaje había sido enviado de Chicago tan sólo unas diez horas después que el primero y decía:

"Me entero se encuentra en grave peligro stop Tenga cuidado visitantes pieles morenas stop Debo ir al desierto de Siria stop Esté ojo avizor hasta que me vea stop Vigile cuando cambie el tiempo."

"Sathyra Fotheran."

Sathyra Fotheran —dijo Doc en voz alta—. Esto significa Lady Sathyra Fotheran, la hermana de Denton Cartheris.

Johnny miró los telegramas con suma atención y sus ojos brillaron de interés.

—Lady Fotheran —dijo—. No habrá otra que lleve el mismo nombre. Es la hermana del revelador de la separación de la carne predinástica de la ultra civilización de los Hititos, pueblo en desaparición —y añadió en inglés más conciso—: Lo que llegué a envidiar a ese individuo. Denton Cartheris. ¿No se discutió acerca de su muerte, y no siguió la cuestión de sí realmente había fallecido?

—Denton Cartheris desapareció durante una nueva excursión de exploración, después de sus descubrimientos en la antigua capital de los Hititos —declaró Doc—. Pero la información recibida por sus

amigos indicaba que creía que iba a morir y había tomado sus medidas en tal sentido.

Un relámpago lo iluminó todo, de pronto, por la ventana abierta. Un formidable trueno lo acompañó con una explosión que conmovió los rascacielos.

—Dijo que vigiláramos un cambio de tiempo —musitó Doc—. Recientes informaciones hablan de tormentas sin precedentes en el norte de Siria. El río Éufrates ha sufrido una crecida de veintitrés pies mayor de lo que nunca registró.

—¡Rayos! —exclamó Monk—. ¿Cómo es eso posible? ¿Hemos de creer que esa señora sabía esta tarde, en Chicago, el tiempo que haría aquí por la noche?

—Así parece —contestó Doc—. De un momento a otro podemos tener nuevas noticias de Lady Fotheran.

El hombre de bronce no hablaba a la ligera y se limitaba a calcular el tiempo que se necesitaba para volar entre Chicago y Nueva York. El teléfono volvió a dejar oír su llamada insistente. Johnny repitió la maniobra interior y una voz de mujer, llena de angustia y temor, dijo:

—¿El señor Savage? Estoy intentando llegar hasta usted…

Hablaba atropelladamente, como si le faltase el aliento:

—¡Me están siguiendo…! No puedo decirle más… Estoy…

—¡Dónde se encuentra? —preguntó Doc Savage.

—En la calle treinta y tres, cerca de…

Las palabras se le ahogaron en la garganta y el teléfono transmitió un grito de dolor de la mujer. Se oyeron dos golpes como si se rompiesen ramas secas.

Al oído del hombre de bronce no llegó más que el zumbido de la línea. Doc se convenció que el auricular del otro lado había sido soltado bruscamente.

—¿De dónde procedía la llamada? —preguntó a Johnny.

Gracias a un dispositivo inventado por Doc, le será posible enterarse inmediatamente de la procedencia de cualquier llamada.

—Teléfono público —anunció Johnny dando las señas del lugar, que estaba a cierto distancia.

—¡Quédate aquí Johnny! —dijo Doc—. Prepárate, pues tal vez tengas una visita. ¡Ojo si llega alguien con cara de asiático! Monk y Ham me acompañarán.

Doc Savage franqueaba la puerta al acabar de hablar. No se entretuvo en recoger un arma, puesto que nunca llevaba revólver.

Sus hombres llevaban las armas perfeccionadas que había inventado y que eran en realidad unas pequeñas ametralladoras cargadas con balas misericordiosas.

El ascensor particular y rapidísimo de Doc cayó como una sonda al pie del piso 86. Al salir del ascensor, los tres hombres penetraron en el garaje subterráneo de Doc.

El roadster en el que salieron a la calle, menos de un minuto después del grito de la mujer en el teléfono, tenía el aspecto de un coche ordinario; Sin embargo las balas se aplastarían sin causar daño alguno sobre su carrocería de metal o sus cristales a prueba de bala. Monk se sentó al volante y Doc le advirtió:

—Anda con cuidado. Esto puede ser algo más serio de lo que nos pensamos.

Monk era un chofer experimentado. El coche, dotado de un súper motor de enorme potencia, rozaba las columnas del ferrocarril aéreo, Monk tenía el don de calcular la distancia de un modo exactísimo sin que muchas veces hubiese un margen de más de un centímetro entre el automóvil y el acero de los pilares.

Monk volvió la esquina de la avenida en busca de las señas del teléfono público indicado por Johnny. La calle en que penetró estaba vacía.

Únicamente se veía un pequeño cupé amarillo parado al lado de la acera.

Tenía el radiador hundido en la nieve, como si hubiese sufrido un accidente.

Era evidente que la mujer llamó aproximadamente al mismo tiempo en que el policía Brennan murió en la nieve.

Los cadáveres no habían sido descubiertos todavía.

Monk frenó detuvo el roadster.

—¡Rayos y truenos! —gritó—. ¡Esos bultos en la nieve son cuerpos humanos!

Doc Savage había saltado del estribo antes de detenerse el coche. Rápidas, sus manos limpiaron la nieve del uniforme del policía Brennan.

Éste yacía de bruces, tal como se había arrastrado hacia los compañeros de los hombres que le mataron. El hombre de bronce

comprobó la posición de los otros dos muertos, y vió que todavía empuñaban sus respectivas automáticas.

—¡Un bravo policía! —murmuró Doc—. Y... una pareja de las "ratas" de Whitey Jano —. Ignoraba que Whitey Jano empleaba pistoleros para trabajos ordinarios.

—El "poli" los cogió a los dos —dijo Monk—. Se metió con ellos directamente.

—Sí —asintió el hombre de bronce—, y eso después de que le pegaran cuatro tiros.

No explicó cómo sabía este detalle. Y se encaminaba ya al cupé amarillo, al que examinó durante unos segundos. Y de pronto se oyó una música extraña, una especie de trino que no parecía provenir de ningún sitio determinado.

Hubiera podido ser el silbido de algún pájaro tropical, o el zumbido de un alambre movido por el viento. Los labios de Doc no se movían, pero, sin embargo, aquel sonido emanaba de él.

Era señal de una concentración extraordinaria por su parte. Monk y Ham continuaban a su lado. Doc echó a andar lentamente por la acera en dirección a la escalera del ferrocarril aéreo.

—Esta nieve está aquí desde hace pocos minutos —dijo moviéndola con el pie—. La primera caída ha desaparecido, y sin embargo, no hay ningún sótano calentado debajo de este pavimento.

Frente a una tienda de instrumentos de música, el suelo estaba ennegrecido y la porción chamuscada del empedrado de la calle se destacaba claramente a través de la delgada capa de nieve que la recubría.

Los truenos se sucedían, los relámpagos arrancaban destellos a los techos de los rascacielos y, entre uno y otro, las fachadas los edificios adquirían un tono verdoso.

Doc se detuvo frente al escaparate de la tienda de música. Apartando un poco la nieve con la mano, recogió del suelo un bolso metálico de mujer. Sus dedos tocaron el metal frío de una pequeña pistola automática.

Doc sostuvo el bolso y la pistola entre sus manos.

—Las iniciales son S. F. —declaró señalando las letras de plata clavadas en el bolso. Sacó una de las tarjetas de visita que contenía el bolso.

—Lady Sathyra Fotheran —añadió en voz alta.

—¡Maldición! —gritó Monk—. ¿Crees que esos individuos han raptado a esa señora? Mira esto, Doc.

Doc Savage había visto ya lo que arrancaba esta exclamación a Monk…, un par de pendientes y un lujoso reloj pulsera.

—Deben haberle arrancado las joyas, dejándolas caer al empezar el policía a disparar sobre ellos —hizo observar Ham—. Aquí está una de sus sortijas.

Había descubierto la sortija de diamantes que brillaba en la nieve al borde de la acera.

—Me parece que no —declaró el hombre de bronce—. Nota esta luz peculiar. Está en la nieve… y más fuerte en el diamante que en ningún otro sitio.

El extraño brillo perduraba en la calle. La escena se parecía al decorado de un teatro. No parecía sino que una sustancia fuertemente, quizá sulfuro de cinc, había sido vertida por todas partes.

Nuevamente se oyó aquel trino extraño que Doc emitía en momentos de gran tensión intelectual. El hombre de bronce estaba de pie, sin moverse.

Sus ojos habían descubierto el manantial de aquel extraño resplandor de la calle.

¡Rayos! —exclamó Monk—. ¡Que me aspen si entiendo lo que hay aquí, Ham! ¿No lo ves? ¡Allí en la ventana!

—Lo estás viendo, Monk —declaró Doc—, o mejor dicho, la estás viendo.

Un tren aéreo se detuvo y varias personas bajaron la escalera. Las sirenas de la policía resonaron en dos direcciones distintas.

El primer coche que traía fuerza armada llegó rápidamente y el conductor lo detuvo frente al grupo formado por Doc y sus amigos delante de la tienda de música.

El detective, inspector Carnahan, tenía el rostro colorado y el genio pronto.

Seguido de cuatro hombres, saltó sobre la nieve y un minuto después empezó a dar sus órdenes a grito pelado:

—¡Acordonad la manzana! Son Slim Decarro y Creeper Hogan de esa maldita cuadrilla de Jano. Nos han tumbado a uno de los muchachos. ¡Ha habido lucha! ¡Hem!… ¡Es usted Savage ¡¿Qué le

trae por aquí, sino se trata de uno de esos extraños accidentes...?

El hombre de cara colorada se enfrentó con el hombre de bronce.

—No fue debido a un accidente —dijo tranquilamente Doc.

—¿Entonces que sabe de todo eso? —preguntó Carnahan—. ¿A quién esperan esos asesinos de Jano? ¿Y cómo fue que dejaron a esas "ratas" en la calle? Creí que habíamos acabado con esas luchas.

—No ha sido una lucha entre gangsters, inspector —dijo el hombre de bronce con voz lenta—. Ha sido el asesinato de una mujer.

—¡Una mujer! ¡Que mujer? —gruñó Carnahan—. ¿Dónde está?

—¡Ahí mismo! —señaló Doc—. ¡En el cristal de este escaparate!

—¡En el cristal! Una mujer asesinada... ¡oiga! ¡Está usted loco de remate! —gritó el inspector, y al agolpársele la sangre al rostro, éste tomó un bonito color de remolacha—. ¿Qué se ha creído usted? ¡Pues bien: por los cuernos de Satanás...! ¡O´Malley, Connors, venid acá!

Los detectives O´Malley y Connors emitieron sonidos extraños, tenían los ojos casi fuera de las órbitas y se acercaron como en un trance.

—Por todos lo santos! —exclamó uno de ellos—. ¡Es como un dibujo!

En efecto, podía ser únicamente un dibujo. Pero en tal caso resultaba una sombra extraordinaria. En el espeso cristal se veía a una mujer andando.

No era más que una silueta negra y le faltaban los claros y obscuros de una fotografía. Era de tamaño natural, cono si el cuerpo de la mujer se hubiese aplastado, incrustándose en el cristal.

Tenía un brazo esbelto, levantado, como para protegerse de un golpe o alejar un peligro amenazador. El inspector Carnahan frotó el cristal con la mano, pero su superficie era suave y liza.

—¡Abridme esta puerta! —ordenó brevemente—. Saltad el cerrojo o romped la ventana, pero entrad. ¡Vamos a ver qué es esta nueva locura! ¡Savage! No se vaya usted. ¡Quiero hablarle!

Son duda, Carnahan era uno de los pocos inspectores neoyorquinos que no sentían respeto por la reputación de Doc Savage.

En realidad, era la primera vez que el señor Carnahan se veía en

presencia del hombre de bronce. Cuando hubieron forzado la cerradura y Carnahan en persona se hubo encaramado al escaparate, el inspector descubrió que no había adelantado en lo más mínimo.

El interior del gran cristal era tan liso como el exterior.

—Sin embargo, aquí hay una mujer que no se encontraba en este aparador antes —aseguró el detective O´Malley—. Yo estuve en la tienda ayer por la tarde con el fin de comprarle una flauta a mi chico. Y el cristal estaba tan limpio como una hoja de papel en blanco.

El inspector Carnahan distaba mucho de sentirse apaciguado. Nuevamente se encaró con Doc Savage.

—¡Esa loca figura del cristal no significaba nada, Savage! ¿Por qué sospecha usted que mataron a una mujer? ¿Dónde se encuentra? ¿Dónde está el corpus delicti?

—No necesitará usted buscar más lejos que este escaparate, inspector —declaró soberbiamente el hombre de bronce—, en este cristal, y tan claramente que nunca lo verá mejor, se encuentra su corpus delicti.

CAPÍTULO III

HOMBRES DE ROSTROS OSCUROS

LA piel del rostro del inspector Carnahan semejaban la de un globo de niño.

Su cara estaba tan hinchada que parecía a punto de reventar.

—¡O´Malley! ¡Connors! —rugió—. ¡Estaos de guardia delante de ese escaparate hasta que consiga más hombres! ¡Voy a dar la alarma para Whitey Jano! ¡Yo que creía que ese bribón de siete suelas se dedicaba a faenas menos peligrosas!

El inspector Carnahan se refería a su creencia de que Whitey Jano se había transformado en bandido de más alta esfera.

Su “hoja de servicios” ponía de relieve que dos veces consecutivas se le había acusado de estafa, a la par que se había mudado del barrio pobre de East Side a una lujosa morada de los alrededores de Central Park.

Mientras el inspector Carnahan concentraba su atención, presa del mayor asombro, sobre el aparador que contenía la sombra del crimen, Doc Savage se había introducido en el cupé sin llamar la atención, teniendo cuidado de no mover las almohadas del único y ancho asiento.

Con ayuda de un frasquito que llevaba en un bolsillo interior, el hombre de bronce espolvoreó el asiento en toda su anchura, con un polvo químico grisáceo.

Casi instantáneamente el terciopelo de las almohadas tomó un curioso tono amarillo en el sitio donde el pelo se ponía lentamente en su sitio después de haber sido comprimido.

Esto enteró a Doc del hecho de que dos personas habían ocupado el cochecito. Una plaquita interior le reveló que el cupé era de alquiler.

Tomando nota del nombre del dueño, el hombre de bronce se apeó y volvió a cruzar la calle. Doc anduvo por la acera hasta la esquina del ferrocarril aéreo y regresó hasta el escaparate de la tienda de música sabiendo ya que allí hubo dos coches, además del cupe en la escena del crimen.

Monk y Ham continuaban examinando el aparador de la sombra y Doc se deslizó entre ambos.

—Permaneced aquí —les dijo—. No permitáis que nada ocurra a ese cristal. La Policía no encontrará absolutamente nada aparte de los cadáveres de la calle. Quedaos aquí hasta que el forense decida lo que se hará con respecto a esta sombra.

Doc se alejó del grupo reunido frente a la tienda sin ser visto por el inspector Carnahan. El hombre de bronce se metió en la primera callejuela que encontró, encaminándose al teléfono público desde el cual oyó la voz frenética de la mujer que le había llamado.

Sabía que la llamada debió coincidir con el tiroteo y el crimen.

En el momento de salir a la calle adyacente, Doc se detuvo repentinamente en la oscuridad de la callejuela. Delante de él se abría la negra boca de la calleja y sobre este fondo sombrío, unas sombras más claras acababan de pasar.

Eran varias las figuras que bien pudieran ser duendes y juzgar por su completo silencio y su color. Parecían cubiertas de sábanas blancas.

Doc divisó la luz trasera roja de un automóvil, más lejos, en la calleja. Cerca del automóvil que estaba en la calleja, se oyó un ruido de cristales rotos y media docena de figuras cubiertas de sábanas rodearon el coche.

Una mujer esbelta fue sacada fuera y empujada contra una pared. Lo que parecía un cuchillo de gran tamaño brilló formando un arco.

—¡Demonio negro! —gritó una voz fuerte—. ¡Te abrasaré por...!

El cuchillo describió una curva y la exclamación del hombre concluyó en un grito de dolor seguido de estas palabras:

—¡Coged a ese demonio negro! ¡Cógelo, Curt! Me ha cortado la mano.

Doc recorrió la corta calleja con la rapidez y el silencio de un jaguar. Cuatro hombres se habían apeado del coche del cual la mujer había sido sacada y empujada contra la pared.

No había bastante luz para que sus revólveres brillaran. El hombre que había gritado se había dejado caer sobre el estribo del automóvil. A sus pies yacía una ametralladora.

El hombre sostenía su brazo que había sido amputado encima de la muñeca.

Era evidente que había intentado hacer uso de la ametralladora. Antes de que Doc pudiese decidir en dónde necesitaban más su ayuda, otro hombre salido del automóvil emitió un sonido extraño y cayó de espaldas.

Sus tacones hirieron repetidamente el suelo y pareció haberse quebrado por la mitad. Doc vió que, en realidad, había sucedido así. Un largo cuchillo le había sido clavado en el estómago.

La hoja del mismo estaba clavada muy adentro, desgarrándole de parte a parte. El hombre de la tremenda hoja amenazaba el cuello de otro individuo que, haciendo un esfuerzo desesperado, intentaba hacer funcionar una pistola automática.

Doc llegó con el efecto de una tormenta que estalla silenciosamente. Una de sus poderosas manos bronceadas se disparó hacia delante con la fuerza del rayo. La alta figura que blandía la hoja dio un salto sobre sus espaldas, y su arma cayó con un ruido metálico sobre los ladrillos de la callejuela.

La cabeza del hombre de bronce recibió, de pronto, un fuerte golpe. El choque en la base de su cráneo le paralizó temporalmente, pero haciendo un llamamiento a todas sus fuerzas, permaneció de pie. Durante medio minuto, poco más o menos, el hombre de bronce estuvo como se dice vulgarmente "fuera de combate sobre sus piernas". Ejerciendo su tremenda fuerza de voluntad sobre sus nervios y músculos, habría podido continuar en pleno actividad, pero todo fuego había desaparecido de su ataque.

Dos hombres blancos, con el sello del rufián acabado, impreso en sus personas, estaban empujando a un hombre muerto en el interior del coche.

El hombre de la mano amputada se había atado la herida con un pedazo de su propia camisa. Los hombres de piel oscura cubiertos de sábanas, se habían apartado algún tanto y la alta figura que Doc había tumbado sobre su espalda, recogió su pesada y mortífera arma.

Aquel hombre era sin duda alguna el jefe de la banda. Gritó

unas palabras en un idioma extraño.

¡Thishahum Bism er Rassoul! Aquel idioma era el árabe de los beduinos del desierto. De tribu en tribu, en los grandes y calurosos espacios del sur de Asia, el lenguaje varía muy poco.

Los grandes conocimientos de Doc Savage incluían casi todos los idiomas conocidos, de manera que enseguida reconoció aquella lengua.

El hombre alto había gritado: "¡Mata en nombre del Profeta!"

Otra voz habló con calma, en árabe, pero Doc interpretó sus palabras.

—¡Basta ya!

Aquella voz era autoritaria y estaba acostumbrada a mandar.

Doc permaneció inmóvil; toda esta escena no había durado más allá de treinta o cuarenta segundos, pero el hombre de bronce estaba acostumbrado a fijarse en todo y recordar los menores detalles.

El jefe de aquellos hombres de piel oscura no era un verdadero beduino.

Todos los atacantes de los hombres blancos llevaban el traje del desierto y sus abbas, que eran largos abrigos de pelo de camello teñido que les caía de los hombros hasta los pies.

Sus kafiehs eran paños de una blancura nívea que se ponían sobre los hombros. En cuanto al jefe, su abba estaba recamado con hilo dorado.

Doc sabía que, en Siria, aquello indicaba que el hombre era el esclavo favorito de un poderoso jeque. Tales esclavos no eran hombres ordinarios y a veces se trataba de guerreros de gran fama.

El gran cuchillo que había cortado la mano del banco era una cimitarra curvada y brillante. Una vaina de plata colgaba del cinto del hombre.

En cuanto a la cimitarra, su puño estaba cargado de joyas incrustadas.

Aunque la corta lucha había dado por resultado un muerto y un mutilado, fue por completo silenciosa. No duró seguramente más allá de un par de minutos desde el momento en que Doc penetró en la calleja.

Ahora Doc Savage se preguntó el motivo de aquella lucha.

Era evidente que los hombres blancos del automóvil eran golfos,

pero la lucha resultaba extraña y misteriosa. También ahí estaba la mujer. Doc permaneció inmóvil.

El rostro blanco de la mujer brillaba como una flor en la oscuridad de la callejuela. Otra figura estaba de pie a su lado. El jefe de los beduinos gruñó una orden y sus hombres se movieron silenciosa y rápidamente.

Sus largos abbas barrían la calleja y desaparecieron como un grupo de aparecidos. El hombre de bronce los dejó alejarse.

Habría salido vencedor incluso en una lucha contra aquellos árabes armados de peligrosas cuchillas, pero otra idea se le había ocurrido. La mujer se quedaba atrás con su misterioso compañero.

Doc se apartó de la pared.

—Usted me llamó por teléfono —declaró el hombre de bronce—. Luego la cogieron y la trajeron aquí. Esto es misterioso y no parece sino que esos beduinos que he dejado alejarse son amigos suyos.

La lámpara eléctrica de Doc brilló en su mano, iluminando la mujer, que quedó revelada en toda su hermosura. No era muy alta, pero su porte era digno y su rostro pálido dejaba ver por trasparencia las venitas azules que se cruzaban en sus sienes.

Su piel parecía, por lo delicada, un terciopelo antiguo, y sus ojos dorados, algo parecidos a los del propio Doc Savage, se abrieron mucho al mirarlo.

—¡Usted es el señor Savage! ¡Doc Savage —dijo—. No hay error posible al verlo. Sí, yo le he telefoneado. ¡Ha llegado usted a tiempo!

—Usted dice que telefoneó antes de ser raptada —prosiguió el hombre de bronce—, de manera que los beduinos son amigos suyos.

—No puedo decírselo —contestó la mujer—. Es la primera vez que veo a un beduino o a un árabe. Me refiero al llegar del desierto con sus trajes nativos. Sé tan poco como usted acerca de eso. Me raptaron los hombres que iban en el coche.

Un hombre estaba de pie al lado de la mujer y hasta entonces no había abierto la boca. Su rostro era alargado e increíblemente delgado.

Parecía enfermizo. Doc juzgó que había sufrido paludismo y que había vivido en la “jungla” o quizá en el desierto.

—¿Y usted? —dijo Doc dirigiéndose al hombre.

—Yo iba con ella —dijo el hombre de rostro demacrado—. Iba siguiendo a esos beduinos. He estado en Siria y esos hombres resultaban extraños en Nueva York, vestidos a la usanza de su país. Luego vi sus rostros familiares...

—Bien —dijo Doc—. Ninguno de los dos me ha dicho quién es.

—¡Oh, lo siento! —dijo instintivamente la mujer de los ojos dorados—. Yo soy Sathyra Fotheran, desde luego. ¡Recibió usted mi telegrama?

Doc Savage no contestó enseguida. Sus ojos estudiaban el rostro del hombre pidiendo una respuesta a una pregunta formulada.

—Yo soy Carson Dernall —declaró el hombre con voz seca y cascada—. Debido a una extraña coincidencia me encuentro aquí. Yo era ayudante de Denton Cartheris, en Siria, antes de su muerte. Es la segunda vez que veo a Lady Fotheran. La primera fue cuando le llevé la noticia de la muerte de su hermano. No tenía la menor idea del asombroso resultado que tendría el hecho de que yo persiguiera a esos individuos.

—Es una extraña coincidencia —declaró Doc Savage con gran calma—. Al recibir la llamada de Lady Fotheran, vine enseguida, pero no entré de momento en la calle desde la cual telefoneó. Me paré en el camino.

El hombre de bronce enseñó varias cartulinas que llevaba en la mano y que tenían un nombre grabado. Las puso bajo el haz de la luz de su lamparilla.

—Desde luego esto le pertenece, Lady Fotheran —dijo Doc.

Por primera vez la mujer se emocionó. Sus ojos dorados se abrieron y sus dedos delgados tocaron levemente las cartulinas.

—¡Oh, sí, sí! —dijo en un suspiro—. Son mías. ¿De manera que ha encontrado a Marian? Se llevó mi bolso por equivocación. Estábamos intentando llegar a su casa, Doc Savage; pero descubrimos que nos seguían.

—¿Se separaron al salir del cupé amarillo?

—¡Sí, sí, eso es! Decidimos llegar hasta usted por caminos distintos. Marian es mi secretaria. Ella iba a coger el ferrocarril aéreo. ¿Llegó a su oficina? ¿Dónde está?

—¿Qué ocurrió cuando salieron del cupé? —repuso el hombre de bronce.

—Pues bien, nos sorprendió una extraña luz. Durante un

momento no vi nada. ¡Oh, señor Savage, tengo mucho que decirle respecto a eso…! Algo he sabido y…

—Más tarde, Lady Fotheran —dijo Doc—. ¿Qué más ocurrió cerca del cupé?

—Eso es lo único que puedo recordar. Había dos coches cerca de allí y algunos hombres que se acercaban antes de brillar esta luz. Yo vi a cuatro hombres de caras grises… del color del plomo.

—¿Le molestaron a su secretaria?

—No, no. No vi nada a causa de aquella luz, pero creo que Marian subió por la escalera del ferrocarril aéreo, aunque no estoy segura. Yo eché a correr e hice uso del primer teléfono que encontré.

—Vamos a mi casa —dijo Doc—. Lo mejor que podemos hacer es ir a la otra calle y llamar a un taxi.

—Así pues, ¿Marian está allí?

Es preferible que vayamos allá —declaró Doc con tono grave—. Temo que su secretaria no llegue.

—¡Oh! ¿Quiere usted insinuar que ha sido hecha prisionera? ¿Se la han llevado?

—¡Se la han llevado! —fue lo único que Doc contestó.

Carson Dernall se acercó a Doc cuando iban camino de la calle adyacente.

—Creo saber algo de todo eso y poder quizá ayudarle —dijo en voz baja.

Algunas horas después, la Policía se encontraba en posesión de una mano humana que había pertenecido a Runt Davis.

La mano fue encontrada en la calleja. Runt Davis era, según se sabía, el lugarteniente de Whitey Jano, antes de que éste dejara de lado sus actividades a mano armada para transformarse en un timador.

CAPÍTULO IV

ATAQUE A UN APARADOR

A pesar de la nieve y de la hora temprana, una muchedumbre se había congregado en la calle y el cordón de policías mantenía a los curiosos alejados de la acera.

Seis policías corpulentos montaban la guardia ante el “cuadro de la muerte.”

Entre los curiosos se encontraba un muchacho de rostro estrecho y cuerpo endeble. Sus ojos, parecidos a los de un ave de rapiña, brillaban singularmente.

Se movía con gestos felinos. Deteniéndose de vez en cuando para pasarse una mano sucia por la barba torcida.

La tempestad estallaba entonces con suma violencia. Los relámpagos se sucedían iluminando las fachadas de los rascacielos. Le temperatura de la noche loca de julio iba subiendo y la nieve se trasformaba en lluvia.

El muchacho se caló más fuertemente la gorra sobre los ojos. Tenía una mano metida debajo de la ancha chaqueta y se abrió camino entre los curiosos frente al aparador de la “imagen del crimen”.

Aronson, el propietario de la tienda de música, discutía con el inspector Carnahan.

—No puede usted dejarme la tienda llena de policías durante las horas de trabajo —se quejaba el regordete dueño del establecimiento.

—Yo puedo mantener a mis hombres aquí hasta que la luna se ponga tan verde como esa asquerosa luz que lo baña todo por aquí —replicó el instructor.

Siguiendo las instrucciones de Doc, Monk y Ham continuaban en

sus respectivos sitios. Les había dicho de vigilar aquel aparador.

La lluvia caía con fuerza y calaba al elegante Ham hasta los huesos.

El abogado intentó ponerse al abrigo de un pequeño toldo y una mueca de satisfacción iluminó las facciones de Monk.

—Si te acostumbrases a vestir como un hombre en vez de imitar a esos monigotes de la Quinta Avenida, no te importaría recibir un poco de lluvia —declaró Monk.

—Y si tuviese el pelo de un mono y su misma cara, volvería a la selva virgen y me quitaría hasta la última prenda de vestir —replicó Ham con tono insultante—. Además he pensado...

La amable observación de Ham quedó interrumpida.

—¡Maldito sea! —exclamó Monk—. ¡Ojo!

El simiesco químico saltó a un lado y hacia arriba. Un pesado proyectil volaba por el aire. Era un martillo de cabeza redonda que pesaría varias libras. El martillo corría en línea recta hacia el dibujo de la mujer asesinada.

Monk intentó cogerlo al vuelo, pero su esfuerzo fracasó.

El pesado proyectil continuó hacia delante y muchos fragmentos de cristal cayeron al suelo, cortantes como navajas de afeitar.

—¡Adelante! —gritó Ham—. Doc querrá interrogar a ese sujeto. ¡Duro y a él!

El joven que había ocultado la mano debajo de la chaqueta, se escabullía con la rapidez de una comadreja. Sin embargo, la sombra de la mujer asesinada estaba intacta.

Aunque Monk había fracasado en el intento de coger el martillo, su esfuerzo había desviado el golpe. El pesado hierro rompió el cristal de otro aparador más pequeño al lado del que contenía la imagen de la mujer.

El individuo culpable echó a correr por la calleja, cruzando tres bocacalles.

Llegado a la cuarta, se encontró cerca de un sedán negro, aparcado a lo largo de la acera. Era evidente que a él se dirigía.

Ham y Monk le seguían de cerca y se abalanzaron sobre el automóvil.

—¡Thishahum Bism er Rassoul! —gritó una voz.

Al igual que Doc, sus compañeros conocían la mayoría de los idiomas del Universo. Ham se volvió, presto a la defensa y con la

espalda apoyada en la pared.

—¡El grito de ataque de los beduinos! —murmuró Monk.

—Mata en nombre del Profeta.

Una figura alta y robusta, de nariz aguileña, saltó del "sedán" sobre ellos. El gigantesco cuerpo del hombre estaba cubierto por un abba bordado de oro.

Una cimitarra, de hoja cortante como una navaja de afeitar, describió círculos en torno a la cabeza del hombre. Bajo la tela que le cubría la cabeza, el rostro del agresor tenía el color del ébano.

Su nariz chata y ensanchada era la típica del nubio. Monk y Ham no tuvieron tempo de fijarse en detalles.

Detrás del jefe nubio siguieron media docena de figuras cubiertas de abbas y kafiehs, pero sus caras tenían un color plomizo. En la semi oscuridad de la calleja parecían caras verdaderas. Las máscaras, pues esto eran en realidad, se prolongaban en pedazos de tela que cubrían la garganta y se perdían debajo de la ropa interior de sus gambaz.

Monk se apartó de la pared de un salto y de un bolsillo oculto sacó dos pequeñas cápsulas de cristal. Se metió entre el grupo de aquellos hombres aplastando bajo la planta de los pies los frasquitos.

Ham había adivinado su intención y se abstuvo de respirar, pues de sobra conocía el efecto de las cápsulas. Éstas contenían un poderoso gas anestésico, de resultado instantáneo.

Al cabo de un minuto, quedaría disipado, pero cuantos lo respirarían en aquel intervalo quedarían dormidos. El nubio de nariz aguileña movió de repente la cimitarra, cuyo puño enjoyado brilló.

Luego la pesada arma le cayó de las manos y su cara negra perdió toda expresión. Cerró los ojos y cayó sobre la nieve sucia que recubría el suelo.

Su abba, bordado de oro, se empapó de agua negruzca. Sin embargo, ninguna de las figuras enmascaradas pareció sufrir el efecto del gas y Monk gritó encolerizado.

El fornido químico se echó sobre ellas con los dos puños cerrados. Ham estaba a su lado. Eran demasiados contra ellos dos y llevaban las de perder.

Atados con pedazos de tela, Monk y Ham habían perdido el

sentido cuando los llevaban al “sedán”. La única satisfacción que tuvo Monk fue ver que al gigante nubio lo llevaban como a él mismo.

Era el único que había perdido el conocimiento al respirar el poderoso gas.

Los demás salieron indemnes.

CAPÍTULO V

UNA ANTIGUA ADVERTENCIA

RENNY y Long Tom subían a velocidad vertiginosa por el ascensor particular de Doc. Llegaron de tal modo hasta el piso 86, donde Doc Savage tenía su cuartel general y únicamente en los últimos metros de la ascensión se redujo un tanto la tremenda velocidad.

Los relámpagos se sucedían y los truenos hacían retemblar la casa, estremeciendo la enorme masa de metal y piedra. Long Tom hizo una mueca de apreciación. Su profecía de una tormenta eléctrica quedaba realizada.

Al ponerse Renny en camino hacia la puerta de Doc Savage, un relámpago lo iluminó todo. El trueno que lo siguió de cerca fue prueba de que había caído cerca de allí. Las luces del edificio se apagaron, dejando a Renny y a Long Tom en la oscuridad.

—¡Rayos! —gritó Renny—. ¡Basta ya! Cuándo una cosa ha sido bien hecha, ¿qué necesidad hay de exagerar la nota?

Long Tom se echó a reír.

—No pensaba que fuese tan serio —dijo luego—. De verdad que ahora daría cualquier cosa por saber lo que está causando todo eso.

Se encontraba detrás de Renny y la manaza del ingeniero lo cogió por el hombro. El electricista hizo una mueca de dolor.

Renny no parecía nunca darse cuenta de la fuerza que la Naturaleza le había dado. Fácilmente le hubiese roto los huesos a cualquiera y tal vez por eso tenía tanta afición a hundir las puertas con sus puños.

—¡Atrás! —gritó Renny—. Mira, ¿qué crees que será eso?

La profunda oscuridad del pasillo quedaba de pronto interrumpida por una luz azulada que parecía compuesta de partículas invisibles.

Renny y Long Tom se detuvieron, contemplando la extraña iluminación. El centro de ésta parecía encontrarse frente a la puerta de Doc Savage.

Renny hizo además de acercarse.

—Espera un momento y no lo toques —aconsejó Long Tom—. No se sabe lo que son capaces de intentar contra Doc.

El electricista del edificio había encontrado los plomos fundidos por el rayo.

El corredor quedó nuevamente inundado de luz en torno a Renny y a Long Tom, pero la extraña luz azulada continuó brillando aunque con menor intensidad.

—¡Hem! Después de todo, tan sólo se trata de una extraña piedra —rezongó Renny—. Parece pintada.

—¡Ojo! —aconsejó Long Tom—. Puede ser un explosivo o un ácido…

Renny hacía muy pocas veces caso de los consejos. El enorme ingeniero se metía a menudo en líos, de los que sus fuertes puños acostumbraban a sacarle.

Recogió del suelo una piedra extraña y llana y nada ocurrió, aparte del hecho de que el brillo azulado se extendió sobre las manazas y los brazos de Renny. La examinó con cuidado. Renny le dio la vuelta.

Estaba gastada y hueca, como si durante tiempo hubiese estado expuesta a la intemperie. Siglos enteros debieron transcurrir antes de que la piedra lisa adoptara aquella forma.

—Parece una antigüedad —declaró Renny—. Creo que la han frotado con arena para ahuecarla.

Ambos hombres penetraron en casa de Doc. La huesuda forma de Johnny retrocedió en el umbral de la puerta que llevaba a la librería y al laboratorio.

Johnny había visto acercarse a Renny y a Long Tom antes de apagarse las luces y se preguntó qué les estaba entreteniendo.

—Tengo un problema para tu mente de erudito —le dijo Renny —, tal vez entiendas eso. Tiene algo grabado, pero el dibujo se parece al de la primera lección de geometría de un chiquillo.

Dejó la piedra sobre la mesa del laboratorio y el sabio Johnny la recogió, poniéndose al mismo tiempo un monóculo delante del ojo. El monóculo de Johnny era una realidad una poderosa lente.

La piedra estaba cubierta de líneas con caracteres de letras irregulares.

Parecían haber sido inscritos con ayuda de una herramienta puntiaguda; pero estaban casi borrados por el transcurso del tiempo. Los conocimientos de geología de Johnny igualaban los de los sabios de mayor fama en el mundo.

Únicamente el hombre de bronce en persona había desarrollado más todavía su estudio. Johnny escogió media docena de largas palabras en su extenso vocabulario.

—Luminosidad polarizada indefinidamente sobre una sustancia opaca e infrangible —pronunció lentamente—. Los caracteres son antiguos símbolos y han sufrido los efectos de larga exposición a la intemperie.

—Desde luego —aprobó Renny—. Esto es lo que yo pensé. Pero en pocas palabras de una sílaba, ¿quiere decir algo?

Johnny estaba estudiando con atención los desgastados caracteres.

—¡Hem! —dijo de pronto—. A menos de que no esté equivocado, esto es una advertencia directa aunque peculiar.

Cuando Johnny se rebajaba a emplear palabras sencillas estaba singularmente excitado o impresionado.

—Los caracteres son bastante claros y fueron inscritos en esta piedra hace cinco o seis mil años —añadió—. Es evidente que la piedra procede del desierto que se extiende en la vecindad del río Éufrates. Es Himyarita, sin duda alguna.

—¿Qué significa, si lo sabes? —preguntó Renny—. ¿Cómo pueden estos locos dibujos, grabados hace miles de años, ser una advertencia?

Johnny estudió con mayor atención todavía la piedra, con ayuda de su monóculo.

—Esto dice —prosiguió— "Ocúpate de tus propios asuntos si deseas continuar viviendo! Puedo olvidar una palabra o dos, pero el sentido es éste.

—¡Santo cielo! —gritó Renny—. En buen inglés eso significa: "¡Deja de ocuparte de los asuntos de alguien o corres el riesgo de que te eliminen!"

—Sencillísima interpretación, pero completamente exacta —asintió Johnny—. Esta piedra en Himyarita y traída del desierto de

Arabia. Sirve de advertencia a Doc y me atrevo a conjeturar que está relacionada con esos telegramas.

—He estado esperando algo por el estilo —dijo la voz quieta y penetrante de Doc Savage desde el umbral—. Hermanos, os presento a Lady Sathyra Fotheran, la hermana de Dentro Cartheris y a Carson Dernall, hasta hace poco compañero del explorador en Siria.

Acaban de llegar de la calleja en la que Doc había encontrado a Lady Sathyra.

Visto a la brillante luz del laboratorio, el rostro de Lady Sathyra era más hermoso todavía y sus grandes ojos dorados parecían reflejar la luz de las lámparas.

Carson Dernall, en cambio, parecía todavía más demacrado y enfermizo.

Sin embargo, sus ojos grises tenían una mirada penetrante y fría. Al ver la multitud de objetos y trastos científicos del laboratorio del hombre de bronce, exclamó:

—Creía que lo que se contaba de sus investigaciones era algo exagerado, señor Savage; pero he de pedirle perdón, por haber tenido semejante pensamiento; nunca había visto hasta ahora un laboratorio tan completo... ¿Qué es esto?

Carson Dernall se detuvo en medio de sus alabanzas, fijando la mirada fría de sus ojos grises en al piedra que Johnny había dejado sobre la mesa.

—Una antigüedad Himyarita, señor Dernall —dijo Johnny—. Procede del desierto de Siria, según creo. ¿La conoce usted?

Sin tocar la piedra, Carson Dernall la miró de más cerca.

—¿Entiende usted el simbolismo? —preguntó Doc Savage.

—Claro, claro —admitió Carson Dernall—. Lo traduzco del siguiente modo: "¡Deja en paz nuestros asuntos si quieres vivir!"

Johnny parpadeó levemente.

—Estamos de acuerdo —declaró—. Esos caracteres pueden traducirse de varios modos en inglés.

Dernall tocó la piedra con la yema de los dedos. Estos eran extraordinariamente largos y daban la impresión de que se retorcían al moverse.

—Esto es extraño de veras, señor Savage. ¿Cómo ha llegado aquí esta piedra?

—Algún individuo que no deseaba ser visto la dejó como tarjeta de visita delante de la puerta —explicó Renny.

Carson Dernall se puso grave.

—¿En la puerta? Señor Savage: sabiendo lo que sé del desierto, temo que esta piedra signifique un grave peligro para usted. Es indudable que la han traído del otro extremo del mundo para un fin determinado.

Los ojos dorados del hombre de bronce centellearon. Aunque no lo dio a entender, leyó e interpretó inmediatamente los símbolos grabados en al piedra. Sin embargo, Doc no contestó directamente a las palabras de Carson Dernall.

—¡Dice usted que ha reconocido algunos de los beduinos que encontró en la calle? —peguntó.

—¡Sí, sí! —contestó Carson Dernall—. Desde que me llamó la atención el hecho de ver beduinos vestidos con los abba. Resulta un traje pintoresco en las calles de Nueva York. Logré acercarme a ellos cuando subían al coche y les seguí en un taxi.

—Los hombres saltaron del automóvil y penetraron en la calle baja en donde los hombres me sujetaban —declaró Lady Fotheran —. El señor Dernall les siguió.

—¡Sí, sí! —asintió Dernall—. Entre esos beduinos vi a un hombre a quien conocí en Siria como esclavo. Le llamaban Hadith. Recordé que en Siria, cuando estábamos excavando y Denton...

Dernall calló repentinamente. Los ojos dorados de Lady Fotheran traducían una profunda pena interior.

—Ese Hadith, como usted puede haberse fijado al ver su abba bordado, ha sido el primer esclavo de un jeque. Eso le dio la reputación de gran guerrero. Era un jeque los beduinos, consistente en atacar y robar a otras tribus. Dijeron luego que Hadith había desaparecido.

—Me di cuenta que el jefe que llevaba la cimitarra era un nubio de la categoría de los esclavos —declaró Doc Savage.

—Sí, sí —asintió rápidamente Dernall—, y entre los beduinos corría la voz de que ese Hadith poseía un gran poder diabólico. Nos contaron una leyenda en Aleppo, antes de penetrar en la parte baja de Siria. Un viejo kurdo nos juró por Alá que era verdadera.

—¿Y que era esa leyenda? —preguntó el hombre de bronce.

—Únicamente una de las fantasías de las colinas de Siria, a mi

juicio, pero el viejo Kurdo declaró que los antepasados de Hadith el nubio pertenecían a una secta mística. El kurdo aseguró que tenían el poder de convertir a sus enemigos en sombras inmóviles en el desierto.

Doc Savage recogió lentamente la piedra azul, examinándola como si, enfrascado en sus pensamientos, no hiciera caso de las extraordinarias aseveraciones de Dernall.

—Denton y yo consideramos esto como una de las numerosas y fabulosas historias de los beduinos de las colonias —prosiguió Dernall—. Pero era parte de la leyenda el detalle de que violentos cambios de tiempo acompañaban la conversión de hombres y caballos en sombras. ¡Todo eso en increíble! Sin embargo, la nieve y la tormenta que de esta noche, unidas a la aparición de los beduinos, resultaron desconcertantes. Desde luego, la fábula de las sombras es un mito.

Trueno tras trueno llenaban con sus ecos las habitaciones de Doc Savage. El rascacielos retumbaba y se estremecía bajo el ímpetu de los elementos desencadenados.

No parecía sino que la tormenta contestaba mofándose a la expresión de las dudas de Carson Dernall, respecto a la fábula del desierto.

Johnny habló entonces con voz moderada:

—Desde luego, semejante historia no puede ser otra cosa que un cuento —declaró.

La voz melodiosa de Lady Fotheran hizo observar:

—No es fábula ni cuento, sino la verdad. El tiempo forma parte de ello. Hay sombras en el desierto... las sombras de hombres o de que fueron hombres y por eso estoy aquí, señor Savage. Mi hermano Ranyon cree que únicamente usted puede resolver este terrible misterio.

—Ranyon debe ser su hermano menor —dijo Doc Savage—. Sabía que estaba en el desierto. Tenía interés en enterarme de lo que podía descubrir.

Si Lady Fotheran sintió asombro al oír las palabras del hombre de bronce no lo dejó traslucir.

—Sí —dijo—, Ranyon sigue las instrucciones que Denton dejó por testamento. Es un extraño testamento, señor Savage. Iba unido a él el pergamino escrito y decía a mi hermano menor que

organizara una caravana en Wejh. No debían formarla más que hombres de las tribus de Harb y Hujeina, por ser los únicos merecedores de confianza.

—¿Tuvo usted la confirmación de la muerte de su hermano Denton? —dijo Doc Savage.

—Únicamente su testamento que recibí. —dijo Lady Fotheran—. Fue traído del desierto por un grupo de hombres de una tribu que vinieron de Wejh. Ranyon recibió también la indicación de buscar un lugar de excavaciones desconocido hasta ahora y emplazado en una antigua ciudad de las bajas montañas que bordean el río Éufrates. Ese lugar, conocido con el nombre de Valle de Tasus, venía consignado en un mapa y el lugar que Ranyon está buscando estaba marcado con cuidado.

—¿Y ese testamento de su hermano —dijo Doc Savage—, indicaba posiblemente que había algún tesoro que encontrar?

—No. Y eso es lo más extraño del asunto. El testamento, después de dejar lo que Denton poseía a Ranyon y a mí, decía: “Debéis buscar ese lugar por el bien de la Humanidad”.

—¡Extraño testamento! —comentó el hombre de bronce.

—Y a Ranyon se le decía que se aconsejase tan sólo de un hombre llamado Mahal, un antiguo Bedawi, respecto al sitio a donde debía ir y cómo debía preceder —Lady Fotheran vaciló y sus ojos dorados brillaron con singular fuego.

—Hay sombras en el desierto —dijo repitiendo su primera declaración de que la historia no era fábula—. Tengo mucho miedo por mi hermano. Tal vez, incluso ahora, es demasiado tarde. No me cabe duda que la muerte amenaza a cualquiera que se interese por aquel lugar del Valle de Tasus. Yo también he recibido un aviso.

—¡Rayos! —exclamó Renny.

La expresión de Johnny y de Long Tom era de intensa sorpresa.

Lady Fotheran se metió la mano en el pecho y sacó una piedra llana y que despedía una luz azulada.

—Recibí esto antes de enviar mi primer telegrama de Los Ángeles —declaró—. Desde luego, no he podido descifrar la inscripción, pero se parece mucho a esa otra piedra.

Johnny examinó el objeto con su monóculo.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó—. No hay duda que el aviso es idéntico.

—Luego tengo esta carta de mi hermano Ranyon —dijo Lady Fotheran extrayéndola de su bolso—. En ella habla de una violenta tormenta, extraña en el desierto y acompañada de terribles truenos y relámpagos. Luego, una bola de fuego apareció sobre las tiendas de su campamento y cayó con una explosión terrorífica. Las tiendas ardieron y al día siguiente, cerca del campamento, descubrieron las huellas de unos jinetes. Sobre la arena del desierto, al pie de las rocas, había rifles, cuchillos, correajes, riendas y otros objetos.

Lady Fotheran desdobló la carta y leyó en voz alta el último párrafo:

—“Sigo adelante con Mahal, un fiel y viejo beduino que me ha aconsejado, encaminándome a un lugar llamado Valle de Tasus. Debes buscar a Doc Savage. Me he enterado que un peligro os amenaza. El bienestar de una ciudad oculta está en juego. Súbitos cambios de tiempo pueden preceder el peligro. Tengo un extraño presentimiento que Denton está vivo. Tal vez me equivoque. Esto puede ser el resultado de mi imaginación exaltada. Ese esclavo, Hadith, puede haber ido a América.

Las hermosas manos de Lady Fotheran se movieron ante su rostro y sus ojos dorados miraron ansioso al hombre de bronce.

—Ahora que lo sabe —dijo con tono firme—, ¿me dice todavía que mi secretaria Marian ha sido raptada?

—Ningún peligro puede amenazarla ya —repuso Doc Savage—. Ahora debe usted pensar en su propia seguridad. ¿No ha tenido usted la corazonada de que su hermano mayor no está muerto?

—Nunca creí que lo estuviera —anunció con calma la mujer—. Esperaba que Ranyon lo encontrara, pero ahora estoy muy preocupada. Ranyon no pensará nunca en volverse atrás. A menos de que se le detenga o se resuelva este espejismo del crimen, va al encuentro de la muerte.

Doc Savage no contestó. Sus fuertes dedos jugaban con la piedra azul, cuyos resplandores parecían intrigar al gigantesco aventurero.

—¡Todo esto es demasiado fantástico para que podamos creerlo! —declaró la voz seca de Carson Dernall—. Debe haber alguna explicación lógica.

—Si existe, la encontraremos —anunció Doc Savage, y tras estas palabras pareció sumirse en sus reflexiones.

CAPÍTULO VI

ANALIZANDO LA PIEDRA

LAS manos bronceadas de Doc Savage echaron la piedra de azul Himyarita dentro de una cacerola plana de escaso reborde. Se arremangó, arrancando una mirada de admiración de los ojos de Lady Fotheran.

Los brazos de Doc eran increíblemente musculosos. Mientras se movían, sus músculos se retorcían y se marcaban bajo su piel bronceada.

Doc probó varios polvos que sacó de otros tantos potes. Uno de éstos era un preparado de sulfuro de calcio al que Doc añadió dos especies distintas de sales minerales.

El brillo azulado de la piedra Himyarita se trocó lentamente en purpúreo.

Era el color de la sangre fresca y las luces del laboratorio se reflejaban en su superficie. Lady Fotheran y Carson Dernall se levantaron de sus sillas y miraron rápidamente en torno suyo. Doc Savage contemplaba fijamente la piedra roja. Su cara era una máscara de bronce y sus labios no se movían.

A Lady Fotheran y a Dernall les había sorprendido una extraña música, unos trinos que no llegaban a constituir una tonada y que parecían salir de la garganta de un pájaro oculto en alguna mata.

Tocaba las notas de la escala, pero sin orden alguno. Los tres compañeros de Doc sabían que su jefe acababa de hacer algún descubrimiento vital, tal vez en el análisis químico de la piedra, o encontrado la respuesta a algún otro ángulo del problema del espejismo del crimen.

Los hombres de Doc no esperaban enterarse de lo que era. El hombre de bronce había soltado aquel trino casi inconscientemente.

No diría nada a nadie hasta que su teoría se viese confirmada. Si se había equivocado, era posible que nunca supiesen nada. Sin una palabra, Doc salió del laboratorio y descolgó el auricular del teléfono en el cuarto contiguo. Cuando obtuvo la comunicación con el comisario de policía, habló rápidamente.

—¿Está bien guardado el escaparate de la tienda de música?

—¿Es usted Doc Savage? —dijo la voz del comisario—. Sí, acabo de doblar la guardia. ¿Qué le parece todo esto, Doc? Me dicen que usted llegó al lugar antes que mis hombres.

—Sé muy poco —contestó Doc—. Pero sugiero que sus hombres recojan esta noche a cualquiera que tenga el aspecto de un árabe. No puedo decirle más por ahora. Dos de mis hombres están vigilando la tienda del crimen y…

—Esto es lo que usted cree —le interrumpió el comisario—. Estaban vigilando el aparador hasta que se hizo una tentativa para romperlo. Ahora los individuos que usted llama Ham y Monk han desaparecido.

La voz de Doc no tradujo su sorpresa.

—¿Que ha ocurrido, comisario?

—Han seguido al joven que ha intentado romper el cristal del escaparate, le han acorralado en una calleja y han sido atacados por algún gang. Se los han llevado en un "sedán".

—¡No ha detenido usted a nadie hasta ahora? —preguntó.

—Todavía no. Pero poseo indicios valiosos. Busco a los hombres de Whitey Jano. Dos de ellos han sido borrados del mapa la primera vez que se ha visto aquel diabólico resplandor verde. Luego, tenemos la mano de Runt Davis, el teniente de Jano. El tal Runt no podrá ser la mano derecha de nadie ahora.

—¿Dónde la encontraron? —preguntó Doc, aunque sabía muy bien dónde la habían hallado.

—Runt se metió en un fregado en una calleja y se olvidó de llevarse la mano —declaró el comisario—. Tan pronto como podamos, vamos a emprender la acción contra Jano. Se ha mudado; pero lo tendremos antes de que acabe el día.

—Gracias por la información —dijo Doc—. Recuerde lo dicho, respecto a los árabes, comisario. Puede ser que lleven sus trajes primitivos y también puede ser que no. Sí recoge usted alguno, me gustaría hablarle un ratito.

—¿Árabes dice usted? —gruñó el comisario—. Hemos encontrado a un forastero degollado en el cobertizo donde Whitey Jano vivía antes. El inspector Carnahan dice en su informe que debe ser turco o armenio. Me enteraré de eso.

Doc colgó el aparato y permaneció inmóvil un momento, reflexionado hondamente. Los misteriosos crímenes eran los más complicados que se le presentaron para su solución.

El muerto encontrado en la vivienda de Whitey Jano resultaba una nueva prueba de la guerra declarada entre los gansters y los beduinos.

Era evidente que los hombres de Jano habían estado presentes en todas las escenas de los crímenes. Y era difícil convencerse de que Whitey Jano había adoptado de pronto el papel de protector público.

Tampoco era aceptable la teoría de que los beduinos, forasteros en Nueva York, se dedicaban a la tarea de limpiar la ciudad de los bandidos de Jano.

Doc Savage llamó a otro número y esta vez su voz no se habría oído a dos metros de distancia del teléfono. Una mujer joven se despertó y bostezó.

Esto ocurría en un lujoso aposento de los alrededores de Park Avenue. Un hermoso brazo salió de los pliegues de su camisón de seda y encajes y se apoderó del auricular.

—¡Diga! —pronunció una voz perezosa.

Las palabras que oyó disiparon su indolencia. Se sentó en la cama, balanceando sus pies diminutos y desnudos sobre el entarimado.

La joven en cuestión era alta, esbelta; pero bien proporcionada. El rasgo más destacado de su persona era su hermosa cabellera del color del bronce.

Le caía formando bonitas ondas en torno a la cabeza. Los ojos de la joven eran dorados y llenos de un fuego oculto.

—¡Bien, bien, bien! —exclamó—. Supe que estabas en Malasia o, tal vez, en Yucatán. ¿Qué armas llevo?

Doc Savage contestó:

—No se trata de esta clase de trabajo, Pat. Es algo que únicamente una mujer puede hacer y tú eres esa mujer.

—Siempre se empieza así —contestó al joven—. Desde luego,

me prepararé para recibir tiros, ser quemada viva, raptada o tirada al río. ¿Doc qué se trata? Ya estoy casi vestida.

La joven en cuestión era Patricia Savage. Prima del hombre de bronce, siempre deseó unirse al grupo de aventureros compañeros de Doc. El peligro y la excitación eran lo que más le gustaba en la vida.

En ocasiones, Doc recurría a ella cuando necesitaba los servicios de una mujer. No quería considerarla como una compañera habitual, pues habría sido demasiado peligroso.

Pat dirigía en Park Avenue un establecimiento, que era salón de belleza y gimnasio a la vez, y eso con el mayor éxito.

El hombre de bronce habló rápidamente por teléfono, mientras la hermosa Pat realizaba una proeza notable. Sosteniendo el teléfono con una mano, con la otra se ponía medias y zapatos.

Antes de que Doc acabara de hablar, estuvo tal como la había anunciado, casi vestida.

Contestó entonces con tono aburrido:

—Pero el papel de "dueña", Doc... ¡es tan tonto! Doc de todos modos, iré bien armada.

—No hay duda que Lady Fotheran insistirá para ir a Siria —dijo Doc, siempre por teléfono—. Le permitiré que nos acompañe únicamente porque creo que es más prudente que así sea... pero precisamente ahora hay otras cosas de mayor importancia. Toma nota de lo que te digo...

Pat no perdió una sola de las palabras que siguieron... luego dijo:

—¿Un vuelo sobre el Océano? Me gustará sobremanera, Doc. Pero, en calidad de "dueña"... ¡qué gracioso!

Pat Savage colgó el auricular. Era una mujercita asombrosa. Al cabo de cinco minutos estaba vestida y se había puesto el abrigo. Metió una pequeña pistola automática en el interior de su bolso.

—Me pregunto con quién tendré que luchar al desempañar mi papel de "dueña" —murmuró al salir de su casa.

Doc Savage volvió a entrar en el laboratorio.

—Tengo algunas noticias que os llamarán la atención —declaró —. Propongo que ustedes, Lady Fotheran y el señor Dernall, vuelvan a sus hoteles, de momento. Usted se hospeda por regla general en el hotel Fortescue, Lady Fotheran. Johnny la acompañará

para que nada le ocurra por el camino.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Carson Dernall—. Me gustaría quedarme con usted, señor Savage. Hasta que se esclarezca un tanto este misterio que nos intriga.

—Agradecido —dijo—, pero tengo que hacer algo completamente personal.

El hombre de bronce no divulgó la desaparición de Monk y Ham. Lady Fotheran no disimuló la sorpresa que le causó el hecho de que Doc conociera el nombre del hotel en el que se hospedaba, pero no dijo nada.

Carson Dernall nombró otro hotel, algo más lejos, en la parte baja de la ciudad, en el que dijo que se le encontraría.

—Me creo obligado a ayudarle para resolver el misterio de los acontecimientos de esta noche y el del espejismo del crimen en el desierto —declaró Dernall—. Con mi experiencia entre los beduinos, estoy seguro que puedo serle útil.

—Estoy seguro que su experiencia será valiosa en este caso —asintió Doc—. Tendrá usted noticias mías.

CAPÍTULO VII

ATAQUE EN MASA

OCHO fornidos policías guardaban la sombra del crimen en el escaparate de la tienda de objetos de música y era evidente que la tarea no resultaba de su agrado.

La alta silueta, con un brazo esbelto levantado como para alejar de sí la muerte, resultaba demasiado realista para un mero dibujo.

Después de la tentativa hecha para romper el cristal, los ocho policías estaban con ojo avizor. Un policía en el interior de la tienda y otro fuera iban armados con fusiles ametralladoras, dispuestos a dispararlos con entusiasmo contra el primer individuo sospechoso que surgiera.

Varios instrumentos de cobre y otros plateados reflejaban las luces detrás del cristal intacto y este juego de iluminación causaba la sensación de que la sombra del crimen se movía.

—¡Rayos! —gruñó un policía de rostro coloradote—. Esta dama parece todavía viva e intentando huir de algo. Juraría haberla visto moverse.

El propietario de la tienda se encontraba en el pequeño despacho situado en al trastienda.

—Quisiera que sacaran ese dibujo del escaparate —se quejó repetidamente—. Nadie entrará a comprar lo que sea mientras esté ahí.

El forense había insistido en que se debía conservar intacta la sombra de la muerte. En un rincón del despacho del coroner sostenían una conferencia.

No había precedente de que se practicara la autopsia a un pedazo de cristal.

De haber sido normal el tiempo, la luz del día habría venido

temprano, pero Manhattan estaba rodeado de una espesa niebla. Un velo negruzco envolvía el área de la metrópoli y el sol no había salido todavía para dispar la oscuridad reinante.

Los obreros empezaban a salir a la calle. Aunque aquel día se estaba a 5 de julio, muchos llevaban sendos abrigos. La tormenta de verano había dejado en pos de sí un airecillo helado.

Varios hombres que pasaban por la calle, cerca de la tienda de música, llevaban herramientas y fiambreras. Los policías de guardia no podían figurarse que una veintena o más de hombres, con todo el aspecto de jornaleros, convergían rápidamente hacia la escena del crimen.

Estos hombres caminaban separadamente. Todos llevaban abrigos que les llegaban a las rodillas. Un camión de panadero que llevaba enormes panes pintados a ambos lados, se detuvo frente a un almacén, en la esquina de la vecina manzana de casa.

Sacaron una caja de panes y el conductor del camión se detuvo para consumir un emparedado y una taza de café en un bar cercano. El camión del pan permaneció parado delante del almacén. Media docena de obreros se acercaban al escaparate del crimen y tres de ellos llegaron al lado de los cuatro policías que estaban de guardia en al parte de fuera. Los otros tres penetraron en el interior de la tienda con decisión y rapidez.

—Adentro vosotros —gruñó una voz—. No queremos empezar el fuego, pero...

Unas automáticas achatadas brillaron en las manos de los obreros.

Sus cañones fueron aplicados al estomago de los policías antes de que soñaran en defenderse. Los dos que llevaban fusiles ametralladoras se vieron amenazados de esta forma.

—¡Bandido asqueroso! —gritó uno de los policías así armados.

—¿Quién, yo? —rezongó uno de los bandidos. Y su pistola cayó con fuerza sobre la frente del policía, al mismo momento que éste levantaba la ametralladora.

—¡Atrás! ¡En el despacho! —ordenó uno de los agresores—. ¡Deprisa todos!

El propietario del establecimiento salió corriendo, moviendo las manos regordetas.

—¡Eh, no podéis hacer eso!... Yo...

Se oyó un leve chasquido como si se rompiese una ramita seca y una de las pistolas achatadas a la que iba unida un silenciador vomitó una lengua de fuego. El dueño de la tienda se llevó las manos al estómago, gimió, tosió.

Unos hilillos de sangre surgieron de las comisuras de su boca. Cayó sentado y se dejó ir a un lado, como su estuviese muy cansado.

—¡Atrás, en ese agujero de la pared! —ordenó una voz dura—. No estamos aquí para bromas y llevamos prisa.

Media docena o más de seudo —obreros, se habían unido a los primeros seis.

Las armas de los ocho policías les fueron arrancadas de las manos y una veintena de hombres de rostros duros y contraídos les empujaron hacia el pequeño despacho del establecimiento.

Dos de los bandidos llevaban pequeñas ametralladoras portátiles y se plantaron en el umbral del despacho. Otros compañeros suyos vigilaban la puerta.

Tres hombres se acercaron al cristal del escaparate y unas herramientas para cortar cristal brillaron en sus manos. El camión de pan se acercó entonces al establecimiento.

El conductor pareció interesarse por lo que ocurría en el interior de la tienda y detuvo el camión enfrente, arrimándolo a la otra acera. Una herramienta especial para cortar cristal mordió el del escaparate.

El gangster que la empuñaba describió un círculo alrededor de la cabeza y del brazo levantado del fantasma.

—Date prisa —dijo una voz detrás de los tres hombres.

El edificio entero pareció tambalearse. Unos golpes formidables conmovieron la fuerte puerta trasera. Un entrepaño saltó hecho pedazos y en su lugar se vió un gran boquete, por le cual asomó un puño del tamaño de tres o cuatro puños ordinarios. La cerradura cedió y la puerta se abrió hacia adentro. Dos figuras enormes aparecieron.

Eran de una estatura que se apartaba de lo corriente y tuvieron que penetrar en la tienda una tras otra. Sin embargo, se movían con tanta rapidez que los gangsters se dejaron sorprender.

Casi todos tenían los ojos fijos en el escaparate. Los dos hombres llevaban anteojos de camino de forma complicada, que les cubrían

la nariz y disimulaban sus facciones.

Metieron la mano bajo sus chaquetas y sacaron rapidísimamente lo que parecía ser unos apagadores de incendio en miniatura. Aquellos artefactos eran de un metal sin brillo y cada uno de ellos estaba provisto de una válvula de escape y de una ruedecita en un extremo.

Esa rueda giraba. Media docena de serpientes soltadas de repente habrían emitido el mismo sonido, una especie de silbido agudo. Uno de los hombres que estaban en el escaparate se volvió.

—¡Tumbadlo! ¡Es gas! ¡Son los polis!

Pero aun en el acto de sacar las pistolas, los gangsters descubrieron que sus enemigos habían desaparecido del campo de su visión. Soltaron blasfemias y detuvieron el fuego, tanteando en torno suyo.

Sin causarles el menor daño o escozor, el gas había cegado con toda eficacia. Aquel gas era un producto nuevo, compuesto de varios sulfatos combinados con selenio líquido.

Era la primera vez que se lograba liquidar selenio. Uno de los hombres se volvió empuñando siempre su tanque de gas.

—¡En el escaparate! —ordenó a su compañero—. Yo me cuidaré de la parte de fuera.

Aunque en la tienda resonaban gritos y juramentos por doquier, habló en tono normal. Se encaminó a la tienda de la calle, mientras el otro hombre saltaba al interior del escaparate de la imagen del crimen.

Sosteniendo un tanque de gas en una mano, el recién llegado gritó fuertemente algo y su puño se disparó con fuerza tremenda.

Los beduinos que cortaban el cristal abandonaron la tarea y uno de ellos cayó a través de un cristal lateral de la entrada de la tienda. La sirena de un coche de policía lanzó su quejido a través de la niebla.

El automóvil volvió la esquina a toda velocidad, con gran ruido de frenos.

Antes de que se hubiese parado, un nuevo contingente de policías se apeaba del mismo. Al tocar la acera con las pistolas en la mano, los recién llegados no dispararon. Se detuvieron como si unas manos invisibles les hubiesen agarrado por el cuello. Se encontraban en medio de gas cegador que les rodeaba, inerte en la

niebla negruzca y húmeda. El iracundo inspector Carnahan saltó del coche.

—¿Qué demonio pasa ahora? —gritó frotándose los ojos. Pudo creer un instante que la niebla era la responsable de su ceguera repentina, pero de pronto exclamó:

—¡Doc Savage está detrás de todo esto! Buscad el camino recto hasta el escaparate.

Los dos hombrones estaban en el aparador el uno frente al otro. El del interior sacó un frasquito del bolsillo. Miró con atención a través de sus gafas.

De la botella salía un líquido de color amarillo, de olor penetrante, que fluía a través de un tapón de goma en forma de caperuza. El líquido de la botella siguió el contorno de la mujer en el cristal.

Una manaza apretó en el centro de la figura y el pedazo así dibujado del grueso cristal se dobló hacia adentro. El peso del cristal era tal, que se necesitaba la fuerza de dos hombres ordinarios para levantarlo.

El hombretón de los lentes lo cogió fácilmente. Se apartó del escaparate y se alejó rápidamente entre los gangsters que convergían hacia él.

El hombre que estaba fuera se deslizó a lo largo del edificio y la niebla se lo tragó.

—¡Rayos y centellas! —chilló el inspector Carnahan—. Se han ido llevándose el corpus delicti... la mujer ha desaparecido.

El inspector pasó con cuidado la mano por la orilla lisa y cortante cual una navaja de afeitar del cristal del escaparate, del cual se había robado la sombra de la muerta ante sus propias narices.

Detrás de la tienda, un cochecito se puso en marcha. El motor no hizo fuertes explosiones y se limitó a silbar suavemente. Los enfurecidos gangsters recobraban lentamente la vista. Un hombre saló fuera y silbó lentamente.

Otros le siguieron y un silbido bajo contestó desde la otra acera. Los “obreros” que habían intentando robar la sombra del escaparate salieron todos atropelladamente a la calle. Las puertas del camión de pan se abrieron.

Los hombres saltaron al interior y el camión se alejó con un

fuerte ruido de cambio de marchas.

CAPÍTULO VIII

FUSSEIN, EL BEDUINO

SUS narices eran aguileñas y sus ojos negrísimos, en las cuencas, brillaban con singular fuego. Sus pieles tenían el color del cobre antiguo. Cuando el ascensor subió al piso 86 del formidable rascacielos, uno de aquellos hombres salió y el otro hizo ademán de seguirle, pero una de sus manos se metió debajo de su chaqueta y salió enarbolando un cuchillo puntiagudo. La punta de la hoja tocó la garganta del encargado del ascensor.

El muchacho palideció. Levantó las manos y murmuró:

—¡No, por favor! ¿Que desea?

El hombre de la piel oscura, armado con el cuchillo, habló en inglés perfecto.

—Nos acompañarás al cuartel general de ese Doc Savage. No des de grito de alarma y nada malo te ocurrirá. ¿Estás seguro que de momento no hay nadie en sus habitaciones?

—He de... no —tartamudeó el asustado empleado—, pero no me atrevo a entrar allí.

—¡Irás con nosotros o te queda poco tiempo de vida! —contestó el hombre de la piel oscura—. ¡Es la voluntad de Alá!

El muchacho precedió a su verdugo. No sabía en absoluto quién era ese Alá, pero el cuchillo resultaba persuasivo. Ambos hombres estaban correctamente ataviados.

Llevaban traje de etiqueta americano y la elegancia y pulcritud de su vestido les había permitido pasar sin llamar la atención por la entrada del edificio.

Sin embargo, los penetrantes ojos negros y la nariz aguileña del que parecía mandar al otro, bien podían pertenecer al jeque de alguna tribu.

Aquellos hombres había esperado en la sombra, en aquella mañana lluviosa, hasta que vieron alejarse a Doc Savage y a sus compañeros. Los dos beduinos esperaban encontrar dificultades y están dispuestos incluso a matar.

Acompañados del tembloroso mozo, se detuvieron ante una puerta que llevaba una placa de bronce con estas palabras: “Clark Savage, júnior.”

El jefe se metió las manos en su chaqueta y sacó un puñado de herramientas que no abría despreciado un ladrón americano experimentado. Las probó una tras otra, pero la cerradura resistió ante sus esfuerzos.

De haber estado en casa, Doc Savage se habría limitado a levantar las manos y la puerta se habría abierto. El beduino no sabía nada de células de selenio ni de rayos eléctricos invisibles.

Nunca se las había tenido con cerraduras entre las tiendas negras del desierto. Los beduinos hablaban en voz baja y el muchacho que les acompañaba no pudo entender una palabra de lo que decían.

Emitían sonidos guturales que se decían. Emitían sonidos guturales que se le antojaban siniestros. Las rodillas del pobre mozo se empeñaban en entrechocarse. El hombre que intentaba abrir la puerta lanzó un juramento en árabe. Estaba haciendo uso de una herramienta delgada y curvada.

De pronto, la cerradura cedió y la puerta se abrió.

Los ojos del beduino escudriñaron el cuarto con enorme desconfianza. La puerta al abrirse le había sorprendido. Conocía bien los instrumentos que había empleado. Pues bien; tal vez aquella herramienta había tenido la culpa.

El beduino se encogió de hombros. Ambos visitantes contemplaron con admiración el mobiliario de la oficina de Doc Savage. Miraron el teléfono, cuyos complicados dispositivos eran nuevos para ellos.

Ignoraban que los teléfonos del hombre de bronce estaban equipados para registrar todas las llamadas y repetir los mensajes sin ayuda de nadie.

Uno de los beduinos apretó la punta de su cuchillo sobre el cuello del muchacho del ascensor. Éste sudaba a mares y se prometía, si salía de aquello con vida, renunciar a su empleo.

Era la segunda vez que tenía que entendérselas con alguna de las extrañas visitas de Doc Savage. Pensó que a la tercera, si llegaba alguna vez, sería la vencida y que aquello no le convenía para su salud.

El jefe de los beduinos cruzó la estancia y se colocó delante de la gran puerta de la biblioteca. Apretó levemente sus hojas de metal y la puerta se abrió tan fácilmente que lanzó un gruñido y saltó a un lado.

Se llevó una mano al interior de la chaqueta, sacando un cuchillo. La biblioteca estaba vacía. El beduino murmuró algo a su compañero.

Traducidas sus palabras, significaban: "El Sabio debe saberlo". Una sonrisa taimada iluminó las facciones de ambos beduinos.

Era evidente que tenían suma confianza en el "Sabio".

Uno de ellos dijo:

—Nos ha preparado el camino.

Decía la pura verdad. El camino les había sido, en efecto, preparado; pero no como lo imaginaban.

Los beduinos tragaron saliva. Estaban hablando del hombre de bronce y su sabiduría. Contemplaron los miles de libros colocados a lo largo de la pared.

Si aquel Doc Savage conocía el contenido de la décima parte de aquellos volúmenes debía, a juicio suyo, poseer una gran sabiduría.

Tras una inspección completa de la biblioteca, los beduinos se acercaron a una puerta interior que llevaba al laboratorio del hombre de bronce. La puerta se abrió sólo con tocarla.

Nuevamente el jefe de los beduinos sacó a relucir el cuchillo. El muchacho del ascensor fue proyectado hacia delante y la punta del cuchillo le bastó para comprender la situación sin ninguna otra orden.

Aunque bastante asustado, el chico se quedó mirando lo que veía, olvidando, casi, su desagradable situación. Nunca había visto semejante profusión de instrumentos. Estos subían misteriosamente del suelo y poco faltaba para tocar el techo. Un sinnúmero de estantes de metal y de mármol, estaban cubiertos de dispositivos y luces. El jefe de los beduinos movió los labios como si estuviese rezando. En realidad, eso es lo que estaba haciendo.

Ahí estaban extrañas maravillas de significado místico. Alá, el

Profeta, era todopoderoso en el desierto, pero el beduino no estaba seguro de que Alá entendiera todo aquello.

La selva de máquinas y los aparatos, tanto químicos como científicos, imponían a los beduinos, que, después de todo, no eran sino sencillos árabes del desierto. El jefe de los beduinos se pasó la lengua por los delgados labios.

Anduvo con gran cuidado, procurando no tocar nada. Conocía todas las penalidades y peligros del Rahla, el viaje por extensiones sin agua, las amenazas del ghrazzu cuando las tribus enemigas eran despojadas de sus tesoros... todo aquello lo entendía, pero lo de ahora no.

Ordenando a su compañero que se quedara al lado de la puerta, el jefe anduvo con precaución por el pasillo central del laboratorio. Una mesa de escribir cuadrada se encontraba a su derecha.

El beduino se inmovilizó como una estatua y pronunció algunas palabras ininteligibles. El otro beduino alargó el cuello, mirando. Ambos vieron la antigua piedra antes de entonces, pero no en el mismo estado.

Ambos beduinos demostraban con su excitación que habían visto la piedra cundo lanzaba destellos azulados. Ahora era roja y brillaba como si sangrase una herida recién hecha.

Una mano huesuda de color de cobre se adelantó con cuidado. La punta de los dedos del beduino tocaron la piedra Himyarita. Un grito agudo brotó de los labios del beduino.

Su mano salió disparada hacia arriba como movida por una fuerza invisible.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo alto y delgado. Sus rodillas se doblaron y cayó de bruces. Nadie vió lo que había escapado a la vista del jefe beduino.

La piedra roja estaba envuelta en delgadísimos alambres, del grueso de cabellos. Casi invisibles, cruzaban el suelo y desaparecían detrás de uno de los cuadros de mando de metal.

El cuerpo del beduino había establecido un contacto y sufrido los efectos de una leve sacudida eléctrica. Descubriendo, seguramente, con gran sorpresa por su parte, que seguía vivo, el beduino se puso en pie, asombrado y mareado.

Contempló sus largos dedos que estaban levemente chamuscados, como si hubiesen tocado fuego. Sus ojos brillantes

tuvieron una expresión maligna.

Traducían miedo también, pero el beduino había ido allí cumpliendo una misión y la llevaría a cabo, fuese como fuese. Después de todo era un árabe cuya ciudad incluso pertenecía al ser designado con el nombre del “Sabio”.

Volvió a alargar la mano hacia la piedra Himyarita roja. Dominó el temblor del leve choque y arrancó la piedra, meciéndosela debajo de la chaqueta.

Los delgados alambres se rompieron.

—Vámonos rápidamente —dijo en árabe, volviéndose hacia la puerta.

El otro beduino dio medias vuelta, pero ambos hombres permanecieron clavados en el mismo sitio. El muchacho del ascensor se estremeció y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

Una llamarada azul, delgada como una hoja, había surgido en el umbral de la puerta de la biblioteca. Chisporroteando, subía y bajaba cerrándoles el paso.

El beduino que llevaba la piedra se volvió a pared del laboratorio, buscando una ventana inexistente. El beduino anduvo con cuidado, sin tocar nada.

Las luces se apagaron como si se hubiese soplado una vela, pero las llamas azules de la puerta continuaban bailoteando. Luego las luces volvieron a encenderse. El segundo beduino tuvo una idea.

—Tú sabes lo que es todo eso —dijo al muchacho del ascensor —. Déjanos en libertad, o morirás.

—¡Oh, no! ¿Cómo he de conocer los inventos de Doc Savage? —exclamó el infeliz.

El beduino apoyó la punta del cuchillo contra la carne de su cuello.

El muchacho gritó. La sangre brotó y manchó la hoja pulida.

—Basta ya —dijo una voz tranquila—. Guarda enseguida ese cuchillo. Él no puede ayudaros.

El beduino se quedó mirando lo que había surgido en el otro extremo del laboratorio y se le antojaba que era un gigante. Su cuerpo pesaría el doble del suyo.

Su piel era bronceada y brillante y su cabello liso parecía una prolongación de la piel dorada de su cuello nudoso. Johnny Renny y Long Tom, estaban detrás de él y la mano de Renny sostenía una

pistola.

—Con esto —dijo con voz potente—, puedo pulverizaros a los dos si no dejáis caer inmediatamente el cuchillo.

Los beduinos conocían las armas de fuego. No habían visto todavía pistolas perfeccionadas como las de Doc Savage, pero no dejaban de comprender que su efecto será mortal. El cuchillo, soltado, cayó al suelo.

El muchacho, de cuyo cuello manaba un hililllo de sangre se tambaleó y cayó sentado. Renny dio la vuelta a los dos beduinos y se colocó entre ellos y la puerta donde brillaban las llamas azules.

Long Tom se acercó a la pared y tocó un botón. La barrera de fuego desapareció. Doc Savage se sacó un pedazo de papel del bolsillo y levantó al desgraciado chico encargado del ascensor.

—Siento lo ocurrido y te has portado como un valiente —dijo—. Puedes irte ahora.

El muchacho salió frotándose la pequeña herida que tenía en el cuello.

Estaba pálido todavía, pero sus labios sonreían. El papel que Doc le había dado era un billete de cien dólares.

—Hacerlos sentar —dijo el hombre de bronce—, luego hablaremos un rato.

Renny y Johnny obligaron a los beduinos a sentarse en sillas frente a la puerta abierta de la biblioteca. Estaban a pocos centímetros del umbral.

Doc hizo una señal y unas cuerdas rodearon el cuerpo del hombre que había tomado la piedra Himyarita. Renny permaneció de guardia al lado del otro enemigo atento a sus movimientos.

—Me dirás quién te ha enviado aquí —empezó diciendo Doc.

El beduino se sobresaltó y sus ojos despidieron chispas. Doc Savage había hablado en el más puro árabe. El beduino le miró como desafiándolo, pero sin poder ocultar su asombro. El idioma árabe es uno de los más difíciles.

Nunca hasta entonces lo había oído hablar por cualquier ferengi, es decir, forastero, con tanta soltura. Sin embargo, el beduino continuaba agarrando la piedra debajo de su chaqueta. Las cuerdas que le inmovilizaban sobre su silla no le ataban los pies ni las manos.

—No eres quien esperaba —anunció Doc, siempre en árabe—,

pero me hablarás de él.

El hombre de bronce hundía su mirada en los ojos del beduino, empleando su poder hipnótico para arrancarle una contestación. Los ojos negros del árabe no cedieron y el beduino sonrió burlonamente.

No permitiría que otra voluntad se impusiera a la suya.

—Electrocutamos a los asesinos en este país —declaró Doc.

Le costó encontrar una palabra árabe para decir “electrocutar”.

Pero logró hacerse comprender.

—Eres un criminal. ¡Hablarás...!

El beduino contestó sencillamente:

—Estoy en manos de Alá.

Long Tom apretó el botón de la pared. Una llama azul surgió y chisporroteó a corta distancia de la piel morena del hombre. El más leve movimiento le habría puesto en contacto con la barrera mortal del umbral.

Las lenguas de fuego se retorcían en torno de sus rodillas y parecían alargarse para envolverle.

Los labios del beduino se movieron, pero no dijo nada en voz alta.

—¡Rayos! —rezongó Renny—. ¿Tendremos que “ablandarle” de veras?

Doc Savage movió la cabeza y sonrió.

—Es el fatalismo de su raza. Ha decidido morir antes que hablar.

Mientras hablaba, el hombre de bronce llenaba una jeringuilla para dar inyecciones. Las llamas eléctricas estaban cerca del rostro del beduino.

Éste cerró los ojos, pero sin más. La corriente de alta frecuencia era una pared amenazadora y estaba terriblemente cerca.

El beduino, que conocía el código del desierto, no dudaba que iba a morir, pero mantenía la cabeza alta y, digno hijo del Islam, permanecía silencioso.

Su compañero le imitaba, mirándolo con toda atención.

—¿Quién te ha enviado aquí? —preguntó Doc—. ¿Por qué te encuentras en este país?

Habló en árabe, pero sin obtener respuesta.

El beduino estaba murmurando algo. Las palabras eran: “Bismilla él arman el Rahbim...” la plegaria de los fieles

mahometanos que se encuentran en grave peligro, en decir: “En nombre de Alá, el compasivo, el misericordioso”.

Doc comprendió entonces que el beduino no hablaría nunca movido por el miedo. Se había resignado a su suerte.

Había fallado. Echado a perder su misión. Aunque perteneciendo a una banda de criminales, sería fiel al “Sabio”. Las manos de Doc se movieron rápidamente.

Tocó al beduino con suavidad; pero la aguja de la jeringuilla le penetró en el hombro. La jeringuilla contenía un suero de la verdad, inventado por el hombre de bronce. Luego, los ojos de Doc miraron con mayor intensidad que nunca al beduino.

Éste empezó a sentir los efectos de la fuerza hipnótica de Doc. El suero de la vedad trabajaba en su organismo, abatiéndole, acabando con su resistencia.

Su fuerza de voluntad cedía. El árabe empezó a murmurar en su idioma mientras la mirada de Doc no se apartaba de la suya.

Johnny se acercó y se inclinó.

—Dice que su nombre es Fussein —repitió Johnny—. Dice que han venido en un buque negro. Menciona a alguien a quien llama el “Sabio”. Oye, Doc; Monk y Ham. Dice que están en el buque negro. Ahora está diciendo algo respecto a Alá… Cuidado, Doc.

El beduino empezó a gritar de repente:

—¿Bismilah el Rahbim!

Nadie había visto el gesto furtivo del beduino, alcanzado algo debajo de su chaqueta. La piedra Himyarita cayó al suelo y el hombre lanzó un grito de agonía, de muerte.

Sin ser visto, al beduino se había sacado una daga de la manga. Levantó el brazo y se inclinó a un lado. Se oyó un ruido sordo y blando.

La sangre brotó e inundó la camisa del beduino, corriendo por la mano, que sostenía todavía el cuchillo. Se había hundido la hoja debajo de las costillas.

La hoja ensangrentada salió de la herida y su mango hizo un ruido metálico al chocar contra el suelo. El beduino cayó adelante… estaba muerto.

—Uno de los pocos que han batido a Doc —murmuró Renny.

El ingeniero, que había estado guardando al otro beduino, olvidó al otro prisionero, de momento.

Junto con Johnny y Long Tim. Renny miró el cadáver...

El otro beduino no estaba atado y sus ojos de frío mirar se parecían a los de una serpiente.

—Siento lo ocurrido —dijo Doc, cuya atención estaba aparentemente fija en el cadáver sentado en la silla.

El beduino le saltó encima con una daga en la mano. Aquellos árabes estaban bien provistos de armas ocultas. Los anchos hombros del hombre de bronce ofrecían un blanco que era fácil de alcanzar.

El beduino lanzó un juramento asiático. La punta de su arma tocó a Doc entre los hombros.

Todo el peso del beduino lo apoyaba. Long Tom palideció horrorosamente.

—Doc,¡Cuidado! —gritó—. ¡Renny, sujétalo!

La cabeza de Doc cayó con fuerza hacia adelante. Las poderosas piernas del hombre de bronce se doblaron como si estuviera mortalmente herido y cayera al suelo. El brazo del beduino se estremeció con la fuerza del golpe asestado.

La mano derecha de Doc salió disparada por encima de uno de los hombros.

Los tendones de su muñeca, fuertes y elásticos como cuerdas de piano cubiertas de bronce, se movieron bajo la piel. Sus dedos cogieron el cuello del beduino en la nuca... el hombre de bronce tenía una rodilla en tierra.

El beduino lanzó un grito. Dio varias vueltas sobre sí, y su cuerpo, concluyendo con un salto mortal, voló por la puerta de la biblioteca.

Cuando el otro beduino se había hundido el cuchillo en el corazón. Long Tom cortó la corriente que formaba la barrera de llamas.

—¡Que me superamalgamen! —dijo Johnny con voz ronca—. Doc, ¿estás herido?

La mano de Doc recogió el cuchillo del beduino del suelo. La punta agudísima estaba torcida como si hubiese tocado granito.

El hombre de bronce se encogió de hombres. Tal vez tuviese un cardenal en el lugar donde el cuchillo le tocó.

—¡Rayos! —exclamó Renny—. Había olvidado el chaleco.

Doc llevaba un delgadísimo chaleco de metal tejido a prueba de balas y cuchilladas. El beduino se puso en pie en la otra habitación.

Su rostro moreno llevaba estampada una expresión de completo asombro.

Miró a Doc Savage con incredulidad, pero no se entretuvo más de dos segundo. Lanzando un juramento se volvió hacia la puerta del pasillo. Renny se lanzó adelante para verse detenido como si hubiese encontrado una barra de acero. El brazo del hombre de bronce le cerraba el paso.

—Déjate ir —dijo Doc suavemente—. Ayudará a mis planes.

Con una sola mirada a la puerta del ascensor, el beduino se echó hacia la escalera situada en el extremo del corredor. No tenía gamas de encontrarse con los empleados del ascensor.

La historia de lo que ocurrió en el piso 86 había corrido de boca en boca sin duda alguna. El beduino se lanzó escaleras abajo.

—Aseguraos de que lo lleváis todo, hermanos —aconsejó Doc Savage—. Le concederemos un minuto. Hay un buen trecho de aquí al pie de la escalera.

El hombre de bronce recogió el cuchillo con el cual Fussein se había mantenido fiel a su jefe, el “Sabio.”

—Esta hoja tiene más de un siglo —declaró Doc—. Es evidente que habrá trabajado profusamente.

El cuchillo era una hoja recta, gruesa, de unas ocho pulgadas de largo y provista de un fuerte mango de metal. A un lado se veía estampada una luna creciente con la fecha de origen:

MEDINA, EN EL AÑO 1243 DEL CALENDARIO MAHOMETANO.

En la Era Cristiana representaría el 1825.

En el otro lado, casi borrada por la sangre y aceite, había una inscripción.

Era el antiguo grito de guerra de los “gead”: Thishahum Busm el Rassoul.

Doc oyó aquel grito en el calleja cuando raptaron a Monk y a Ham.

“Matad en nombre del Profeta”.

Doc se encaminó al ascensor seguido de sus tres compañeros. Bajaron y Doc, Johnny y Long Tom se encontraron ocultos por la niebla cuando el beduino se metió en un coche cerrado, pardo en la esquina de la calle.

Otro “sedán” de aspecto ordinario volvió la esquina. Renny empuñaba el volante. Acababa de sacar el coche del garaje situado

en la planta baja.

Doc permaneció de pie en el estribo.

CAPÍTULO IX

PERSECUCIÓN EN LA NIEBLA

LA niebla negra de la mañana paralizaba el tránsito y los pocos chóferes que se atrevían a salir iban a escasa velocidad. En la parte baja del puerto, los vapores y los remolcadores tocaban las sirenas sin parar y avanzaban con extremado cuidado.

Todas las embarcaciones que no realizaban viajes regulares permanecían en el muelle sin aventurarse a salir. En el Boulevard del Norte, la carretera principal de la orilla norte de Long Island, un chofer parecía desdeñar todas estas reglas elementales de seguridad. Los que le venían pasar a tremenda velocidad a través de la niebla se quedaban paralizados de asombro.

Dos veces fue seguido. Una de ellas por un policía en motocicleta. Pero después de que el representante de la Ley por poco se sube al toldo de un camión, abandonó la persecución lanzando sonoros juramentos.

La segunda vez, se trató de un coche de las patrullas de radio. El chofer blasfemó con vehemencia cuando el coche sin luces pasó rozándole con suma maestría.

—¡Me juego cualquier cosa que esos "polis" nos toman por fantasmas! —rió Renny que empuñaba el volante del coche—. ¡Es probable que juren no habernos visto!

—El informe será peor que eso —insinuó Long Tom—. No pueden menos de haber visto a Doc allí fuera.

El hombre de bronce estaba de pie en el estribo del "sedan". La humedad de la niebla negra le mojaba la cara y unas gotitas de agua le caían del cabello bronceado como si éste fuese impermeable.

Doc y sus compañeros llevaban unos anteojos de camino de

forma extraña.

Los lentes eran grandes y abultados y a los lados se veían unos pequeños conmutadores. Del interior de los anteojos salía un ruido débil como si unas diminutas dínamos estuviesen funcionado.

Aunque los faros del coche están apagados, había luz, pero ésta era invisible para quien no llevase los anteojos especiales del hombre de bronce.

Frente al coche, todos los objetos se recortaban distintamente en la niebla.

La carretera estaba bañada de una extraña luz. Los árboles, aun los más vedes, no tenían rastro de color. Todo se dibujaba en negro y blanco.

Este rayo invisible era proyectado por un aparato fijado al "sedán", y con ayuda de los anteojos, éste podía correr sin peligro de estrellarse. Completaba la ilusión de que se trataba de un coche fantasma el hecho de que el motor era completamente silencioso.

Aunque sumamente potente, no hacía más que dejar oír un leve silbido y por este motivo, la llegada del "sedan" de Doc Savage no fue advertida por los conductores de otros dos coches.

El "sedán" había rebasado los límites de la ciudad de Nueva York. Sin disminuir la velocidad, recorrió las bajas colinas del Condado de Nassau.

A no ser por la niebla se habría visto, a intervalos, extensiones de agua azul del Estuario Long Island.

Los dos coches que iban delante fueron cogidos por el rayo especial del "sedan" poco después de que éste rebasara la colina histórica de Roslyn. Los coches que corrían delante del "sedán" tenían los faros encendidos, pero los chóferes los mantenían a una velocidad que no llegaba a la mitad de la del "sedán". El coche de Doc, vehículo silencioso, blindado, equipado con cristales irrompibles, no podía ser visto ni oído por los conductores de los dos automóviles que le precedían.

En uno de ésos iba el beduino que había huido del aposento de Doc en Manhattan. Creyendo haber escapado sin ser visto, el árabe hacía precisamente lo que el hombre de bronce sospechó que haría, es decir, que se encaminaba en línea recta a una bahía remota del Estuario de Long Island, donde un buque negro estaba allí anclado.

Y era, sin duda, con la esperanza de encontrar a los

desaparecidos Ham y Monk que el hombre de bronce había permitido escapar al beduino.

—Es extraño —dijo Long Tom—, que haya dos coches. No había más que uno cuando empezamos a seguir al beduino.

El hombre de bronce no contestó. Su cuerpo de gigante no se movía más que si formara parte del coche. Ambos automóviles habían salido de Manhattan y, son duda, tenían el mismo objetivo.

—Será a corta distancia de la carretera —dijo Doc—. ¡Ojo, haced de manera de no errar el tiro!

—¡Claro!... Yo...

Renny no concluyó la frase. El "sedán" corría tan silenciosamente que se podía oír el menor ruido. En aquel lugar la casa más cercana se encontraba a cosa de media milla de distancia, en lo alto de la colina, a la derecha.

Un grito de mujer rasgó la noche. Era agudo y fuerte; pero no era un grito de terror, antes bien, parecía lanzado con el fin definido de llamar la atención.

En la ventanilla trasera del segundo de los coches, dos cabezas se dibujaron en negro y blanco, gracias al rayo especial de Doc.

—Eso es lo que esperaba —dijo Doc—. Ahora dá más gas, Renny. ¡Pasa a esos dos coches!

—¡Rayos! —exclamó Renny—. ¡Tienen una mujer en este segundo coche! ¡Apuesto cualquier cosa a que han raptado a Lady Fotheran!

Doc no contestó; inclinó ligeramente la cabeza al aumentar la velocidad el "sedán". El motor era capaz de hacer más de cien millas por hora.

El viento azotaba con fuerza la cara del hombre de bronce. Fue cosa de juego pasar a los otros dos coches, a pesar de la estrechez de la carretera.

Doc ordenó que no se avisara a Renny y metió el "sedán" por un espacio limitadísimo. Dos asombrados conductores vieron lo que debió de antojárseles un bólido surgir silenciosamente de la noche.

No se había oído tocar el "claxon", no se había visto nada; pero el "sedán" pasó a su lado, rozándoles. Había cuatro hombres en el segundo coche... cinco, puesto que en el suelo había un individuo atado y amordazado.

Entre dos hombres en el asiento trasero estaba sentada una

mujer.

Un beduino de piel obscura y vestido como un americano, tenía la mano apoyada en la boca de la mujer.

—¡Estese quieta, Lady Fotheran! —gruñó—. De lo contrario tendremos que amordazarla.

La mujer estaba sentada muy tiesa; no luchó por escapar a la mano que la ahogaba.

El conductor lanzó un juramento. Era un blanco de rostro malvado.

—¡No hay nadie que pueda conducir sin luces con esta niebla! ¿Habéis visto a ese tío de pie en el estribo?¡No parece un ser humano!

A la luz del otro coche, la figura de Doc Savage, crecida por la niebla, parecía sobrenatural.

—¡No es humana, no! —contestó el hombre que estaba sentado al lado del conductor—. ¡Que me aspen si ese sujeto no es Doc Savage! ¡Eh! Más vale parar aquí y acabar con la señora.

El hombre se subió una ametralladora entre las rodillas. El coche de delante describió unas eses entre el "sedán" de Doc y el coche de detrás.

—Sí ese negro quisiera apartarse —se quejó al pistolero—, pronto sabríamos si Savage es humano o no.

El parabrisas se levantó y el hombre metió el cañón de su arma por la abertura, teniéndola a punto de disparar.

El hombre de piel oscura del asiento trasero habló con voz queda:

—Malgastarás las balas —dijo—. Doc Savage tiene gruesos neumáticos rellenos de esponja de caucho. No los podrás reventar. El coche está blindado.

—¡Vaya! —exclamó el bandido—. Pues bien, ese Savage no está relleno de caucho... y lo estará de plomo caliente si ese tío se aparta un poco.

La mujer no se movía para nada. El hombre de piel oscura, conocido con el nombre de señor Kassan, que había demostrado conocer a Doc Savage, apartó la mano. Los ojos dorados de la mujer miraron fijamente frente a ella.

Después de lanzar un grito histérico, quedaba aparentemente sumida en una especie de coma. Pero uno de sus pies frotaba el

otro… de pronto, la mujer se puso un brazo sobre los ojos… el coche se llenó de una luz extraordinariamente cegadora. El conductor lanzó una serie de ternos.

Frenó rápidamente, pero el coche abandonó la carretera y se hundió en la cuneta precipitadamente.

CAPÍTULO X

MAGIA NEGRA

AL surgir la luz cegadora que hizo desviarse al coche, provocando el accidente, una cosa asombrosa ocurrió. El diminuto pie de la mujer sentada en la parte de atrás había estallado o así parecía.

—¿Vuelve usted a las andadas, Lady Fotheran? —gruñó el moreno señor Kassan.

Su puño cerrado cayó de lado. De haber continuado la mujer en la misma posición, su hermoso rostro habría recibido el tremendo golpe, pero se había echado hacia delante, cogida por las manos al respaldo del asiento delantero.

Fue entonces cuando el coche se inclinó de lado y acabó de tumbarse con gran estrépito. La puerta del lado superior se abrió con fuerza y la mujer se deslizó por la abertura con ligereza.

El hombre de aquel lado gemía y se frotaba los ojos con las manos. El brazo de la mujer protegía todavía su vista. Corrió dos metros por la carretera y saltó por encima de la cuneta.

Con la velocidad de un gamo, se perdió en los bosques que bordeaban la carretera. Del coche siniestrado subían gemidos y juramentos: pero era evidente que los cuatro hombres no habían sufrido heridas graves.

Todos salieron a la carretera, se pusieron de pie y se tambalearon sin ver nada todavía. La explosión del polvo contenido en el zapato de la mujer les había puesto fuera de combate y permanecerían en aquel estado por espacio de unos minutos.

El señor Kassan dio muestras de tener más serenidad y sangre fría que los demás.

—Como somos ciegos —dijo con calma—, no podemos perseguir a Lady Fotheran. Lo más cuerdo es irnos a alguna parte, antes de

que vuelva Doc Savage. Que cada uno ponga la mano sobre el hombre de un compañero y seguidme todos. Hay un botecito oculto cerca de aquí. Ese polvo no nos cegará por mucho tiempo.

Los cuatro hombres desfilaron por la carretera y desaparecieron en la maleza hacia la pequeña bahía. Con las manos extendidas y tocándose unos a otros, parecían presidarios en el patio de la cárcel.

Doc Savage vió la luz brillante de la explosión y oyó el ruido del accidente.

El otro coche se encontraba tan sólo a unas cuantas yardas detrás del "sedán" blindado de Doc. El cristal de su parabrisas se levantó y, casi instantáneamente, una ametralladora empezó su canto de muerte.

El hombre de bronce sintió el impacto de dos balas sobre su chaqueta a prueba de balas.

Se metió en el interior del coche con Johnny, que ocupaba el asiento de atrás. Las balas caían como la lluvia sobre la carrocería del coche blindado.

Algunas se aplastaron contra el cristal de la mirilla de atrás, dejándola surcada de rayitas. Las balas se ensañaron sobre los neumáticos de las ruedas trasera; pero sin conseguir resultado.

Tal como el señor Kassan parecía saberlo, los neumáticos estaban rellenos de goma y no había disparo capaz de deshincharlos.

—Demos media vuelta —dijo Doc—. ¡A ellos, Renny!

Renny tocó un conmutador del cuadro de mandos y lo estiró. Los faros del coche que les perseguía quedaron inmediatamente sumergidos en lo que parecía ser una densa nube. La ametralladora siguió disparando.

Las balas rebotaron en el asfalto, pero erraban el blanco; se oyó un ruido de frenos y Doc dedujo que el conductor del otro coche se veía obligado a detenerse.

La cortina de humo era una de las invenciones de Doc Savage. La hacía más efectiva aún el hecho de que se componía de partículas adherentes que se pegaban al cristal de los faros del coche que venía detrás.

En pocos segundos éstos quedaban completamente oscuros.

—¡Da media vuelta tan pronto como puedas y volveremos atrás! —dijo el hombre de bronce al mimo tiempo que se dejaba caer con

ligereza sobre la carretera.

Doc penetró en la niebla química de su propia creación. Una vez allí, se quitó los anteojos especiales que llevaba.

Su vista era bastante más aguda que la de cualquier hombre ordinario, pero no podía ver nada en aquella atmósfera. Sin embargo, corría con rapidez asombrosa.

Tenía más ganas de alcanzar el coche siniestrado que el otro, más cercano, en el que iba el beduino a quien había permitido escapar con el fin de seguirlo.

Cuando encontró el primer coche, éste estaba parado en medio de la carretera. Doc había pasado de largo sin hacer ruido, pero el coche le llamó la atención por su extraño aspecto.

Aunque unos minutos antes las balas llovían del mismo, no parecía contener ya a nadie. Doc prestó oído y prosiguió su camino. Alcanzó al otro coche tumbado de lado en la cuneta. Un gemido ahogado subía del interior.

El hombre de bronce se paró y contrajo sus poderosos músculos. Sus oídos extraordinarios recogían todos los sonidos y los clasificaban. No sabía más que un hombre en el interior del coche.

Doc les habría oído respirar si hubiesen sido varios. El hombre del coche tosió como si se ahogara. Estaba intentando levantarse del fondo del automóvil.

—¡Socorro! ¡Socorro! —tartamudeó.

Era evidente que quería salir del coche. Usaba su barbilla para tantear el camino, puesto que tenía las manos atadas a la espalda y los ojos y los labios sellados con tiras de papel engomado.

Doc le ayudó a ponerse de pie, le desató las manos y le dejó arrancarse el papel de los ojos y de la boca. El hombre de bronce recogió un pedazo de papel que cayó en el fondo del coche y lo apretujó entre sus dedos.

—¡Doc Savage! —exclamó el hombre tan pronto como se hubo limpiado un ojo—. ¡Esperaba que fuese usted! Casi había perdido la esperanza de salvarme, cundo el coche se tumbó. ¿Adónde habrán ido esos beduinos?

—No les he visto marcharse —declaró Doc—. Evidentemente llevaban prisa. ¿Qué sucedió.?

El hombre que gemía al arrancarse las tiras de papel no era otro que Carson Dernall, cuyo pálido rostro estaba más blanco todavía

que de costumbre.

—Recibí un recado telefónico en mi hotel, diciendo que Lady Fotheran necesitaba mi ayuda —dijo Dernall—. Me puse en camino para ir a su hotel, dos hombres me apoyaron sus revólveres en la espalda, cuando salí a la calle. Me empujaron hacia el interior de un coche y uno de ellos me dio un golpe en la cabeza. Es lo único que sé hasta que volví en sí, tumbado en el fondo del automóvil que estaba en marcha. Hace unos minutos que oí el conductor blasfemar. Debió de ser cuando usted pasó. Luego empezó el tiroteo y de pronto el coche se estrelló. Todos los hombres salieron... ¡deben haber huido!

Doc Savage asintió sin hablar. Andaba por la carretera siguiendo el camino tomado al venir y Dernall le siguió mirando furtivamente en torno suyo como si temiera que sus enemigos volviesen.

Renny había conseguido dar media vuelta al llegar a la altura de un camino lateral y regresaba hacia él. De pronto, Doc dejó oír la extraña música que emitía en ocasiones.

Inmediatamente, se oyó un ruido de ramas secas en los matorrales que bordeaban la carretera y la luz de la lamparilla eléctrica de Doc cayó de lleno sobre una cara atractiva, aunque llena de arañazos y cubierta de suciedad.

Una mujer salió cojeando a la carretera. Uno de sus zapatos seguía intacto, pero del otro no quedaba más que un pedazo que colgaba de una tirita de piel atada al tobillo.

—Oye, Doc —dijo fríamente la mujer—. La próxima vez que pongas un torpedo en mi zapato sabrás lo que es bueno. Creí que habías dicho que aquello no haría daño mas que a los demás, si me ponía el brazo ante los ojos.

El hermoso rostro de Doc se contrajo en una lenta sonrisa.

—No te aconsejé hacerlo estallar dentro de tu zapato —hizo observar.

—Bien, pero como no podía sacarlo, corrí el albur —replicó la mujer—. ¡Y esto debía ser un trabajito tranquilo, de “dueña”! Doc de todos modos, he tirado contra un hombre.

Patricia Savage se sentó en el estribo del coche, frotándose el pie dolorido.

Su cabello de bronce había perdido el pliegue que la hacía tan parecida a Lady Fotheran y caía en cascadas sobre sus orejas. Sonrió

mirando a Doc.

—Bueno, ¿y a qué jugamos ahora? —preguntó descaradamente —. ¿Puedo quitarme el otro zapato?

—Te mandaré a casa con el primer coche que pase —dijo Doc—. Nos encontramos frente a una situación seria y hemos de descubrir el barco negro antes de que los hombres del automóvil le alcance, o de otro modo Ham y Monk pueden sufrir las consecuencias.

¡No voy a casa con el primer coche ni con ninguno! —declaró Pat—. Voy a vendarme el pie y te seguiré.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny con un resoplido—. ¿Con esta camisa de noche?

Pat sacudió la cabeza con aire de reto. Llevaba un salto de cama de encajes, con el cual la habían raptado del hotel de Lady Fotheran. Doc sospechó que se atentaría contra Lady Fotheran e hizo que Pat la substituyera en el hotel.

CAPÍTULO XI

MIENTRAS LA BAHÍA ARDÍA

WHITEY Jano molestaba a los demás echando palomitas de maíz al aire, recogiéndolas con la boca y mascándolas ruidosamente.

Semejante proceder hacía que Runt Daves se pasearan rabiosamente de arriba abajo mascullando ternos.

—Esto empieza a parecerme una cochina traición —aulló Runt Davis, para ser oído por encima del ruido de las mandíbulas de Whitey Jano—. ¡Mira lo que saco de este asunto! Y ahora dices que no sabes si vale la pena continuar. ¿Quién me paga a mí esta faena? ¡Esto es lo que me gustaría saber!

Runt movió nerviosamente el muñón, donde antes se encontraba su mano derecha. Su cabezota hirsuta se movía espasmódicamente sobre su largo cuello.

Whitey Jano habló con suavidad:

—¿No has oído hablar nunca de aquello de "ojo por ojo y diente por diente"? —hizo observar con tono alegre—. No puedes esperar que se te dejara cortar un par de orejas sin hacértelas pagar. Hadith es un muchacho muy listo...

Runt se plantó delante de Whitey. Éste continuó jugueteando con palomitas de maíz. El cabello blanco que le valía su nombre tenía el color de la nieve y sus facciones oscuras eran redondas y regordetas.

Sus profundos ojos negros parecían llenos de melancolía. Se le hubiera tomado por un monje asiático o, tal vez, por el sacerdote de algún templo antiguo.

El gran triunfo de Whitey era su aspecto de benevolencia. Contempló al enfurecido Runt con mirada paternal: pero Runt estaba fuera de sí.

—¡Te digo que eso no puede ser! —gritó a voz en cuello—. Los muchachos están descontentos. Todo iba a pedir de boca y, de pronto, llegan esos indígenas para trabajar por su cuenta.. O, tal vez, tú trabajas para ellos. Son dos veces que topan con nosotros. ¡Se nos dice de coger a Fotheran y ahí llega ese Hadith!

—Él estaba siguiendo instrucciones recibidas —replicó Whitey con suavidad—. Hemos cambiado de parecer y nos hemos enterado que ella se había puesto en contacto con Doc Savage. Hemos obrado con cordura dejándola en libertad, de momento. Doc Savage estaba allí mismo... es lo único que podíamos hacer.

—¡Y supongo que ese negro Hadith recibió la consigna de empezar a sablazos y por eso Tulary estiró la pata! —estalló Runt—. Lo que quisiera es tener un momento a ese salvaje delante de mí. ¡Esta vez no me bastarán sus orejas!

Whitey masticó con ruido durante un minuto.

—Tú le cortaste las orejas a Hadith sin pregunta previa al verle espiando en el tinglado, cuando estaba allí siguiendo nuestras órdenes —dijo Whitey con paciencia—. Probablemente fue una bromita tuya. Y alguno de tus divertidos amigos hundió una navaja en el otro sujeto. Tal vez no te das cuenta que Hadith perderá prestigio al volver al desierto...

—No tiene nada que perder y no volverá nunca allí, de donde vino —gritó Runt meneando la cabeza de curiosa manera—. Primero nos dices que vamos a tratar del mejor asunto que nunca se nos ha presentado, y en medio de la cosa introduces a esa cuadrilla de camellos. ¡Esa trampa de la sombra nos llevará a todos a la silla eléctrica!

Whitey lanzó un blanquísimo grano de maíz al aire, y recogiéndolo con los labios lo mascó.

—Eres muy astuto, Runt, hijo mío. ¡Lo has adivinado! ¡Todos vosotros iréis a parar a la silla si os cogen! Por eso, me harás el favor de dar el asunto por concluido con Hadith y de olvidarlo todo. Seguirás adelante y de buen grado. Si te quedas aquí, te enchiquerarán ante de que te des cuenta.

—No quiero dejar correr el asunto de ese asqueroso negro —chilló Runt—. Tan pronto como ponga los ojos encima de él le daré su merecido.

—Entonces, cierra los ojos, hijo —sugirió Whitey—. Y si eres

listo, procurarás conservar la mano que te queda.

La alta figura del nubio Hadith había surgido detrás de Runt. El rostro de ébano era una máscara; pero los ojos del antiguo esclavo del jeque estaban orlados de rojo y brillaban de odio.

La pesada cimitarra curvada, de puño enjoyado, se balanceaba de arriba abajo, pero no fue Hadith quien arrancó un grito de horror de la contraída garganta de Runt. Al lado del negro se encontraban seis figuras alineadas.

Sus rostros tenían el color de plomo de los cadáveres. Llevaban instrumentos parecidos a tenazas y dos de ellos sostenían entre sí un recipiente de madera dentro del cual algo parecido a una pelota rodaba y tapaba los extremos.

Hadith formuló una pregunta en árabe. Constaba de tres palabras, cuyo equivalente era: “¿Ha de ser?”

—¡No! ¡No de este modo, jefe! ¡De cualquier otro modo!

Whitey Jano se metió más maíz en la boca, masticándolo con lentitud. Habló y los ojos de Runt se abrieron todavía más, si cabe.

Jano había hablado en árabe. Runt ignoraba que su jefe conociese aquel idioma. Habló rápidamente y en voz seca. Hadith hincó una rodilla en señal de sumisión, lo que Runt observó con gran asombro a pesar de su terror.

Hadith hizo una señal a los enmascarados para que salieran.

—Runt, hijo mío —dijo Whitey Jano, con voz bondadosa y tranquilizadora—. Tanto a ti como a los demás, la Policía os busca con gran interés. Debido a algún error, únicos sospechosos en ese asunto de las sombras de muerte.

—Tal vez fue un error —rezongó Runt—. Pero, en todo caso, un error muy extraño.

—Lo llamaremos un error —prosiguió suavemente—. Sin embargo, tanto tú como tus compañeros, os beneficiaréis mucho acompañándonos. Hemos llegado a una crisis y es posible que dentro de una hora nos marchemos de aquí. Yo procuraré que se te trate equitativamente allá abajo.

—¡Tendremos que conformarnos, jefe! —dijo Runt Davis, dejándose caer en una silla y frotándose el brazo sangriento—. No soy tan tonto y comprendo que no podemos continuar así. No fue ningún error...

La habitación, larga y espaciosa, se movía rítmicamente. El agua

la azotaba por la parte de fuera, puesto que era, en realidad, el lujoso camarote de un yate pintado de negro que parecía capaz de desarrollar una gran velocidad.

Whitey Jano tiró maíz al aire y masticó al compás de las olas.

—¡Hace el mismo ruido que un mono comiendo cacahuetes! —sugirió una voz mordaz y sarcástica. La voz salía de un pequeño camarote contiguo al primero.

—¡Maldito sea! —chilló otra voz—. No es hora de mostrarse gracioso. De todos modos, tú comes igual. A mí me recuerda un marrano comiéndose una mazorca.

Cualquiera que conociese a Doc Savage y a sus amigos, habría identificado enseguida esas voces como pertenecientes a Monk y a Ham. Aun en las más críticas circunstancias, la digna pareja continuaba su duelo de palabras.

Eso les ayudaba a sostener la moral. Ham no contestó a Monk, pero el químico chilló con su extraña vocecita infantil:

—¡Ay! ¡Maldito picapleitos! Vuelve a hacer eso y te hundo el pie en el estómago.

Ham sonrió, aunque fue una sonrisa que más bien parecía una mueca. Tenía la cara cubierta de barro suciedad procedentes de la calleja en la cual había sido capturado con Monk.

La noche anterior, su elegancia hubiera deslumbrado a los transeúntes de Broadway; pero en la actualidad, su precioso terno de verano sólo era bueno para el trapero, dada su suciedad.

Ham había provocado el grito de Monk con el sencillo método de mover bruscamente su pulgar. El gesto hizo tanto daño a Ham como a Monk; pero el primero así lo esperaba.

Sin embargo, no volvió a moverse, puesto que corría el riesgo de cortarse el dedo. Los ojillos de Monk miraron a Ham. Los dos hombres se hacían frente.

Hacía horas que se veían obligados a hacerlo, sentados en el suelo del camarote del yate, con las cortas piernas de Monk colocadas a lo largo de las de Ham. No podían cambiar de posición.

—Maldito sea —gimió Monk—. ¿Cuánto tiempo te parece que seguiremos aquí?

Antes de que Ham contestara, se volvió a oír la suave voz de Whitey Jano.

—Tan pronto como tengamos la orden, dispondremos de esos

dos hombres —dijo—. No dejaremos huellas para que Doc Savage las descubra. ¡No se deja sombra en el agua!

Monk se estremeció involuntariamente. Contrajo los brazos como si quisiera abalanzarse. Esta vez fue Ham quien gritó:

—¡Cuidado, hijo de gorila! No hagas eso. No muevas esos pulgares peludos que tienes.

Monk gruñó, como complacido, pero el torturar a Ham no le proporcionaba gran placer. Los peludos pulgares de Monk estaban atados a los de Ham por medio del artefacto conocido de la policía bajo el nombre de tuerca de pulgares.

Éstas se usan a veces en vez de esposas, cundo se trata de criminales extremadamente peligrosos. Las tuercas de pulgares se ponen como las esposas, pero son pequeñas y juntan los dos pulgares. En el interior de cada una hay dientes en forma de sierra. Cualquier movimiento hunde los dientes en la carne y el prisionero tendría que arrancarse toda la carne de los huesos para libertarse.

Además, tendría probablemente que serrarse parte de los huesos. Ham y Monk tenían los pies libres, pero esta circunstancia no les permitía moverse.

Sus enemigos habían obtenido la seguridad de que no se moverían del sitio, por medio de un dispositivo muy sencillo. Estaban sentados en el suelo, enfrente el uno del otro y abrazando una columna de hierro que subía del suelo del camarote hasta el techo.

Si hubiese tenido las manos libres, el forzudo Monk habría arrancado el puntal de hierro, pero con los pulgares atados a los de Ham era tan indefenso como un niño de pecho.

—Monk —dijo Ham—. ¿Has oído lo que ha dicho ese demonio grasiento?

—¡Maldita sea! Tanto de lo que haya dicho. Espera que me hayan quitado eso. Prepararé una hoguera para cocerlo dentro de su propia grasa.

—Ha dicho que no se deja sombra en el agua —musitó Ham—. Y yo estoy pensando en esa sombra del escaparate.

—¿Y por qué has de pensar en eso, tonto de capirote? —chilló Monk—, me pregunto si Doc ha descubierto algo de este loco asunto.

—Hace tres o cuatro horas de eso —dijo Ham—. Por regla

general, Doc trabaja deprisa, pero también es posible que lo hayan cogido como a nosotros.

—¡Ni pensarlo!

Oyeron a algunos hombres de Whitey Jano que penetraban en el camarote principal.

—Vamos, Whitey. ¿No esperarás de nosotros que viajemos en camello? Intenté subirme a un camello cuando era chico, en un circo. He quedado curado de ganas de volver a hacerlo...

Siempre mascando, Whitey Jano dijo, tranquilamente:

—Irás en camello y te gustará. Créeme, Birdlegs, éste es el mejor asunto que nunca se haya presentado a pandilla alguna. Habrán millones para todos, y si no tenéis ganas de volver allí, donde os espera la silla eléctrica, todos podréis ser personajes en otro lugar.

—Sí, ¿eh? —dijo con sorna el sujeto llamado Birdlegs—. Y cuanto más personaje sea uno, más pronto uno de sus demonios negros le hunde un cuchillo en la espalda. No me gusta este asunto.

—Me parece —dijo Ham a Monk—, que los muchachos de Whitey están a punto de realizar un viaje de placer... y apostaría cualquier cosa a que no regresarán. Veo que ese Whitey habla el árabe mejor de lo que puede uno esperarlo de un jefe de gangsters.

—¡Qué importa! —gimió Monk—. Ellos viajarán por su salud, pero nosotros no. Desgraciadamente.

Hubo un revuelo en el camarote principal. Alguien habló rápidamente en árabe. Ham cogió al vuelo algunas palabras y comprendió lo que decía.

Al igual que todos los compañeros de Doc, el abogado hablaba casi todos lo idiomas conocidos en el mundo. Además, todos los del grupo empleaban un antiguo lenguaje maya para comunicarse entre sí en presencia de enemigos.

—¡Algo ha ocurrido! —dijo Ham a Monk—. El sujeto que acaba de llegar trae una orden de alguien llamado el “Sabio”. Haremos el viaje por mar con ellos. Dice que el “Sabio” necesita un químico durante algún tiempo. ¡Monk, eres útil en ocasiones!

—¡Rayos y truenos! ¿De qué le serviré, si me quedo sin pulgares?

El astuto Ham estaba reflexionando.

—Creo comprender lo que pasa, Monk. Whitey Jano ha entablado una lucha entre los beduinos y sus pistoleros. Ha

enredado a estos últimos de tal manera con la policía, que se ven obligados a ahuecar el ala y alejarse de Nueva York. Cuando hayan acabado la faena, sea cual sea, al otro lado del agua nada bueno les esperará.

—¿Y quién será ese “sabio”? —preguntó Monk.

—Me parece que es el jefe de los beduinos —declaró Ham—. Ellos son los causantes de las sombras de la muerte o de lo que sea. Lo que quisiera es que Doc viniese. ¡Oye! ¿Oyes eso, Monk?

El sonido que había sorprendido a Ham era el gemido de una sirena de la policía al otro lado de la bahía. Llegaba en dirección a Long Island Sount.

—¡Es un barco de la policía! —exclamó Ham—. Tal vez sea fatal para nosotros, pero significa que los “polis” buscan a Whitey Jano.

Lo mismo opinaban en el camarote principal. Por primera vez, Whitey Jano dejó de mascar maíz. La voz de Runt Davis se elevó, diciendo:

—¿De manera que teníamos que ahuecar, no? Me parece que esta vez has cometido otro error, jefe, y de tamaño mayor.

El rostro de color de ébano de Hadith se enmarcó en la puerta. El viento de la bahía movía los pliegues de su kafieh, revelando así una terrible verdad.

Ambas orejas del nubio le habían sido cortadas a ras de la cabeza. En su lugar se veían unas heridas horribles, todavía frescas.

Hadith se detuvo, esperando impaciente. La sirena de la embarcación de la policía volvió a sonar más fuerte. Sin duda, el barco se dirigía en línea recta a la bahía. Monk y Ham se levantaron penosamente. De pie, podían mirar por la ventana del camarote. La niebla negruzca rodeaba al yate.

A la luz de la cubierta, varias figuras altas se movían torpemente. Sus rostros, del color del plomo, parecían rostros de muertos. Dos de esos enmascarados llevaban una caja de madera. Habían atado un cable delgado a algo que reposaba en el interior de la caja.

Aquellos hombres se acurrucaron en las sombras de la cubierta, del lado por el cual el bote de la policía se acercaba con rapidez. El haz de luz de un faro barrió la bahía. La policía se dirigía hacia la luz que brillaba en el yate negro.

El haz subía y bajaba como un dedo fantasma, siguiendo los

movimientos de la embarcación sobre las agitadas aguas del estuario.

El mar estaba revuelto a consecuencia de la inexplicable tormenta de la noche.

—¡Maldito sea! —chilló Monk—. Han encendido las luces del yate para atraer a los “polis”. Es una trampa.

—Tienes razón —dijo Ham—. Están proyectando atraer a aquel barco y asesinar a sus ocupantes. Hemos de avisarles.

El barco de los policías se acercaba; pararon el motor y la embarcación siguió avanzando con un leve silbido.

—¡Ahora! —dijo Ham—. Grita con toda esa hermosa voz de mico que tienes.

Monk no se entretuvo en contestarle como se merecía.

Con todo el poder de sus pulmones, emitió un grito agudo, al que Ham unió su propia voz penetrante.

—¡Alejaos, alejaos! —chillaron al unísono—. Es una trampa. ¡Alejaos!

La puerta del camarote se abrió bruscamente. Monk y Ham gritaron todavía con el fin de avisar a la Policía. Sus pulgares torturados les sujetaban al poste de hierro. Los hombres de Whitey Jano soltaron una retahíla de ternos.

Levantaron el aire sus revólveres, empuñándolos por el cañón y los dejaron caer con fuerza sobre la cabeza de sus prisioneros. Monk y Ham cayeron al suelo.

Los diabólicos dientes de las tuercas penetraron en su carne y la sangre bañó sus manos; pero sin que ninguno de los dos lo viera, no sintiera dolor.

Estaban inconscientes y la puerta del camarote se cerró tras el último enfurecido gangster. La llave dio dos vueltas en la cerradura.

Cuatro policías del puerto, que estaban en el bote, habían oído los gritos de aviso. Desgraciadamente no los interpretaron como era debido.

—¡Intentan escapársenos! —gritó el sargento que mandaba la fuerza.

—¡Enfocadlos con la ametralladora y empezad a disparar si ocurre algo!

Mantuvo el bote al lado del yate negro. Los cuatro “polis” no vieron el globo bajado hasta la superficie del agua. Era del tamaño

de dos pelotas de fútbol.

Colgando de un cable delgado, este globo se encontraba entre el bote de la Policía y el costado del yate. Sin hacer ruido alguno, un fuego verdoso se extendió en forma de abanico sobre la bahía.

El aire se llenó de partículas invisibles. Todos lo hombres de a bordo, excepto los enmascarados, se habían encerrado en el camarote principal.

El motor del bote de la policía roncó de pronto con fuerza. La ametralladora resonó y calló casi inmediatamente. El rápido bote de la Policía no se detuvo.

Con velocidad todavía mayor que antes pasó por la proa del yate negro. Uno de los haces de luz que herían la niebla, lo iluminó de pronto, revelando un bote vacío que corría en línea recta hacia las rocas de la orilla, a menos de cien yardas de distancia.

El bote de la Policía topó con el primer arrecife y su velocidad le hizo dar media vuelta, lanzándole, destrozado, sobre rocas vecinas, en un lugar alto y seco.

El globo que despedía la horrible luz verdosa, colgaba todavía del cable.

Tiraron de ésta y la esfera criminal se hundió en el agua sin ruido alguno.

No se oyó más que un chapoteo. Casi al instante, la bahía entera pareció estallar en olas incandescentes. Cada una de ellas se convirtió en una llama de color verde, pero sin despedir calor. Esa llama era fría.

Las olas corrieron y rompiéronse en la playa. El yate negro se convirtió en un brillante buque fantasma. Levantaron el ancla y sus poderosos motores roncaron.

El yate deslizó rápidamente por la deslumbrante bahía y se perdió en la niebla negruzca del estuario de Long Island. Detrás del buque, la bahía continuaba brillando de extraño modo.

Unos minutos después de que el buque negro hubo desaparecido, el “sedán” blindado de Doc Savage llegó a toda velocidad por la carretera desigual que llevaba al oculto embarcadero.

El brillo del globo de cristal le señalaba la dirección en que debía encontrase el yate negro. La bahía conservaba todavía el aspecto de un lago de fuego líquido. Al detenerse el “sedán”, el

hombre de bronce saltó del estribo.

De un salto se encaramó a la roca. Acuñado entre dos arrecifes vió el destrozado barco de la Policía. Era evidente que hubo cuatro hombres tripulándolo.

Sus armas, otros objetos de metal y los botones de sus uniformes así lo indicaban. Había extrañas señales en uno de los costados del barco... eran las sombras de piernas... las piernas de los policías que habían estado de pie, disponiéndose a disparar sobre unos hombres que sabían eran criminales despiadados y bandidos más que despreciables.

CAPÍTULO XII

EL BUQUE NEGRO SE HUNDE

DOC Savage desenchufó el teléfono en su oficina exterior y permaneció sentado un momento, mirando pensativo la puerta de acero que conducía a su biblioteca.

Reunidos en dicha habitación se encontraba Long Tom, Renny, Johnny, Patricia Savage y Carson Dernall. El hombre de bronce recapacitaba rápidamente sobre varios hechos y aunque se encontraba solo, el extraño y exótico trino brotó de sus labios.

Esto indicaba que estaba hondamente preocupado. Tal vez acababa de hacer un asombroso descubrimiento, puesto que durante media hora estuvo hablando por conferencia telefónica con distintos lugares.

Algunas de esas conferencias cruzaron el Atlántico. El hombre de bronce conversó con personas que se encontraban en Inglaterra.

Al fin, abrió la puerta de la biblioteca y anunció:

—¡Hermanos nos vamos enseguida!

Patricia Savage frunció el ceño mirando a su gigantesco primo. Era una de las poquísimas personas que se atrevían a discutir las decisiones de Doc y ésas eran en su mayoría mujeres.

Doc admitía sin dificultad que no entendía a las mujeres y, sobre todo, no se molestaba en intentarlo siguiera.

—¡Tienes que esperar, Doc —dijo Pat. Su mueca contribuía a hacerla más atractiva aún—. Tengo que empaquetar algunos vestidos.

—Partimos en el acto —repitió Doc con calma—. Encontrarás cuanto necesites en el dirigible. He tomado mis precauciones para este caso.

—Piensas en todo, ¿verdad, Doc? —dijo Pat con una sonrisa

descarada—. Supongo que hace tiempo que esperabas arrancarme de la cama para llevarme corriendo el Polo Norte.

Doc sonrió sin contestar. Su encantadora prima no parecía en aquel momento preparada para un vuelo sobre el Atlántico. El traje interior que llevaba había sufrido bastante en los matorrales.

Tenía la cara arañada por las espinas y todavía bastante sucia. Pat se había envuelto en una chaqueta de Johnny.

Éste era delgado como un esqueleto y alto. La prenda caía hasta los diminutos pies de Pat a quien le faltaba todavía un zapato.

—Estamos dispuestos y no tenemos tiempo que perder —declaró Doc—. Me entero que el yate negro se encamina al Sur, desde la parte interior del puerto.

El pálido Carson Dernall parecía algo repuesto después de su aventura y dijo:

—¿Puedo acompañarle, señor Savage?

El hombre de bronce contempló el rostro pálido y febril de aquel hombre, cuyo deseo sincero de unirse al grupo era evidente.

—Es posible que encontremos grandes peligros —sugirió Doc.

—No lo dudo —asintió Carson Dernall—. Pero la región del desierto de Siria me es familiar. Tal vez mis conocimientos sean de algún valor. Son embargo, no es en eso en lo que estoy pensando, sino en el hecho de que Denton Cartheris era mi mejor amigo.

Doc se limitó a inclinar la cabeza asintiendo.

—Vamos, pues —dijo—. La niebla se disipa. Espero alcanzar al yate negro, pues creo que Monk y Ham viajan en él.

Pat se encogió de hombros dentro de la chaqueta de Johnny.

—Por una vez olvidas algo, Doc —dijo sonriendo—. Se supone que soy la "dueña" de Lady Fotheran. ¿Verdad? Sin embargo, no hablas de ella.

—Lady Fotheran está camino del cobertizo del dirigible —declaró Doc—. Nos esperará allí.

—Con lo cual tu prima Pat recibe una lección —dijo Pat pensativa—. Podía haberlo supuesto.

Nadie hubiera sospechado el notable contenido del ruinoso almacén situado en la orilla del río Hudson. El viejo edificio no llevaba más que un rótulo que decía:

"HIDALGO TRADING Company"

Poco antes de mediodía, un dirigible se deslizó al exterior

saliendo sobre la bahía, en dirección al mar. Sentado ante el cuadro de mando de la instalación de telegrafía que comprendía un aparato de televisión, Johnny recogió uno tras otro los mensajes de los barcos en alta mar.

Doc dirigía la nave. Dos horas después de salir de Nueva York, Johnny lanzó una exclamación:

—¡Lo tengo Doc! Uno de los vapores de la costa informa que el yate negro sigue de cerca la costa. El telegrafista hace observar que se acerca peligrosamente a ésta, teniendo en cuenta la resaca después de la tempestad de anoche.

El dirigible alteró levemente su curso. En aquel momento atravesó unos espesos nubarrones. Doc Savage mantenía la nave baja con el fin de vigilar la superficie del Océano.

Pat Savage estaba sentada al lado de Lady Fotheran. Eran dos hermosas mujeres y los ojos dorados de Pat, tan parecidos a los de su primo, se veían casi duplicados por los de tranquilo mirar de su compañera.

La única diferencia residía en la excitación que traducían los de Pat y la fría falta de emoción que ya evidenciaba Lady Fotheran.

—Espero que podremos salvar a los dos hombres que faltan —dijo Lady Fotheran.

—Esto es terrible, sobre todo porque me siento responsable de su suerte.

—Doc y sus hombres acostumbran a considerarse los únicos responsables de lo que les sucede —le aseguró Pat—. Esta es su vida y les gusta. Han escogido ser aventureros, aunque cada uno de ellos podría ser una personalidad destacada en el ejercicio de su profesión. Creo firmemente que únicamente la muerte será capaz de disolver su asociación.

—Como en el caso de mis dos hermanos —suspiró Lady Fotheran—. Ahora uno está muerto y Ranyon…

—No piense en ello —le aconsejó rápidamente Pat—. ¡Mire! ¡El buque negro está a la vista!

Pat corrió a la ventanilla del camarote y Lady Fotheran se colocó a su lado.

Debajo de ellas, el buque largo y estrecho semejaba un juguete mecido por olas grises. Tal como el telegrafista lo había informado, el yate se mantenía peligrosamente cerca de la costa.

—Creo que así piensan escapar a toda persecución —declaró Pat.

—¿Cómo piensa el señor Savage alcanzarlos desde aquí? —preguntó Lady Fotheran—. El dirigible no puede posiblemente aterrizar…

—Deje que Doc se cuide de eso —le dijo Pat con acento de confianza—. ¡Oh! Me parece que ese yate se echa sobre las rocas.

—¡Bien, que me superamalgamen! —exclamó Johnny—. El piloto de este buque debe de estar loco. Doc, va a estrellarse.

El no emplear palabras largas era prueba de la excitación de que Johnny era presa. En efecto, parecía inminente una catástrofe.

El buque negro iba echándose sobre los bajos arrecifes de una de las dos islas situadas a corta distancia de la costa. Las olas que rompían sobre las rocas bañaban casi la proa del buque negro.

—El piloto no está loco, Johnny —dijo lentamente Doc—. El caso es que no hay piloto alguno. Si observas con atención, verás que el yate se hunde por la proa. Se va a pique y llegamos demasiado tarde, a menos que Monk y Ham se encuentren todavía a bordo.

Todos se asombraron al comprobar la exactitud de las observaciones de Doc. Se dieron cuenta pronto de que el yate negro se iba hundiendo lentamente.

Debido a un milagro, el buque abandonado se deslizó más allá del arrecife y entró en el agua profunda, frente a una de las islas.

Las fuertes manos de Doc manipulaban los mandos del dirigible, inclinado su proa puntiaguda a un ángulo pronunciado. Doc se volvió entonces a Renny.

—Toma la dirección —dijo—. Acércate cuando puedas al barco. Bajaré a bordo si es posible.

Pero antes de que Doc pudiera llevar a cabo su plan, el yate siniestrado, juguete de las olas, fue empujado con fuerza contra las rocas del arrecife.

Las olas volvieron a apoderarse de él e inclinándose bruscamente, se hundió en el mar. Doc no dijo palabra. Esperaba, así como sus compañeros, que Ham y Monk no se encontraran ya a bordo.

CAPÍTULO XIII

MUERTE EN EL CIELO

LA ruta marítima del Sur debe estar limpia de tormentas en esta estación —anunció Renny—. Tal vez sepamos algo al llegar a las Bermudas. El corazón me dice que irán a cargar carbón allí.

—He pensado lo mismo —asintió Doc Savage—. Tal vez sepamos allí algo de los aeroplanos. ¿Dices, Renny, que la ruta marítima del Sur debe estar limpia de tormentas? Sin embargo, una fuerte tempestad se anuncia para dentro de poco.

Renny miró rápidamente los instrumentos. El barómetro no había experimentado cambio alguno. El dirigible corría a la sazón por encima de unos nubarrones del color de la pizarra.

Esas nubes se movían como unas olas. Grandes masas de vapor se movían de un modo extraño; pero no se veían señales de tormenta en la altura.

Johnny movió la cabeza sabiamente y sacó a relucir algunas palabras escogidas de su extenso vocabulario.

—Manifiestamente, estamos a punto de sufrir una repetición de las asombrosas e inexplicables convulsiones atmosféricas de anoche —declaró—. Observad las contorsiones de los cirros.

—Si te refieres al extraño modo de moverse de esas nubes, en efecto, me parece que algo va a ocurrir —contestó Renny—. ¡Rayos! Hace un minuto que el sol brillaba y, ¿qué es esto?

Se refería al súbito ensombrecimiento de un cielo sin nubes hasta entonces sobre sus cabezas. Se mantenían a una altura superior a la usual en que se podían esperar tormentas normales.

Las lluvias violentas y los vientos son producidos por regla general por las capas inferiores de nubes. Lady Fotheran habló, dirigiéndose a Patricia Savage.

—Temía que esto ocurriera. Mi hermano Ranyon no se equivocó al avisarnos la extraña tormenta de nieve de anoche. Estoy convencida que ese Hadith tiene el poder de producir cambios de tiempo.

—¿Lo cree usted de veras? —dijo Pat con tono alegre y brillantes los ojos—. Siempre he deseado viajar en el dirigible de Doc en medio de una tempestad.

A su manera, Pat era tan intrépida como su valiente primo. El placer que la proximidad del peligro le hacía experimentar, prestaba mayor atractivo a su lindo rostro.

Aunque la oscuridad iba en aumento, Doc señaló algo delante y a mayor nivel.

—Están viajando en cinco aeroplanos —dijo—. Van muy cargados y no pueden igualar nuestra velocidad.

Transcurrieron unos minutos antes de que los compañeros de Doc divisaran los cinco puntitos negros del cielo que iba oscureciendo. Al dirigirse a las Bermudas, el dirigible alcanzó rápidamente a los beduinos.

Y a los gangsters americanos. Sin embargo, la visibilidad disminuyó con tanta rapidez que pronto los cinco puntos negros se perdieron de vista. El sol quedó rodeado de una niebla roja del color de la sangre.

Las nubes bajas desaparecieron y la niebla negra de la mañana en Nueva York no tenía punto de comparación con aquella cortina que parecía un paño mortuorio.

Una ráfaga de viento azotó la nave aérea con la fuerza de un huracán.

El dirigible hundió la proa y la volvió a levantar experimentando violentas sacudidas dentro de una inmensa bolsa de aire. Inmediatamente, la cara de Carson Dernall se volvió de un color verdoso.

La vitalidad del explorador había quedado muy debilitada a consecuencia de fiebres sufridas tiempo atrás. Era evidente que se mareaba fácilmente en el aire. Lady Fotheran palideció algún tanto.

Miraba a Doc Savage con fijeza. Pat Savage continuó sonriendo levemente; pero su vivacidad sufrió un eclipse temporal. El primer cabeceo del dirigible equivalía a bajar en el ascensor especial de Doc.

Pat había probado éste y le había dejado con cierta debilidad en las rodillas.

Pero aquel buceo duraba mucho más que la bajada en ascensor. La nave se encontraba en un agujero del cual el aire había sido chupado hasta más de una milla debajo de ellos. La oscuridad exterior era completa.

La brújula, el barómetro y demás instrumentos perdieron su utilidad.

Johnny, sentado ante la radio, se aplicó las manos sobre los oídos. Algo parecido a una bola eléctrica parecía haber estallado dentro de su cabeza.

—Espero que las aletas no se desprenderán cuando lleguemos abajo —dijo Renny.— ¡Vamos a rebotar de lo lindo!

Carson Dernall le miró, pasándose la lengua por los labios. Hacer frente a un peligro definido en el desierto, cuando se puede poner las manos sobre un enemigo, era algo que entendía, pero caer de aquella manera entre las nubes era asunto completamente diferente.

—¿Cree usted que vamos a estrellarnos? —preguntó con voz ronca.

—Es posible —contestó Doc Savage—. Sin embargo, si los pilotos de los aeroplanos que nos preceden pueden resistir, creo que nosotros haremos igual.

El dirigible aminoró la velocidad de pronto y se oyó un chirrido prolongado como si su proa hubiese rascado una pared. Renny manipuló las aletas y alimentó los motores.

Iba levantando el dirigible del mismo modo que hubiera luchado con un auto que patina. Un dirigible ordinario se hubiera rajado de parte a parte, pero el que nos ocupa había sido construido según los planos de Doc Savage.

Sus motores especiales se debían también al genio de Doc. Con ayuda del desaparecido Monk, uno de los mejores químicos industriales del mundo, el hombre de bronce había inventado un gas sintético para hinchar la inmensa nave.

Éste era inflamable y poseía un poder superior al helio y al hidrógeno.

Aunque, los instrumentos no indicaban de momento nada definido, Doc Savage creyó poder determinar que, a la sazón, el

dirigible corría a la velocidad de unas veinte millas por hora.

Era imposible aumentar ésta mientras soplara aquel viento huracanado. El camarote, completamente encerrado en el interior de la nave, daba a sus ocupantes una ventaja. Frente a Renny se encontraban mapas y cartas hidrográficas del Atlántico y de la costa superior de África.

De momento no servían de nada. La brújala fallaba. Navegaban a ciegas y su dirección podía ser cualquiera de los cuatro puntos cardinales. Long Tom relevó a Johnny ante la radio.

Recoger los mensajes de vapores en aquella terrible tormenta resultó durante mucho tiempo imposible. Algunos fueron recogidos y, evidentemente, provenían de buques que navegaban en un mar relativamente tranquilo.

—No creo que los aeroplanos hayan podido resistir eso —gritó Renny con fuerza para hacerse oír.

El camarote, por hermético que fuese, no podía evitar que los bramidos de la tormenta llegaran a sus oídos. Los relámpagos empezaron a rasgar la prefunda oscuridad, más propia de medianoche que de mediodía.

—Al contrario —repuso Doc—, creo que los aeroplanos han salido del aérea de la tormenta. Los pilotos de los beduinos no tendrán ganas de jugarse la vida.

—¿Quieres decir, Doc, que crees que esta tempestad es artificial? —inquirió Renny—. ¿Y que tal vez la hayan provocado para acabar con nosotros?

—Eso es lo que creo —dijo Doc.

Renny manipuló rápidamente unas palancas. Su expresión no varió, pero habló rápidamente en voz baja, cosa extraña tratándose de él.

No quería que las mujeres y Dernall oyeran sus palabras.

—Una de las aletas está retorcida —dijo—. Subimos, pero no nos permitirá bajar.

El camarote se inclinaba ya en ángulo pronunciado y la nave aérea subía en el aire retorciéndose de extraño modo.

Durante la media hora que siguió, la tormenta no cedió en intensidad.

Lady Fotheran y Patricia estaban ya bastante mareadas y la misma desagradable enfermedad se había cebado en Carson

Dernall.

—¿Cree que nos salvaremos? —preguntó roncamente a Doc.

—El dirigible sigue intacto —contestó el hombre de bronce—, es capaz de gran resistencia. Sin embargo, tal vez mejor será tener los paracaídas preparados.

Esta última frase era extraña en la boca de Doc, que permitía rara vez a los demás conocer sus pensamientos en casos apurados.

—Si la cosa es tan grave —prosiguió Carson Dernall—, ¡cree usted que me será posible enviar un mensaje por radio a Nueva York? Ese viaje ha sido inesperado y mis asuntos quedarían enredados.

—Pruébelo usted —dijo Doc—. Tal vez reciban nuestros mensajes, aunque a nosotros nos sea imposible recoger los de los demás.

Carson Dernall se tambaleó hasta la silla del telegrafista. Sus manos huesudas temblaban. Era evidente que la enfermedad y el miedo se habían apoderado de él.

Sus ojos tenían la expresión de los de un hombre que cree llegada su última hora. Manipuló la radio un buen rato y dio pruebas de estar familiarizado con la misma.

Uno de los cargos que desempeñaba en el desierto fue el de telegrafista. De pronto, Dernall anunció que había logrado ponerse en contacto con un buque.

Los demás pudieron oír palabras entrecortadas y guturales por el altavoz.

Dernall hablaba rápidamente diciendo:

—Aquí Carson Dernall, a bordo del dirigible de Doc Savage, a la deriva en una tormenta sobre el océano —anunció en voz alta—. Lady Fotheran me acompaña. Tengo un mensaje para ser transmitido a Nueva York si es posible.

Durante tres o cuatro minutos habló con decisión y precisión. Sus palabras disponían de ciertas propiedades para el caso de que muriera. Pat Savage se estremeció. Su rostro atractivo traducía la tensión del momento.

—Parece un condenado a muerte que dicta su testamento —murmuró la muchacha.

Nadie podía tener la seguridad de que el extraño mensaje de Carson Dernall era recibido. Gritaba sus palabras entrecortadas en

el altavoz. Tal vez algún buque recogía, en realidad, las últimas disposiciones del explorador respecto a sus asuntos personales. En tal caso resultaría una historia interesante para los grandes periódicos de Manhattan.

El dirigible proseguía su ascensión loca y todos los esfuerzos de Renny no podían compensar la aleta torcida. Las otras parecían estar todas intactas.

De pronto, frente al dirigible, se divisó una luz que se extendió como la del sol naciente. Este fenómeno quedó bien pronto explicado. Era en realidad el sol que salía. El cielo se despejaba.

El dirigible adquirió mayor velocidad y, al mismo tiempo, la rápida nave pareció abandonar la atmósfera de la tierra para penetrar en la estratosfera, en su loca carrera hacia el gran astro.

Las manos de Renny manipularon varias palancas. La tempestad había concluido con la misma rapidez con que empezó. Los instrumentos volvieron a funcionar normalmente.

El dirigible se había apartado considerablemente de la ruta de las Bermudas.

Ponerle rumbo a éstas era cosa fácil de realizar, pero la nave continuó su ascensión.

—Ya lo tengo, Doc —anunció Renny—. Su fuese posible torcer esa aleta del otro lado, podríamos...

Calló, puesto que Doc Savage no estaba ya a su lado. El hombre de bronce acababa de salir del camarote sin pronunciar una palabra.

Su gigantesco cuerpo desapareció por una puerta que llevaba a la escalera inferior del dirigible.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny.

Doc Savage rodeó con sus fuertes piernas un sector del esqueleto del dirigible. Se trataba del armazón que soportaba las aletas.

El viento ocasionado por la marcha rapidísima de la nave le azotó el rostro empujándole peligrosamente. El hombre de bronce colgaba cabeza abajo con el cuerpo en el espacio.

El dirigible se encontraba a la sazón a unas cuatro millas encima de las nubes bajas que ocultaban el Atlántico. Tres personas dentro del camarote experimentaban cierta dificultad en respirar.

Johnny les alivió poniendo en marcha el aparato especial de oxígeno en el dirigible. En aquella altitud el aire se rarifica. Muchas

personas que suben de pronto a semejante altura se encuentran mal.

Los pulmones de Doc se dilataron y respiró fácilmente. Con la cabeza colgando, su cuerpo semejaba un enorme péndulo, movido por el viento.

Sus fuertes manos asieron la aleta torcida. Doc hizo un llamamiento a toda su fuerza para enderezarla. Renny se dio cuenta, al sentir las sacudidas, que algo sucedía y contestó manipulando los controles. Lentamente, contrayendo los músculos, el hombre de bronce alteró la forma de la aleta. La proa del dirigible se inclinó hacia abajo. Doc no tenía los medios de atar la aleta en aquella nueva posición.

Apretó las piernas con mayor fuerza y, colgado de aquel modo peligroso, con el cuerpo tan inerte como si fuese parte del dirigible, Doc mantuvo a éste en su descenso hacia tierra.

Ningún hombre habría podido sostenerse en aquella posición más de un minuto y es dudoso que cuatro hombres juntos hubiesen tenido la fuerza de mover la aleta, luchando contra la tracción del viento.

Doc Savage continuaba manteniendo la aleta en su sitio al aterrizar el dirigible en las Bermudas. Los ojos inescrutables de Lady Fotheran no se separaron de la figura del hombre de bronce, mientras aterrizaban.

Estaba contemplando a un hombre que, con sus manos desnudas, había, literalmente, arrancado su propio dirigible del cielo.

—Es increíble —murmuró Carson Dernall.

El rostro del explorador había recobrado su palidez normal.

Renny bajó y travesó la muchedumbre de turistas curiosos que habían presenciado la hazaña de Doc Savage.

El ingeniero hizo caso omiso de manos alargadas y de preguntas ociosas y al cabo de pocos minutos estaba de regreso en el camarote.

—Cinco aeroplanos, muy cargados, han tomado gasolina aquí, hace aproximadamente una hora —declaró—. Llevan a bordo a los beduinos y algunos de los hombres de Whitey Jano. La policía de las Bermudas les ha negado el permiso para entrar en la ciudad. No les ha gustado su aspecto.

—Es probable que ahora no podemos alcanzarlos —dijo Doc—.

Nos dirigiremos en línea recta a la costa del norte de África. Hay en la ciudad de Ammán un hombre venerable a quien deseo ver.

—¿Va usted a Ammán? —dijo Carson Dernall—. Sí, ése es el lugar para obtener información. Allí también sea posible obtener animales y provisiones para organizar una caravana y adentrarse en el Norte de Siria.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡Que quiere usted decir con esto que tendremos que viajar a lomo de camello? Monto en cualquier cosa, pero no me gustan los movimientos de esos "buques del desierto". Llegan a marearme.

—¡Oh, me gustaría mucho viajar en camello! —declaró Pat Savage con entusiasmo—. No lo he probado nunca.

—Es un placer dudoso que temo te será negado esta vez, Pat —declaró Doc Savage—. Seguiremos en dirigible.

—Los aterrizajes serán tal vez difíciles —dijo Carson Dernall.

—Ya nos arreglaremos —dijo el hombre de bronce—, si Monk y Ham viven todavía quiero encontrarles sin pérdida de tiempo. Me son precisos.

CAPÍTULO XIV

UN PORDIOSERO BIZCO

HAIFID, el sirio, era un venerable saco de piel y huesos. Su nariz ganchuda no era más que un hueso puntiagudo, que le daba el aspecto de una momia viviente.

Sus ojos eran pozos negros y hundidos que exteriorizaban poca emoción.

Estaba sentado, cruzado de piernas, sobre la alfombra de su cabaña de adobes. Haifid hablaba en el inglés más puro, aunque en aquel caso no era necesario. Doc Savage y Johnny estaban frente a él.

Siguiendo la costumbre y debido a la falta de sillas, los famosos aventureros estaban, ellos, también, sentados, cruzados de piernas.

—Tengo deber avisarles que tentarán poderes tan diabólicos, que tal vez se encuentren indefensos ante ellos —declaró Haifid—. Hombres de talento y gran valor han pasado por Ammán. Algunos han salido en dirección a ese Valle de Tasus y otros han ido en busca de la mística y oculta cuidad de Tasunan. Denton Cartheris fue el último en visitar Ammán. No regresó...

—Tu aviso es excelente —declaró Doc Savage, a quien no se le ocultaba la diplomacia que había de usar para extraer información del venerable sirio—. Lo tendremos presente, pero hemos de llevar a cabo una misión y hemos de descubrir algo de gran importancia. Si dos de mis hombres no han perecido en el mar, tal vez se encuentren en el Valle de Tasus.

Haifid inclinó la cabeza, estirando su cuello arrugado, que parecía hecho de un pergamino antiguo.

—El “famoso” prestó grandes servicios a mi gente en el pasado. Te diré, pues, cuanto sé del Valle de Tasus. El destino de todos los

hombres está en manos de Alá. La gente de las colinas habla en susurros. Se dice que el nubio llamado Hadith, esclavo del jeque entre jeques, ha resucitado las sombras de muerte y las ha vuelto a poner en camino por el desierto.

Doc Savage no contestó. Escuchaba pacientemente. Haifid, el sirio, hablaría con muchas circunlocuciones. A su manera divulgaría informaciones que serían de sumo valor para la expedición de socorro del dirigible.

El hombre de bronce tenía el talento de entender y conformarse a las idiosincrasias de todos los pueblos. Cuando se encontraba en Siria se volvía sirio y hablaba y actuaba como tal. Haifid invocó a menudo las bendiciones de Alá, el Profeta, al relatar la fabulosa victoria de la oculta ciudad de Tasunan. Además habló de los recientes rumores de grandes tesoros descubiertos en antiguas tumbas del Valle de Tasus.

—Incluso se ha constituido en Aleppo una compañía de personajes acaudalados dispuestos a negociar empréstitos y a cooperar con reputados descubridores de ese tesoro —dijo Haifid—. Sin embargo, esos hombres ricos no han podido descubrir todavía con quién han de tratar el propuesto desarrollo. Repito que un gran misterio rodea las montañas alrededor del Valle de Tasus. Los que entran en él no vuelven a salir…

Johnny era menos paciente que Doc. El famoso arqueólogo sentía deseos de moverse por la ciudad de Ammán, durante el corto espacio de tiempo a su disposición, mientras se aprovisionaba al dirigible de gasolina y comida bajo la dirección de Renny y Long Tom.

Aparte de su interés especial, inherente al caso, Ammán era uno de los escaso pequeños paraísos del desierto de Siria.

Poseía árboles verdes, riachuelos y fuentes para refrescar las caravanas, tras largos días de caluroso viajar. La profecía de que Ammán sería un montón de piedras en un lugar desolado que nadie recordaría no se había cumplido nunca, afortunadamente.

La antigua capital de Transjordania se encontraba bajo la intervención de Inglaterra. En un palacio oriental moderno flotaba la bandera verde del Islam.

Johnny dejó a Doc con Haifid y se alejó. El huesudo sabio atraía casi tanta atención como el dirigible de Doc. La inmensa nave aérea

formaba un curioso contraste con los polvorientos camellos, “buques” del desierto”, conocidos desde miles de años atrás.

Mientras tanto, Patricia Savage había acompañado a Lady Fotheran y a Carson Dernall a un paseo por la antigua y hermosa ciudad.

La aventura podía apasionar a la vivaracha y hermosa Pat, pero ante todo era mujer y las extrañas tiendas estaban llenas a rebosar de hermosas sedas y variados objetos y chucherías orientales.

Pat no quiso dejar escapar la ocasión de regresar a su salón de belleza de Park Avenue con algunas de ellas.

—Si no fuese tan trágico disfrutaría con todo eso —dijo Lady Fotheran al adentrase en una estrecha calleja, donde las torres de mezquitas y los alminares se destacaban contra el azul brillante del cielo—. ¡Es realmente hermoso!

—Pero para los occidentales es de una belleza milagrosa —añadió Carson Dernall, que parecía dispuesto a augurar mal del proyecto de Doc de penetrar en el desierto a bordo del dirigible—. Les aconsejo de no separarse bajo ningún concepto y de no apartarse mucho de las calles céntricas.

Patricia rió ante sus temores, pero su rostro se ensombreció repentinamente.

—Si tan sólo supiéramos que Monk y Ham viven todavía… —dijo—. ¡Oh, perdóname, Lady Fotheran…! Y que su hermano esté sano y salvo. Si vive aun, no se preocupe, Doc dará con él.

—He llegado a la conclusión de que el señor Savage lo logra todo —declaró Carson Dernall—. Recuerden mi consejo. No se separen. Tengo que cuidar de varios asuntos y las volveré a ver en el dirigible. Se va haciendo tarde. Permanezcan juntas. La noche cae deprisa…

El sol se ponía rápidamente. En el aire claro y puro del desierto, los alminares de Ammán semejaban dedos puntiagudos que señalaban el cielo.

El fresco de la noche no andaba lejos y el calor tórrido del día se trocaba rápidamente en el frío helado de la oscuridad. Pat se entretuvo un momento delante de una tienda, en la cual se exponían tapices orientales.

Suspiró. Era de esperar que Doc pondría mala cara si regresaba al dirigible con una carga entera de compras. Además, no disponía

del tiempo necesario.

Doc había anunciado que partirían tan pronto como hubiese hablado con su venerable amigo Haifid. Mirando en torno suyo, Pat notó Lady Fotheran se le había adelantado.

Pasaba en aquel momento delante de un edificio de adobes, a unos metros de distancia y Pat se dispuso a seguirla. El pordiosero sentado en la esquina de la calleja era, bajo su forma, el más horrible que Pat había visto en toda su vida.

Su cuerpo encogido soportaba brazos totalmente desprovistos de carnes. Sus ojos hundidos la miraban, al parecer, sin verla. Pat se sintió asqueada y, sin embargo, fascinada.

Se detuvo mirando al mendigo con disgusto, pero como si no pudiera seguir adelante. El pordiosero murmuró algo en árabe y la mano de Pat se puso sobre su bolsa. Dejó caer varias monedas de plata en la mano delgada, de piel tostada. Luego se volvió para proseguir su camino.

El pordiosero gritó rápidamente algo, como agradeciéndole su generosidad.

Las palabras eran en uno de los idiomas de los beduinos de las colinas.

Desgraciadamente Pat no entendió una sola palabra, aparte del inevitable Alá.

Pat se estremeció levemente al haberse visto en contacto tan inmediato con semejante despojo humano y volvió la esquina, siguiendo la dirección tomada por Lady Fotheran.

Si hubiese mirado atrás, habría visto al horrible mendigo levantarse con sorprendente agilidad, a pesar de su aspecto. Levantó una mano. Su brazo era tan delgado como una ramita de árbol.

Tres beduinos, vistiendo los más sencillos abbas y kafichs, surgieron como por arte de encantamiento a lo largo de la pared de la estrecha calle y se deslizaron hacia la esquina por la cual Pat Savage había desaparecido. Al otro lado de ésta, Pat se paró en seco.

—No puede haber ido tan lejos en tan poco tiempo —murmuró, sintiendo un nudo en la garganta.

Lady Fotheran había desaparecido. El hecho parecía casi imposible.

La estrecha calleja se extendía delante de ella y no tenía

intersecciones por espacio de, por lo menos, un centenar de yardas. No había allí ni tiendas ni otra salida y las puertas que se veían aquí y allá, a lo largo de las paredes, estaban cerradas.

No era posible, estaban cerradas. No era posible que Lady Fotheran hubiese llegado al otro extremo de aquella calle desde que se separó de Pat. Pat apretó el paso.

Se parecía demasiado a Doc Savage para exteriorizar nerviosidad; pero era lo bastante mujer para sentir un leve escalofrío ante el inexplicable misterio.

Algo la impulsó a mirar a su espalda. Tres beduinos, que parecía tres sombras, se deslizaban hacia ella. Pat caminó más deprisa aún.

Los beduinos se contentaron con permanecer a respetuosa distancia. De pronto, se oyó un leve grito. Sin ningún, género de dudas lo había lanzado Lady Fotheran. Pat se detuvo, intentando orientarse.

El grito parecía haber venido de detrás de una de las puertas misteriosamente cerradas.

De pronto Pat vió una puerta entreabierta y se encaminó hacia ella. Hundió la mano en el bolso y la sacó armada con su diminuta automática.

—¡Lady Fotheran! —llamó—. ¿Está usted ahí?

Pat tenía la vista fija en la puerta, dispuesta a obrar según lo mandaran las circunstancias. Eso le impidió darse cuenta de lo que sintió fue el contacto de una mano grasienta sobre su boca, ahogando sus gritos.

Unos dedos robustos la cogieron por la muñeca que empuñaba la automática. Pat sintió un dolor intenso y el arma le cayó de los dedos.

Unas manos rudas la arrastraron y traspuso el umbral de la puerta, que se cerró. Tan pronto como pudo hacer uso de su lengua, Pat preguntó:

—¿Qué quieren ustedes de mí? ¿Se trata de un atraco?

Oyó un murmullo de las voces de media docena de hombres. Dos beduinos le estaban atando las manos a la espalda y otro examinaba su pequeña automática con gran interés. Acabó por ponérsela en el cinto, al lado de su gumbaz, pero nadie contestó a su pregunta.

—Si quieren robarme, tomen lo que tengo y déjenme marchar —

dijo Pat—. En caso contrario, se buscan disgustos.

—Tal vez se equivoque —dijo una voz suave hablando desde la puerta—. Es un placer volverla a ver.

Aunque vestía el traje nativo del desierto, el hombre saludó como si estuviese en un salón.

—¡Esta vez Kassan no comete errores! —dijo.

Pat se quedó muda de asombro por un momento. El señor Kassan, que la había raptado en su hotel de Manhattan, era la última persona a quien esperaba ver en Ammán. Doc no había tenido noticias de que un aeroplano hubiese aterrizado allí.

El hombre de bronce creía que los beduinos de Hadith y los gangsters de Whitey Jano habían proseguido su vuelo hacia el desierto. En parte eso era verdad; pero el señor Kassan había llegado por otro conducto a Ammán.

—¡Lo sentirá! —dijo secamente Pat, tan pronto como se recobró. Luego, a pesar de su propia situación, añadió rápidamente:— ¿Sabe usted lo que ha sido de dos de los hombres de Doc, que eran prisioneros? Temimos que se fueran a pique con el yate que se hundió.

—Su inquietud parece justificada —dijo el señor Kassan con sorna—. Teníamos poco tiempo disponible para pensar en añadir un peso suplementario a nuestros aviones. Tal vez nos olvidamos de ellos.

—Mi hora llegará, señor Kassan —prometió Pat brillándole los ojos de ira—. Y entonces sentirá usted lo que ha dicho y hecho.

—Haré cuanto esté en mi poder porque esa hora no llegue —contestó Kassan inclinándose cortésmente—. Por ahora, nos prepararemos para realizar un corto viaje.

Una luz brilló en un cuarto interior, iluminando el umbral de la puerta con la suavidad de una lámpara de aceite. Otro individuo se acercó.

—¡Usted! —gritó con asombro Pat—. ¿Por qué?

Una mano se abatió sobre su boca. El olor penetrante del cloroformo invadió su nariz. Lentamente, los dos individuos y la suave luz se borraron del campo visual de Pat.

*****

—Al cabo de unos veinte minutos volví por el camino seguido al ir, esperando encontrar a Lady Fotheran y a Miss Savage —dijo Carson

Dernall sombríamente—. Creí que habían regresado al dirigible, pero había un pordiosero al que reconocí. El sujeto en cuestión estaba con ese demonio negro, Hadith, cerca del Valle de Tasus.

—Nos dividiremos y haremos una búsqueda bien organizada —anunció Doc Savage—. El primero que se entere de algo de importancia volverá aquí y dará la voz de alarma.

Doc y sus compañeros, junto con Carson Dernall, se encontraban al lado del dirigible. Este estaba provisto de una sirena que funcionaban por medio de aire comprimido. Doc la había inventado y construido con el fin de llamar a sus compañeros en caso de peligro o para anunciar la presencia del dirigible.

Las manos huesudas de Carson Dernall temblaban.

—Me siento responsable de lo ocurrido —dijo—. No debía dejarlas solas un solo momento, pero no creí que hubiera hombres de Hadith en Ammán. Le acompañaré, señor Savage. Conozco a muchos ciudadanos aquí.

Dernall se vió obligado a andar rápidamente, casi a correr, para mantenerse a la altura del hombre de bronce. Rara vez Doc Savage se había conmovido tanto, pero el caso era que se reprochaba el haber permitido que Pat le acompañara en al aventura.

La profunda oscuridad de una calleja estrecha les envolvió. Dernall señaló a Doc el sitio por el cual había visto al pordiosero.

—Estaba en este rincón —dijo el explorador—. Era un sujeto asqueroso y las dos mujeres se acercaban por aquí cuando las dejé.

El mendigo había desaparecido. Las largas paredes cortadas por puertas lisas estaban cerradas y todo silencioso. Doc encendió su lámpara de bolsillo, cuyo haz de luz cayó sobre un objeto pequeño y brillante, como si una luz brillara dentro de una gota de sangre.

El hombre de bronce recogió el objeto, que era una rubia de cuya montura colgaba un anillo de oro. Doc reconoció en el acto aquella joya, que había visto en la oreja de Pat.

Creyó adivinar que Pat había deliberadamente arrancado la piedra dejándola caer; no se equivocaba… eso era lo que la muchacha había hecho.

Doc se acercó a la puerta que había más próxima. Los oídos de Dernall no eran lo suficiente finos para oír el vago rumor que llegó de las sombras próximas. Tampoco pudieron sus ojos distinguir nada entre ellas.

El explorador empezó una exclamación al sentir que perdía el equilibrio.

—¡Quieto! —le susurró Doc—. Enseguida estoy con usted.

La orilla de los techos en forma de terraza de los edificios de adobes se encontraba a cerca de quince pies de altura. Dernall se sintió proyectado al aire.

Fue lanzado hacia arriba con la misma facilidad que si se hubiese tratado de una ramita y cayó con un breve ruido seco sobre sus manos y rodillas en el techo del edificio.

Doc Savage no le siguió, sino que se trasladó al otro lado de la calleja. Las sombras que se movían se abalanzaron sobre el lugar desde el cual el ruido había llegado.

El hombre de bronce dobló las rodillas y su cuerpo saltó en el aire, silenciosamente. Sus manos se agarraron al borde del techo de la casa situada enfrente de aquella en al que se encontraba Dernall. Unos murmullos roncos en árabe llegaron directamente a sus oídos. Doc se sacó un frasquito de cristal del bolsillo. La calleja estrecha con sus altas paredes era un lugar ideal para el uso del gas que producía la inconsciencia.

Doc echó el frasco y oyó el ruido que hizo al romperse; enseguida se alejó ligeramente del borde del techo.

Una docena de manos surgieron de la oscuridad detrás del hombre de bronce, con la atención fija en la calleja, Doc no se había dado cuenta de la presencia de algunos árabes de pasos furtivos, acurrucados en el techo.

Estos habían esperado que se volviera. Un poderoso brazo bronceado mandó a dos hombres por el espacio. Cayeron en la calleja con sordos gruñidos… pero varias manos se agarraban al cuerpo de Doc y fuertes golpes martilleaban su cabeza. Doc comprendió que estaba vencido.

Esperaba sentir el contacto de un cuchillo contra su garganta y respirando hondamente, se dejó caer de bruces, permaneciendo inmóvil.

—¡Basta ya! —dijo una voz seca en árabe—. Estará quieto bastante tiempo.

Las manos aflojaron su presión. En la calleja oscura, a sus pies, varias figuras cubiertas de albornoces parecían dormir en el suelo. Permanecerían inconscientes cosa de una hora.

Los árabes se movieron por el techo y Doc se acurrucó. Su cabeza no había sufrido mucho en la refriega. Era indudable que debiera estar cubierto de sangre y si los árabes hubiesen sido más observadores habrían notado algo extraño al asestar sus golpes. Una cosa asombrosa ocurrió entonces.

Doc pareció quitarse la cabellera. Con una mano se frotó un lugar dolorido y volvió a ponerse la peluca que llevaba. Esa peluca fue inventada por Doc después de haber sido herido por una bala. Su fondo era de metal fuertísimo y las balas no eran capaces de traspasarlo.

Los golpes recibidos tampoco habían bastado para aturdirlo. Doc había comprendido las palabras de los beduinos. Estos habían dicho que estaría privado de sentido durante algún tiempo, el suficiente, sin duda, para que ellos se llevaran de allí a Pat Savage y a Lady Fotheran.

Lo que los árabes se proponían era evitar que los siguieran de cerca. Por algún motivo misterioso, no habían usado el cuchillo. El hombre de bronce creía conocer este motivo.

La policía nativa estaba guardando el dirigible del hombre de bronce, fascinada por la inmensa nave aérea y Doc sabía que a bordo había algo que el misterioso jefe Hadith y Whitey Jano deseaban tener en su poder.

Acurrucado, Doc escuchó con atención durante unos segundos. Nadie se movía en la calleja. El hombre de bronce veía también el borde del techo del edificio, sobre el cual había lanzado tan fácilmente a Carson Dernall. Nada se movía allí tampoco. Un silbido suave hirió la noche. Llegaba del dirigible...

Uno de sus compañeros tendría, pues, noticias de Lady Fotheran y de Pat.

Doc se lanzó en el espacio. Habría unos veinte pies entre el lugar en que se encontraba y el techo de la casa de enfrente. Doc aterrizó ligeramente, sin hacer ruido. Carson Dernall yacía en la orilla misma del edificio.

Era evidente que había estado mirando abajo, en el calleja, al romperse la cápsula de gas. Doc habría podido administrarle un remedio que le hubiese devuelto el sentido; pero en vez de esto, empleó un sistema más rápido.

Recogió el cuerpo delgado de Dernall, sosteniéndolo bajo los

hombros y con movimiento rápido, se encaminó al dirigible andando por los tejados. Doc no bajó al suelo de las estrechas callejuelas para nada, pero el peso del cuerpo de Carson Dernall no parecía entorpecer sus movimientos.

A cada salto que daba cubría distancias de cerca de veinte pies. Renny estaba demasiado excitado para preguntarle el porqué del estado en que volvía Dernall, cuando Doc lo depositó en el interior del dirigible.

—Ese viejo, Haifid, ha venido —dijo Renny—. Sabe cuanto ocurre en la ciudad, me parece. Dice que dos mujeres blancas han salido con dos caravanas por la puerta del sol. También dice que van con ellas dos grupos de esos demonios negros que las han raptado.

—¿Quieres decir que no las han agarrado juntas? —preguntó Doc—. Esto dificultaría nuestro trabajo. Sería fácil descubrir a una sola caravana, aun de noche, con nuestro rayo especial...

—Eso es —afirmó Renny—. El viejo Haifid dice que había dos grupos de camellos. Cree que uno de ellos se ha ido al Sur y el otro al Este.

—Eso puede ser un ardid —declaró Doc—. Comprendieron que nos enteraríamos y más adelante las caravanas se juntarán. Creo que lo mejor y más seguro es dirigirnos al Valle de Tasus.

Cinco minutos después, el dirigible plateado había levantado el vuelo.

Exceptuando las luces que brillaban sobre el cuadro de mandos, el dirigible iba completamente a oscuras. Al desaparecer las mezquitas bancas de Ammán de su vista, Doc apagó incluso esas luces para así desorientar a todos.

—Que todos se pongan los anteojos especiales —ordenó—. Hemos de ver todo lo que se mueve. Hay numerosas caravanas en estos alrededores. Es preciso descubrir a Pat y a Lady Fotheran antes de bajar, o perderemos tiempo.

El hombre de bronce mantuvo el dirigible, a escasa velocidad, a unas doscientas yardas del suelo del desierto. En aquella noche oscura, sin luna, puesto que ésta tan sólo saldría a medianoche, la nave aérea sería invisible desde tierra.

Carson Dernall volvió en sí gimiendo y se sentó, parpadeando al mirar a Doc Savage, cuya silueta se recortaba en la ventana del

departamento de los mandos.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —inquirió.— ¿Qué ha ocurrido?

—Hablaremos de eso luego —dijo Doc—. Estamos buscando una caravana que, sospechamos, retiene a Lady Fotheran en su poder.

Doc describió con el dirigible una vuelta completa a la ciudad de Ammán, y hecho esto, se dirigió al Sur. La velocidad aumentó.

A través de los anteojos, el desierto era claramente visible, recortándose dunas y colinas de roca y lava. Contrariamente a la creencia popular, tan sólo una parte del desierto de Arabia se compone de arena.

—¡Mira, Doc! —exclamó Renny—. ¡Ya los tenemos! ¡Hay una docena de caballos y me parece que veo a dos mujeres atadas sobre dos de los camellos!

La exclamación era innecesaria. Doc dirigía ya la proa del dirigible hacia el suelo del desierto.

—¡Mira! —exclamó Johnny—. Algo ocurre. ¡Un grupo de jinetes se acerca desde la colina!

Un grupo se acercaba, en efecto, armados todos con rifles. Eran beduinos que se disponían a atacar la caravana.

CAPÍTULO XV

LOS ATACANTES DESAPARECIDOS

¡PREPARAD las armas! —ordenó Doc—. Tal vez tengamos que intervenir. Pat y Lady Fotheran estarán en peligro. Nos echaremos sobre ellos con el dirigible. No nos han visto llegar.

Pero los beduinos habían oído el ruido de los motores y detuvieron sus caballos. Únicamente unas cuantas dunas bajas separaban a ambos grupos.

Uno de los camellos de los beduinos que iban con las mujeres parecía estar muy cargado. Unas especies de canastos de madera colgaban de sus flancos.

De pronto los camellos que llevaban a Pat y a Lady Fotheran empezaron a correr con grandes pasos torpes, por el desierto. Otros camellos emprendieron la fuga en otra dirección.

Los beduinos a caballo que acompañaban la caravana huían también. Pero dos jinetes permanecieron al lado del camello que iba de tal manera cargado.

Renny y Johnny sacaron parte del cuerpo por aberturas practicadas con este fin en el dirigible. Ambos empuñaban fusiles ametralladores cargados con balas misericordiosas.

—¡No disparéis! —ordenó Doc—. Algo está ocurriendo.

El dirigible flotaba a unas cien yardas sobre el drama que se desarrollaba en tierra. Los dos jinetes beduinos empujaban el camello hacia un grupo de atacantes, entre las dunas. El cargado animal corría dando saltitos y como se trababa de un macho, emitía gritos de rabia al verse así tratado, pero iba acelerando el paso.

—Mira eso —rezongó Renny—. Ahora esos dos tipos dan media vuelta y huyen.

Era verdad. La pareja de camelleros beduinos parecía abandonar

el puesto y espoleaba a sus caballos para reunirse con sus compañeros. El camello enfurecido continuó corriendo hacia los atacantes, que se habían parado.

—Tal vez la caravana posee un tesoro que prefiere entregar antes de luchar —sugirió Long Tom.

Doc Savage no contestó. No perdía detalle de lo que ocurría a sus pies. Los beduinos, sorprendidos, dieron media vuelta, pero demasiado tarde.

El camello cargado se encontraba entre ellos. Los gritos del camello cesaron de pronto y el animal pareció disolverse. Una luz verdosa estalló y se esparció por el suelo del desierto iluminando millas enteras de dunas desoladas y rocas; pero el resplandor más fuerte, el foco de aquella luz estaba en el área donde los beduinos se habían detenido y el camello había desaparecido.

Long Tom estaba sentado delante de la radio. Lanzó un grito de dolor y cayó al suelo del camarote. Carson Dernall se arrancó los anteojos con gesto frenético.

Su cuerpo huesudo vibraba como si hubiese experimentado una sacudida eléctrica. Los anteojos le cayeron al suelo y el explorador se desplomó con una expresión de extrañeza grabada en el rostro.

Renny lanzó un juramento, y Johnny se echó atrás dejando caer el fusil ametralladora. Únicamente Doc parecía no sentir ninguna molestia.

—No son más que ligeros choques eléctricos. Pero débiles para ser peligrosos.

Todas las partes metálicas del dirigible estaban electrizadas. Desafiando los esfuerzos de Doc, la nave subió al aire, fuera de control.

—Algo parece haber dado más solidez al aire —declaró Doc—. El gas tiene ahora una fuerza triple…

El largo cilindro plateado subía en la atmósfera. La luz verdosa se extendía sobre el desierto como un velo de gasa y abarcaba unas dos millas cuadradas.

Unas partículas invisibles flotaban en el aire.

—¡Rayos! —gruñó Renny—. Los árabes y sus caballos se han parado allí donde estaban. No se han movido.

Carson Dernall se acercó a una ventanilla y miró abajo.

—Las sombras —susurró con voz velada.

—Temo que sea demasiado tarde para salvar a Miss Savage y a Lady Fotheran.

Los caballos de los beduinos semejaban animales fantasmas y parecían de pronto unas estatuas. El dirigible prosiguió su ascensión caprichosa.

Los motores no funcionaban normalmente y Doc no podía dominar la nave como lo deseaba.

—¿No puede usted dejar escapar parte del gas para bajar? —preguntó Carson Dernall.

—Puedo hacerlo —dijo Doc—. Pero hay otros sistemas para aterrizar. Long Tom. Toma el mando. Renny y Johnny, vamos a probar los paracaídas. Esto requiere una investigación inmediata. ¿Quiere usted acompañarnos, señor Dernall?

El explorador negó con la cabeza. Su cuerpo delgado se estremecía.

—He de confesarle que me falta nervio para tirarme en paracaídas —declaró—. No tengo el corazón fuerte a consecuencia de la fiebre, y el choque acabaría, son duda alguna, conmigo. Me quedaré con Long Tom, pero le aconsejo que no se deje caer allí, señor Savage.

Doc se ataba ya el paracaídas. Renny y Johnny lo imitaban. El rostro serio de Renny tomó un aspecto más fúnebre todavía. Pero al fin iba a poder hacer algo y su aire melancólico era la expresión de la alegría que sentía.

Johnny dijo:

—Doc, estamos a una milla de altitud y continuamos subiendo. Tal vez no nos sea posible caer en el sitio indicado si seguimos subiendo.

Long Tom, que guiaba el dirigible, se fijaba en el resplandor del suelo del desierto.

—Mantendré el dirigible tan cerca de ahí como pueda —declaró—. Se nota ya un poco más de fuerza en los motores. ¿Bajo tan pronto como sea posible?

—Enfócanos con el rayo tan pronto como bajes —aconsejó Doc—. Es muy posible que entonces estemos dispuestos a regresar a bordo. Pero hay algunas cosas que hemos de saber antes de seguir adelante.

El hombre de bronce fue el primero en tirarse desde una altura

de más de una milla. Cayó de pie por más de tres mil pies. Renny y Johnny daban tumbos cerca de él.

Ninguno de los tres tiró de la hebilla hasta que el desierto pareció saltar a su encuentro. La seda se abrió y desplegó en el último millar de pies y cayeron en el desierto más allá del círculo verde.

Doc abrió la marcha entre las rocas de lava y las dunas. Llegaron al escenario de la destrucción de los beduinos y, al cabo de unos minutos, sembrado de obstáculos.

—¡Rayos y centellas! —dijo Renny—. He visto ya muchas cosas raras, pero esto me hace la misma sensación que si me echaran agua helada en la espalda. No me gusta este asunto.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny—. Tu sensación de frigidez es irrefutablemente no ilusoria.

—Tienes razón —asintió Doc—. Está nevando.

¡Vaya! —gritó Renny, pasándose una manaza por el cuello—. Es verdad… Creí por un momento que me entraba el mismo miedo que a ese Dernall cuando lo invitaste a saltar…

Unos grandes copos de nieve flotaban en el aire. Iban aumentando en número y tamaño y cada uno de ellos brillaba como una luciérnaga.

La extraordinaria nevada en el desierto donde incluso la lluvia casi era desconocida se transformó en un mar de llamitas saltarinas.

—Hemos llegado —dijo Doc.

Los grandes pies de Renny empujaron un montón de metal. Anillas de sillas de montar y de riendas tintinearon con espeluznante significado.

Doc y sus hombres estaban de pie en medio de grotescas sombras que parecían bailar en el desierto al ser cubiertas por los copos de nieve. Aquí y allá se encontraban pequeños montones de fusiles, cuchillos y otros objetos metálicos que habían pertenecido a los beduinos.

La grotesca sombra de un camello de cuello alargado, se encontraba en medio de éstos. El resplandor iba apagándose, pero la tormenta arreciaba.

Long Tom había encendido el faro y se veía bajar al dirigible. Doc apretó la palanca en el extremo de un corto cilindro.

Una llama roja surgió cuyo brillo guiaría a Long Tom hacía

ellos. De pronto, otra llamarada intensa cruzó el cielo.

CAPÍTULO XVI

EL DIRIGIBLE SE DISUELVE

AUNQUE el calor despedido por el tórrido sol del día fundía la nieve con rapidez, los copos caían tan recios que alcanzaban ya algunas pulgadas de altura.

La tormenta era todavía más caprichosa que la a que se desencadenó sobre Manhattan en pleno julio. Pero Johnny, Renny y Doc Savage no se fijaban ya en el asombroso fenómeno. Contemplaban la catástrofe que estaba ocurriendo en el cielo.

¡El dirigible más moderno del mundo era presa de las llamas!

—¡Es de todo punto imposible! —murmuró Renny con voz cortada por la emoción—. ¡Rayos y truenos! Este gas no arde.

Doc estaba quieto como una de las sombras de aquellos malogrados beduinos. —El gas no arde, Renny— dijo por fin —. El fuego se ha iniciado con una explosión interior. La advertencia de Haifid era exacta... Hermanos, nos encontramos frente a fuerzas que nunca hemos encontrado.

Johnny, prescindiendo de largas palabras y floreos, exclamó, con acento apenado:

—¿Y Long Tom' ¡No es posible que... Doc, que... ¡Doc, ¿no habrá tenido tiempo de saltar?

—Tendremos que cerciorarnos de eso —dijo Doc.

El dirigible caía envuelto en llamas. Se veía claramente que su funda especial, hinchada con gas inflamable, había quedado agujereada en muchos sitios. Iba a caer a todas luces a más de dos millas de distancia.

El hombre de bronce llevó a sus compañeros en aquella dirección, pero se vieron en la imposibilidad de seguirle a la misma velocidad.

Bien pronto, Renny y Johnny perdieron de vista a Doc y siguieron tropezando a través de la nieve, de la arena y de las rocas de lava, guiados por las llamas que despedía la nave.

Long Tom había intentado proyectar la luz del faro sobre Doc y sus compañeros. Los motores empezaban a funcionar normalmente y las hélices especiales eran bastante fuertes para dominar la tracción hacia arriba del gas.

Long Tom se dirigió al suelo del desierto. El rayo especial no servía ya de nada, puesto que la espesa nevada lo borraba todo. Long Tom se quitó los anteojos y encendió el faro. De repente, se vió envuelto en una llamarada.

Una fuerte explosión resonó en el camarote y se vió arrancado del cuadro de mandos. Aturdido y lamido por lenguas de fuego, que semejaban serpientes, Long Tom buscó un paracaídas.

El electricista gritó:

—¡Dernall! ¡Coja un paracaídas! Es nuestra única esperanza.

No recibió respuesta. El interior del dirigible era ya un verdadero infierno.

Las llamas le cegaban... Se oyó una explosión que desgarró un costado entero de la funda. El dirigible empezó a caer por la proa.

Long Tom creyó caer en un enorme agujero negro y, tientas, se encaminó hacia una escotilla...

De Carson Dernall no había rastro. El explorador se había encontrado en el centro del camarote al ocurrir la explosión. Doc Savage vió su dirigible, al que creía inflamable, disolverse ante su vista.

Partes metálicas del mismo caían con la nieve y se esparcían en una vasta extensión. Únicamente los sentidos extraordinariamente alerta del hombre de bronce evitaron que se viera aplastado por uno de los pesados motores del dirigible.

La fuerza del impacto hundió profundamente a éste en la roca de lava. Doc Savage se detuvo y de sus labios manó el extraño trino que dejaba oír en momentos de gran tensión. El hombre de bronce se tumbó en el suelo, sin moverse... había visto la sombrea de unos jinetes que se alejaban rápidamente por las próximas dunas de arena. Cuando Renny y Johnny llegaron, Doc sostenía un objeto entre sus manos. Era una de las pistolas especiales, deformada por el intenso calor del incendio.

Los cartuchos de balas misericordiosas habían estallado.

—¡Rayos! —exclamó Renny con espanto—. ¿No supones que Long Tom haya hecho uso de esto? ¿Contra quién habría luchado?

—Creo que la pistola fue descargada por el incendio —declaró Doc—. Busquemos más lejos.

Renny y Johnny rebuscaron con él, cabizbajos y entristecidos. La pistola deformada era la que Long Tom llevaba siempre debajo del brazo.

Llamaron varias veces, recorriendo toda la extensión de terreno sobre la cual las diversas partes del dirigible destrozado estaban desparramadas.

No recibieron contestación y al cabo de unos minutos, los tres aventureros se reunieron.

—¿Has encontrado huellas, Doc? —preguntó Renny.

—Nada —dijo tristemente el hombre de bronce—, el calor era tan grande que lo ha fundido casi todo. No he encontrado rastro de Long Tom ni de Carson Dernall.

Doc Savage se distrajo de sus penosas reflexiones examinando un extraño objeto que había encontrado. Se trataba de una caja plana, de metal sin brillo.

Tenía la forma de un canasto y de unos seis pies de largo. Aunque había sufrido el incendio del dirigible, seguía intacta. Doc se enderezó y miró hacia las colinas.

La nevada había cesado de repente y un globo rojizo subía en el cielo, el Este. La luna tardía era roja, como si emergiera de un baño de fuego.

Nuevamente, el hombre de bronce emitió el trino que le era peculiar. Esta vez era una escala y tenía el ritmo del agua que cae susurrando en alguna honda cueva.

Doc abrió un agujero con la mano en la arena, de una profundidad de varios pies. Empujó la caja en el interior y la recubrió. Con ayuda de algunas rocas marcó el sitio.

Las colinas bajas que les rodeaban estaban blanqueadas por la nieve y se recortaban, a la luz de la luna, como montañas sobre las cuales se proyectaban películas de cinematógrafo, pero las figuras que se movieron de repente delante de ellas eran verdaderas.

Se trataba de un grupo de jinetes a los que se podía identificar como beduinos del desierto.

—Haremos bien estudiando este lugar —dijo Doc—. Ocurra lo que ocurriera, aquí está enterrada la mayor prueba que tenemos...

Renny y Johnny escucharon sus palabras con interés, pero, al mismo tiempo, vigilaban a los jinetes de las colinas. Llegando de tres direcciones distintas, unos hombres armados se echaban sobre ellos.

Cosa extraña tratándose de árabes, aquellos beduinos atacaban en silencio.

Su método usual consistía en meter tanto ruido como les era posible. Esta vez, los atacantes no descargaban sus rifles, que permanecieron enfundados y colgando de las sillas.

Los caballos, lanzados al galope, se abalanzaron sobre Doc y sus hombres.

Renny fue tumbado sobre la arena, lanzando un grito estentóreo. El fornido ingeniero cayó con la pistola en la mano y ésta escupió, como una ametralladora, una llamarada.

Dos de los jinetes lanzaron aullidos y cayeron de sus monturas. Sus cuerpos rodaron como sacos. La alta figura de Johnny surgió entre los jinetes.

Su pistola entró en acción y las balas misericordiosas hirieron hombres y caballos. Durante un momento hubo una confusión de jinetes desmontados, pero el número de los beduinos les daba ventaja.

La voz de Doc llegó a los oídos de Renny y de Johnny. El hombre de bronce hablaba en el antiguo idioma de los mayas, que únicamente el aventurero y sus compañeros entendían.

Lo habían estudiado en el oculto valle de América Central, de donde provenía la riqueza ilimitada de Doc Savage.

—Parad el fuego para salvaros —ordenó Doc—. De otro modo corréis el peligro de veros convertidos en sombras como tantos otros.

Renny y Johnny obedecieron maravillados. Los beduinos los rodearon rápidamente. Los jinetes cubiertos de albornoces se apretujaban en torno suyo y les rodearon el cuerpo con cuerdas de pelo de camello.

Apretaron los nudos corredizos y la pareja, reducida a la impotencia, fue izada al lomo de dos caballos. Buscaron a Doc Savage con la mirada, pero después de pronunciar sus últimas

palabras, el hombre de bronce desapareció misteriosamente del grupo de excitado caballos.

Los beduinos lanzaban terribles juramentos en árabe. Renny y Johnny miraron con asombro a media docena de jinetes que se separaron de pronto de los demás.

Los seis iban muy tiesos, como si llevasen una armadura metálica, aunque no se oía el ruido que hacen las junturas de éstas. Los seis empujaron un caballo sin jinete delante de ellos. La luna roja iluminaba la escena.

Los seis jinetes se encaminaron rápidamente hacia una de las colinas. Renny y Johnny vieron por un momento el rostro de su bronceado jefe. Se dirigía con velocidad increíble hacia la colina... luego desapareció. La masa de beduinos que rodeaba a Renny y a Johnny espolearon sus monturas.

Parecían llevar prisa por alejarse de aquel lugar. Al pie de la colina, los seis jinetes que cabalgaban tiesos se apearon. Hicieron entonces una cosa asombrosa. Con sus látigos azuzaron a los caballos, ahuyentándolos.

Los seis jinetes permanecieron al lado del caballo sin jinete que habían empujado hasta allí. De una especie de canasta que llevaba el caballo sobre el lomo rodó un globo del tamaño de dos pelotas de fútbol reunidas.

Renny juró amargamente:

—Tienen a Doc —gimió—. Es algo contra lo cual no puede luchar, a menos de que use las granadas.

Renny se refería al poderoso explosivo que Doc llevaba consigo para los casos de gran peligro. El ingeniero y Johnny contuvieron la tremenda explosión que acabaría con los seis beduinos. No hubo explicación alguna.

Los caballos azuzados se habían detenido y daban vueltas indecisos. Una luz verdosa subió, iluminando las colinas. Los apresadores de Johnny y Renny no esperaron más tiempo.

Estaban tal vez a media milla de distancia cuando el brillo verdoso se extendió por el desierto. La luna rojiza tomó un color pálido.

Partículas invisibles llenaban la atmósfera. Cuando mayor era el resplandor, los seis jinetes desmontados se acercaron al globo de que irradiaba.

La esfera de las sombras de la muerte se había parado y yacía como el gran ojo verde de algún monstruo. A la luz aquella, las caras de los seis hombres tenían el color del plomo. Parecían muertos andando.

Dos de ellos llevaban largas tenazas de madera y otro una caja con una canasta. Con ayuda de las tenazas echaron el globo dentro de la caja. El brillo fosforescente continuaba sobre el desierto.

Hablando entre ellos, los seis beduinos enmascarados se movieron describiendo un círculo alrededor del sitio en el cual había caído el globo mortal.

—¿Qué os parece esto? —exclamó uno de ellos—. Se dice que este Doc Savage llevaba muchos instrumentos extraños y, sin embargo, no vemos ninguno de ellos. No queda nada metálico aquí.

Los enmascarados parecían muy sorprendidos. Rebuscaron con mayor atención en los alrededores, pero lo único que vieron fue arena y roca. No un solo botón de metal indicaba dónde Doc Savage pudo haberse encontrado.

Era evidente que los beduinos estaban intrigados. Con una prisa que hablaba de temor, se acercaron a sus caballos. Una vez allí se detuvieron murmurando imprecaciones.

Tan sólo encontraron a cinco caballos. Era evidente que el sexto había seguido su loca carrera por el desierto asustado y sin rumbo.

CAPÍTULO XVII

EL VALLE DE TAUS

NUNCA durante su asociación con Doc Savage, se habían sentido Renny y Johnny tan preocupados. Su propia suerte como prisioneros de los beduinos les interesaba mucho menos que la serie de desastres ocurridos al hombre de bronce y a sus compañeros.

Su fe en el hombre de bronce era demasiado grande para quedar destruida.

La sombra de muerte del desierto había sido asunto tenebroso y la destrucción del dirigible resultaba un verdadero misterio. El dirigible había sido construido para resistir el fuego bajo todas sus formas.

Sin embargo, en pocos minutos ardió y quedó reducido a nada. Al amanecer, el grupo compacto de beduinos se encontraba con sus prisioneros en un lugar árido. Colinas de roca de lava se erguían en el desierto.

No se veía señal alguna de oasis y, son embargo, los jinetes beduinos se encaminaban evidentemente a un lugar definido.

Habían atado los brazos de Johnny y de Renny, pero le sabían dejado los pies libres dentro de los estribos. Algunos beduinos armados cabalgaban a su lado y no les prohibían hablar entre sí.

Johnny dijo de pronto:

—Son los jinetes de la sombra de la muerte. Uno de ellos acaba de decir que el "sabio" sabrá lo que hay que hacer respecto a algo...

Johnny dominaba el lenguaje de los beduinos tan bien o mejor que cualquier árabe. Cuando el sol alumbró el desierto con sus primeros rayos, los prisioneros comprobaron que sus enemigos eran más de un centenar.

Algunos de los jinetes se encontraban demasiado lejos para que

pudieran distinguir sus caras. Un nubio alto y de rostro de ébano mandaba la fuerza.

Era la primera vez que Johnny y Renny veían al antiguo esclavo Hadith, pero adivinaron su identidad. Seis jinetes de máscaras de color del plomo cabalgaban a su lado.

Hadith movió las manos, haciendo ademanes significativos, a la par que lanzaba imprecaciones. Era evidente que estaba disgustado con aquellos hombres.

—No parece sino que un terremoto se ha ensañado aquí —declaró Renny pocos momentos después.

Seguían a la sazón un camino abrupto. Grandes colinas de lava parecían haberse derrumbado y revuelto recientemente. No se veía en aquel lugar desolado ninguna huella de caravanas.

—Es evidente que tienes razón —asintió Johnny—. Los estratos subterráneos de esa vecindad parecen estar en un período de transición. No recuerdo ninguna región que presente esas características en el desierto de Siria.

Tras dos horas o más de camino entre las tortuosas colinas, los beduinos penetraron en un estrecho desfiladero.

Hadith, que iba montado en un caballo árabe de la blancura de la nieve, se paró de pronto y lanzó un grito agudo.

—¡Mira! —exclamó Renny—. Ahí delante se ve ese resplandor verde.

—Es verdad —asintió Johnny—. Y ahora empieza a disiparse.

El desfiladero, angosto, obligaba a los jinetes a trasponerlo en fila india. La brillante fosforescencia se divisaba a una gran distancia. El sol no estaba bastante alto en el horizonte para alumbrar al desfiladero.

A una señal de Hadith, el brillo disminuyó. Hadith detuvo sus beduinos por espacio de unos minutos y luego dio la orden de proseguir la marcha.

—¡Rayos y truenos! —gritó Renny—. Si ése es el único paso y vamos por aquí al Valle de Tasus, no es difícil adivinar por qué los que entran no salen nunca.

A cada lado del desfiladero se extendían enormes rocas planas de lava.

Sobre ésas estaban encaramados unos doce hombres que llevaban la máscara plomiza. Era evidente que la abertura estaba

bien guardada. Su estrechez la transformaban en una magnífica trampa mortal.

Renny y Johnny no estaban preparados para el asombroso espectáculo que les esperaba. Era como si por arte de encantamiento hubieran pasado del desierto a una de esas tierras “rebosantes de leche y miel” de que habla la Biblia.

Hasta una milla de distancia, lugar en el que volvía a empezar el desierto, se erguían unas altas palmeras que parecían ser los guardianes de unos vastos jardines.

Estos árboles se extendían formando una sola hilera y bordeando tierras cultivadas y bien regadas, hasta el pie de unas altas colinas de roca y arena, áridas y quemadas por el sol de la mañana.

—Este es el gran secreto de la ciudad oculta, la que Haifid llamó Tasunan —anunció Johnny—. Estos árboles señalan el curso de un río subterráneo y, a juzgar por el aspecto de las colinas, aquí se encuentran las antiguas tumbas descubiertas por Denton Cartheris.

—¡Rayos! —exclamó Renny—. ¡Allí hay, en realidad, una ciudad!

A unas dos millas de distancia se erguía una pared alta y gruesa. Unos alminares altos y puntiagudos brillaban al sol.

En la pared se veían las siluetas de unos centinelas, diminutos, en la lejanía, como insectos. Los beduinos rodearon cuidadosamente a los hombres de Doc y estos no tardaron en comprender que no se dirigían a la ciudad.

—Me parece que caemos en medio del campamento de un ejército —dijo Johnny.

Más de doscientas tiendas ocupaban un espacio llano y arenoso del desierto, antes de llegar a la barrera formada por las colinas. Se parecía a un campamento como lo suelen establecer los jeques o potentados del desierto.

Y bien pronto se desprendió que allí mandaba Hadith, el poderoso negro que había sido esclavo. La voz de Hadith lanzó una orden gutural al llegar la tropa de beduinos al campamento.

El nubio era negro como el ébano, contrastando su color con el hermoso corcel blanco que montaba. Los hombros de su abba estaban bordados con hilos de oro y de su cinto colgaba una enorme cimitarra de puño enjoyado que descansaba en una vaina de plata.

Hadith no daba muestras de la humildad propia de un esclavo y

cabalgaba con arrogancia, como un hermoso pavo que despliega sus plumas.

Él era un guerrero escogido entre guerreros.

—¡Wallah! —gritó—. ¡El Ferengi!

A pesar de su situación y del pesado viaje de noche, Renny y Johnny sentían hambre. Olores de comida grasienta y sazonada con especias asaltaban sus narices. Era la hora de la primera comida del día en las tiendas negras.

Unas mujeres esbeltas y bronceadas, de rostro descubierto y cubiertas de telas polvorientas que se arrastraban por la arena, miraban a los prisioneros.

Unos niños completamente desnudos jugaban delante de las tiendas más pequeñas. Las mujeres eran curiosas y no se mostraban vergonzosas, distintas en eso de las mujeres musulmanas que se veían a Ammán.

Los beduinos desataron a los prisioneros y Hadith se les acercó hablándoles en inglés.

—Seréis cuerdos aceptando las mercedes de Alá —declaró—. Por ahora seréis dackhile en las tiendas negras. No intentéis escapar, pues sería inútil de todo punto.

Johnny y Renny sabían que con la palabra dackhile quería decir que serían inviolables.

Uno de los beduinos les señaló una tienda larga y ancha. Se trataba de un pabellón de unos noventa pies cuadrados, situado frente a los demás, y de frente al sol levante.

Era la tienda de Hadith, uno de cuyos extremos estaba tapado con una cortina, pues allí se encontraba el harén, es decir, el lugar donde viven las mujeres.

—¡Maldito sea! —exclamó Renny—. Creí que me comería un buey entero, pero ahora no tengo ya tanta gana.

Johnny hizo una mueca significativa. Era, si cabe, más delicado aun que Renny.

—Tal vez aprendamos a divertirnos como esos señores, hermano —dijo—. Habrá que intentarlo.

Una docena de beduinos estaban reunidos alrededor de un recipiente de cobre que tendría unos cinco pies de diámetro. Los árabes estaban hartándose y para ello empleaban el utensilio del primer hombre, es decir, sus manos.

En el centro de la cazuela de cobre, unas cabezas de carnero enseñaban sus dientes descarnados. Tenían las orejas echadas hacia atrás y colgantes.

Una salsa grasienta bañaba la comida y muslos y chuletas de cordero flotaban sobre un mar de arroz y grasa. Los beduinos cogían su comida con la mano derecha.

Todos los reunidos en torno a la cazuela llevaban el traje usual del desierto.

Renny y Johnny se acercaron vacilantes.

—Si es preciso hacerlo así, vamos a ello —gruñó Renny con acento de disgusto—. De todos modos tengo que comer.

Una voz delgada y sarcástica cruzó la tienda.

—¡Basta de lamerse los dedos, eslabón perdido! A ver si no podrás echarte una bola de arroz en el gaznate sin meter la mitad sobre tu camisa de dormir.

—¡Maldito sea! —chilló otra voz—. Claro que a ti te es facilísimo comer como un marrano. Si tengo que zamparme otra vez este rancho, empezaré a bailar como un corderillo.

—¡A farfullar como un mono querrás decir!

—¡Rayos y centellas! —exclamó Renny—. ¡Johnny! ¿Oyes esto? ¡Son Monk y Ham…! Resulta que no se han hundido con el yate… Mira a Monk con esos extraño ropajes. Con tanta parte de su anatomía oculta casi tiene aspecto humano.

Johnny contempló las figuras de Monk y Ham vestidos al estilo del desierto.

—Es indubitable —dijo—. Sin embargo, tengo el extraño presentimiento de que tan solo hemos encontrado la confirmación de la teoría de la reencarnación. Estos son espíritus astrales bajo forma de otra existencia. ¿No tendría éxito Ham. En Park Avenue, con este traje?

La figura simiesca de Monk se puso de pie. Su kafieh y su abba colgaban lamentablemente. Uno de sus enormes pies se hundió en el desayuno de los beduinos. El arroz y la grasa inundaron el rostro del presumido Ham.

—¡Rayos y centellas! —aulló—. ¡Ham! ¡Doc está aquí!

—¡Torpe paquidermo! —chilló Ham limpiándose el rostro de salsa y comida—. Aunque así sea, no me impedirá coger un cuchillo y hacer un dibujo sobre tus costillas!

Obedeciendo a una orden de Hadith, los beduinos hacían sitio para Renny y Johnny. Monk continuó bailando de puro contento. Ham acabó de limpiarse la cara y preguntó:

—¿Dónde está Doc? ¿Cómo os ha cogido ese demonio negro?

Antes de recibir contestación alguna, se oyó un grito de mujer en el interior de una de las pequeñas tiendas emplazadas a corta distancia del pabellón.

—¡Renny, Johnny! —gritó la mujer.

Y vieron la esbelta figura que corría hacia ellos. La mujer llevaba vestidos blancos que se arrastraban por la arena y la cabeza cubierta.

—¡Es Pat! —gritó Renny—. ¡Santo cielo! ¡Cuánto me alegro de verla buena!

El ingeniero apartó los beduinos de un manotazo yendo al encuentro de la linda prima de Doc. Sus hombres que llevaban kadiehs y abbas saltaron sobre la muchacha.

—¡Atrás, hermana! —gritó uno de ellos con voz ronca—. Las mujeres no pueden reunirse con los hombres en este barrio. ¡Orden superior!

La pareja demostraba con sus palabras y sus caras lo que eran... gangsters de Whitey Jano. El hecho de ir vestidos con kafiehs flotantes y abbas no hacía sino aumentar su siniestro aspecto.

Uno de los hombres colocó una mano sucia sobre el hermoso rostro de Pat Savage. El golpe tiró a la muchacha sobre la arena. Sus pies se habían enredado en su largo vestido al caer. Pat intentó levantarse.

Los gangsters la cogieron por los brazos y la levantaron rudamente. Del pecho gigantesco de Renny salió un grito parecido al de un gorila enfurecido.

Un beduino que se encontraba entre él y los gangsters encontró un puño del tamaño de su propia cabeza.

Saltó, dando una vuelta completa y cayó de cabeza al suelo. Monk fue casi tan rápido como Renny.

—¡Os voy a comer el hígado crudo! —aulló—, ¡Os voy a retorcer el pescuezo!

La pareja de gangsters vió venir la avalancha. Dejaron caer a Pat y uno de ellos logró sacarse la automática de los pliegues de su abba. La automática lanzó una llamarada que rozó la cara de

Renny.

Pero el bandido no tuvo tiempo de apuntar. Las balas penetraron en la tienda de Hadith, y dos beduinos cayeron de bruces, gimiendo. El impacto del puño de Renny fue caso tan ruidoso como la explosión del arma.

El kafieh del gangster voló y cuando el hombre tocó el suelo, su cabeza se balanceaba de un modo extraño sobre su cuello, como si éste no hubiera sido más que un trapo.

Rara era la vez en que Renny no hiriese a un hombre con el máximo de su enorme fuerza. No existía bandido cuyo espinazo pudiera resistir semejante golpe. El gangster s estremeció y permaneció completamente inmóvil.

El largo brazo de Monk golpeó al otro asaltante de Pat, cuyos huesos crujieron, rompiéndose como ramas secas. El bandido cayó al suelo mojándose sus labios de sangre.

La voz infantil de Monk chillaba con furor digno de la selva virgen. El enorme químico escogió dos de los beduinos que tenía más cerca. Aunque sorprendidos, los árabes sacaron a relucir sus largos cuchillos.

Ambos atacaron a la vez, pero no contaron con la agilidad simiesca de Monk. Un cuchillo se abatió sobre su mejilla peluda, pero los cráneos de los beduinos chocaron entre sí, empujados por las manos de Monk.

Los cuchillos cayeron al suelo. Monk se inclinó y los recogió, volviéndose rápido hacia la gran tienda. Renny sostenía a Pat Savage en el hueco de su fuerte brazo.

—¡Thishahum Bism Er Rassouli! —ordenó Hadith.

—¡Wallah, wallah! —contestaron cincuenta gangsters.

Muchas caras oscuras rodearon a los cuatro hombres de Doc. Los beduinos se mantenían a una distancia prudencial, pero una docena de ellos empuñaban rifles apuntándoles. Hadith saltó sobre Renny y Pat Savage.

La pesada y curvada cimitarra describió círculos brillantes en torno a la cabeza del nubio. Éste parecía sediento de sangre y su rostro brillaba con singular fuego. Renny empujó a Pat detrás de su espalda.

Ni aun sus enormes puños le servirían de nada contra aquella terrible hoja.

Ham y Johnny tenían cuatro rifles beduinos aplastados contra sus costillas.

El nubio volvió a gritar a sus hombres que mataran. Renny saltó de pronto, agachado, como un jugador de fútbol. La cimitarra iba descendiendo.

Una voz autoritaria interrumpió la escena. Era la de Whitey Jano y hablaba en árabe.

—¡Basta, Hadith! —ordenó—. El “Sabio!” ha decretado que esos hombres han de vivir. Por ahora, los necesita. ¡Los que obran contra su voluntad no pueden escapar a su cólera!

El brazo de Hadith volvió a caer y se echó atrás. Pero Renny y Monk se vieron tumbados al suelo por un ataque en masa de los beduinos.

Whitey Jano les había salvado la vida.

CAPÍTULO XVIII

EN LAS TUMBAS

MONK gimió y se retorció, intentando aflojar la presión de las correas que le ataban los brazos a la espalda.

—¡Maldito sea! —se quejó—. Quiero aflojarlas y me aprietan más aún.

—¡Rayos y centellas! —gruñó Renny—. ¿Cuánto tiempo piensas que esos demonios negros nos tendrán así? Me siento paralizado desde el cuello hasta los pies.

—Me temo que no ganaréis nada luchado contra ellos —aconsejó Ham.

Tanto Ham como Johnny habían sido atados como los demás. Defraudado en su deseo de verter su sangre en un desierto, Hadith recurrió a un sistema que rápidamente aplacaba la rabia que le dominaba.

El sol tórrido les quemaba con la fuerza de una hoguera. Tenían el rostro tostado y requemado hasta el punto de que ofrecían el aspecto de langostas hervidas.

Ni aun el espeso pelo de Monk era suficiente para proteger su fea cabezota contra la fuerza de los rayos directos del sol. Añadiendo un detalle refinado al castigo, Hadith les había hecho atar estrechamente con trozos de piel de camello recién arrancada y todavía fresca.

El sol iba secando las correas, y al secarse, éstas se encogían. El aparentemente benévolo Whitey Jano, no hizo el menor esfuerzo por intervenir en esta pequeña diversión a que se entregó Hadith.

El jefe de gangsters neoyorquino parecía no sentir interés más que por conservarles la vida, según órdenes recibidas del misterioso "Sabio". Whitey estaba sentado cruzado de piernas, a la sombra de

una tienda negra.

Se dedicaba a su pasatiempo favorito, vigilado por los beduinos con asombro y extrañeza. Debió traer provisiones de maíz consigo, puesto que lo tenía en abundancia, lanzándolo al aire, recogiéndolo con la boca y mascándolo con sus blancos dientes.

Vestido con el traje árabe, asomándose algunos mechones de su cabello blanco debajo de su kafieh y brillándole los ojos negros como el carbón en el rostro atezado, Whitey podía pasar por un verdadero jeque.

—¡Maldito sea! —rezongó Renny—. Creo que nos ha salvado la vida para divertirse un rato.

—No. Ha sido por orden de ese "Sabio" como le llaman —precisó Ham—. Estaban dispuestos a "limpiarnos" a Monk y a mí, pero algo ocurrió. Barrunto que pronto van a obligarnos a ayudarlos. ¡Oíd eso!

De la primera entrada a las tumbas llegaba un rumor de tiroteo. Los disparos regulares y rapidísimos eran, sin duda, debidos a una ametralladora.

—Si no me equivoco —dijo Ham—, ese Ranyon Cartheris está acorralado entre los beduinos y las puertas de la ciudad de Tasunan. Por algún motivo no pueden o no quieren usar esa sombra de muerte cerca de las tumbas. Cartheris parece tener municiones y armas en abundancia. Además, encuentra agua abundante y comida en los jardines.

—Cartheris no puede tener muchos hombres consigo. Y todos son árabes —dijo Johnny—. ¿De manera que los beduinos intentan apoderarse de la ciudad de Tasunan?

—Eso es —dijo Ham—. Oí a Whitey Jano decir que el "Sabio" proyecta apoderarse de la ciudad y esclavizar a sus habitantes. Parecen ser un pueblo pacífico que no dispone de muchas armas, pero luchará si se ve obligado a ello.

—¿Y Ranyon Cartheris se ha mantenido entre ellos y la ciudad? —repitió Johnny—. Comprendo. Por eso se apoderaron de Lady Fotheran y de Pat Savage. Quieren llegar hasta Cartheris por mediación de su hermana y al mismo tiempo piensan mantener a Doc a raya teniendo a Pat de rehén.

Se oyeron algunos disparos de rifle en las tumbas. La ametralladora escupió rápidamente y los disparos cesaron. Una

tremenda explosión movió la tierra y los beduinos lanzaron gritos incoherentes.

—¡Buen muchacho! —exclamó Renny—. Ese Cartheris lleva consigo algunas “piñas”. Por eso los diablos negros no se le acercan demasiado.

La tarde era muy avanzado cuando ataron a los cuatro hombres. El sol del desierto tocaba la cima de las colinas y esta circunstancia aflojó algún tanto la presión de las correas que iban secándose.

Unos gritos resonaron cerca del desfiladero. Hadith y un grupo de guardias montaron a caballo y se alejaron. Al regresar, un hombre terriblemente gordo les acompañó. Era un sirio y su cara era extraordinariamente ancha y gorda.

Una nariz aguileña surgía de extraño modo de aquel mar de grasa. Su piel parecía destilar aceite. El sirio tenía ojos muy negros que caso carecían de niñas.

Tenía la cabeza clava y reluciente y montaba un caballo negro lujosamente enjaezado. Dos camellos cargados le seguían. Sobre el lomo de uno de los camellos estaba sentado un ejemplar bastante seco de la raza etíope.

El hombrecito negro era el factótum del sirio. Su ayuda de cámara, camellero, y en otras palabras, su esclavo.

Sus ademanes y su expresión tonta le proclamaban lo que era: mudo.

—Soy Duzun Kado —dijo el sirio a Hadith, moviendo las manos regordetas cargadas de sortijas—. ¡Conducidme ante vuestro amo y señor, en nombre de Alá!

Los ojos penetrantes de Hadith brillaron, pero se mostró discreto. Guió al forastero hasta la tienda de Whitey Jano, y el árabe del dijo algo por su cuenta. Whitey Jano asintió con la cabeza y se mostró benévolo.

—Me enteraré de su misión antes de dejarle ver al “Sabio” —declaró—. Si viene de Aleppo, es asunto importante.

El sirio oyó estas últimas palabras.

—Vengo de Aleppo —declaró—. Soy el humilde servidor del Sindicato de las Siete Compañías. Estamos dispuestos a invertir en el asunto del tesoro de Tasus la tercera parte de su valor y cantidad, tal como hemos oído en Ammán, que es la oferta del “Sabio”.

Whitey Jano tiró palomitas de maíz al aire, las recogió con sus

fuertes dientes y las mascó. Su sonrisa era benévola.

—¿El Sindicato de las Siete Compañías? El “Sabio” ha oído hablar de su organización. ¿Entonces sabe usted que se ofrece la tercera parte de los depósitos, sin admitir preguntas, entregando la mercancía fuera del aquí?

—Esto lo sabemos.

El sirio inclinó la cabeza. Tenía el cuello tan grueso que le resultaba difícil la operación.

—También nos han informado de que la cantidad requerida es enorme y alcanza la cantidad de cien millones en oro.

—Esta cantidad es insignificante —declaró Whitey Jano—. Pero esto influye en la no —intervención. Ni uno de los hombres de las Siete Compañías debe penetrar en el Valle de Tasus. La voluntad del “Sabio” ha de ser siempre la suprema detrás de estas colinas.

—Esto está comprendido y aceptado —dijo Duzun Kado—. Mi misión consiste únicamente en asegurarnos de lo que existe. He venido con una cantidad a cuenta si todo es como se ha dicho.

Señaló los camellos de carga con una mano regordeta. Los animales descansaban. El esclavo mudo se había enroscado a la sombra de uno de ellos y dormía.

—Quisiera oír lo que están diciendo —dijo Renny.

—Tengo la corazonada de que este asunto progresa hacia una conclusión climática —declaró el enfático Johnny.

—¡Maldito sea! —chilló Monk—. Si crees que algo ha de ocurrir, que ocurra ahora mismo.

Whitey Jano hizo una seña al sirio. Penetraron en una tienda, fuera del alcance de los oídos de los demás hombres. La lucha cerca de las tumbas había tomado fin con la caída de la noche, rápida en el desierto.

El fresco reinante calmó algún tanto la tortura causada por las ligaduras de piel de camello que se alargaron un poco. Como la luna no había salido aún, los cuatro compañeros de Doc no podían verse distintamente.

Unas luces oscilantes brillaron en la tienda de Whitey Jano. Duzun Kado sabía, con oriental diplomacia, cuándo era preciso callar. Una vez preguntó cortésmente si sería la voluntad del “Sabio” tratar directamente con él.

—Ya hablaremos de esto —dijo Whitey Jano.

El estafador americano, jefe de gangsters, parecía más que nunca, por sus gestos y palabras, un verdadero árabe. Pero continuaba mascando sus palomitas de maíz.

Un nuevo personaje se introdujo en la tienda. Sus facciones eran aristocráticas y su porte digno.

—Soy Kassan, ayudante personal del "Sabio" —anunció—. ¿Viene del Sindicato de las Siete Compañías de Aleppo?

Duzun Kado repitió lo que había dicho ya a Whitey Jano. Kassan no pareció conmoverse al serle ofrecido un centenar de millones.

—Mañana, a la luz del sol, tendrá el privilegio de examinar la antigua ciudad llamada Tasunan —declaró Kassan—. Pero queda bien entendido que no debe haber intervención en los asuntos presentes o futuros del "Sabio" en la ciudad de Tasunan o este valle.

—Este humilde representante del Sindicato de las Siete Compañías es discreto —dijo Duzun Kado, inclinándose—. Los deseos de los verdaderos hijos del Islam serán respetados.

Kassan desplegó sus delgados labios en una sonrisa.

—Entonces, todo irá bien. Descansará en la tienda de Hadith y el guardia sólo estará allí para su protección.

Los ojos de Duzun Kado eran pozos negros y no traicionaron sus emociones.

Sin embargo, no se le escondía al sirio que estaría guardado a la vista. El esclavo mudo se envolvió mejor en su ropaje. Apretujaba el cuerpo contra el camello en busca de calor.

Los compañeros de Doc veían las sombras proyectadas por las bestias. Del pabellón de Hadith salía un sabroso olor a comida.

—¡Rayos y truenos! —gruñó Renny—. ¿Es que no van a darnos de comer?

Cerca de los prisioneros atados a sus postes una sombra se movió en el suelo. Alguien se les acercaba en silencio, rodando por el suelo.

Una voz nasal susurró a sus oídos:

—Cerrad el pico y oídme...

Nadie le contestó. El cuerpo esbelto de un hombre se sentó con un gemido de dolor delante de ellos, y una cabeza pequeña se irguió sobre un cuello arrugado como el de una tortuga.

—Soy Runt Davis —anunció el hombre—. Estoy aquí porque ninguno de nosotros tiene la menor probabilidad de salir de este

lugar. Todos vamos a tomar parte en esa función del fuego verde y es preciso que hable con alguien…

Runt Davis estaba sudando aunque la noche era fría. Levantó el brazo derecho para enjugarse la cara y juró amargamente. Olvidaba a cada instante que ya no tenía mano derecha. Su herida se había infectado y tenía el brazo terriblemente hinchado.

—No tratamos con ratas —anunció Ham.

—Pero no podemos impedir que hables. Anda, dinos lo que te preocupa.

—No es hora de disputarse —gruñó Runt Davis—. El ser amigo de ese Doc Savage no le reportará nada bueno en ese asunto. Whitey dice que han "limpiado" al hombre de bronce. A vosotros os harán proposiciones…

—Perderán el tiempo —dijo Ham.

—Sí, ¿eh? Tal vez… Pero lo único que quieren es lo que ese tipo llamado Monk tiene. El jefe al que llaman el "Sabio" quiere apoderarse de la ciudad a todo trance. Whitey nos ha traído con ametralladoras para ayudarle a conseguirlo. Una vez hecho esto tiene el amable propósito de cambiarnos en imágenes para evitar que charlemos. Conmigo hay una docena de camaradas que han de desaparecer…

¡Santo cielo! —gimió Monk—. ¿Qué es lo que es lo que esos demonios negros quieren?

—Mucho —dijo Runt Davis—. No hay mas que un solo camino para entrar en la ciudad. Se va por las viejas tumbas y por un subterráneo siguiendo un río. Ante todo han de desalojar a ese sujeto que está ahí dentro. Tiene un puñado de esos trajes que le protegen contra la sombra de la muerte.

—¡De manera que es así cómo Cartheris les mantiene a raya! —comentó Renny.

—Sí, y aunque lleguen allí tienen que hacer saltar varios obstáculos antes de llegar a la ciudad —prosiguió Runt Davis—. Ahí es donde necesitan a ese Monk. Tienen los productos necesarios para preparar explosivos, pero el sujeto que lo hacía se peleó con Hadith y estiró la pata.

—¡Yo no quiero preparar nada para nadie! —chilló Monk.

—Cierra el pico —rezongó Runt—. Si me cogen aquí, lo pasaremos mal todos juntos. Y oídme…

—Oímos, pero nada más —dijo Ham.

—Estoy dispuesto a soltaros si nos ayudáis a mí y a los demás muchachos. Tal vez podamos huir abriéndonos paso a tiros... De todos modos, es nuestra única probabilidad de salvación.

—¿Has dicho que Whitey Jano habla de haber cogido a Doc Savage? —dijo Johnny.

—Sí... anoche. Acabaron con el hombre de bronce cuando le cogieron.

Los cuatro prisioneros se sintieron presa del mayor desaliento.

—No lo creo —declaró Ham—. Pero de todos modos...

Una luz rasgó las tinieblas. Era una antorcha de madera mojada de aceite y cayó rozando a Runt Davis. El gangster se puso de pie de un salto, lanzando un grito salvaje y jurando terriblemente.

—Me lastima verme víctima de tamaña ingratitud —dijo una voz suave y paternal— ¡Cogedlo!

Dos beduinos se le echaron encima. Runt Davis, lanzando ternos, les pegó con su brazo amputado, pero los beduinos le sujetaron con fuerza.

—Espero que los hombres de Doc Savage sean demasiado inteligentes para creer las historias de este muchacho —dijo Whitey Jano.

A la luz de la antorcha se veía a Whitey mascando palomitas de maíz. Su rostro expresaba una profunda pena.

—Runt, amigo mío —dijo—, has sido un loco. Es verdad que te has ganado la enemistad de Hadith, pero intentas salvarte enredando a otro. ¡Malo, hijo mío, malo!

—Calla, Whitey, no hables así —chilló Runt Davis—. Sé lo que quieres decir... No lo hagas. No lo creáis, muchachos. Él sólo quiere...

Whitey Jano alargó la mano y un beduino cerró la boca de Runt aplicando la palma de la suya sobre sus labios.

—Ya lo veis. No quiso creerme —hizo observar Whitey Jano con acento resignado.

—De manera que esto no puede evitarse... Whitey Jano levantó una mano como si bendijera a su mutilado ayudante. Los beduinos soltaron a Runt Davis, pero le obligaron a alejarse en la oscuridad.

Allí se veía una sombra alta. La antorcha iluminó las facciones de Hadith.

Whitey Jano habló en árabe, pero Hadith no contestó.

—¡No, no! —gritó Runt Davis—. Whitey, no quería hacerlo... no quería...

Whitey lanzó maíz al aire y lo recogió con los dientes. Se oyó un doble crujido. El uno provenía de las mandíbulas de Whitey y el otro fue acompañado por el remolino de la enjoyada cimitarra de Hadith.

El cuerpo decapitado de Runt Davis anduvo unos pasos antes de caer.

La sangre saltó a chorros. La cabeza de gangsters rodó en la arena. A la luz de la antorcha se vieron sus ojos, que se pusieron vidriosos.

—¡La voluntad del "Sabio" es algo difícil de comprender! —suspiró Whitey Jano con unción—. Siento profundamente el incidente de esta mañana. Les pondrán en libertad y hablaremos.

—¡Si alguna vez en conversación te pongo las manos encima! —chilló Monk, vibrándole su voz infantil a impulsos del horror que sentía.

—Y eso va por mí también —rugió el impulsivo Renny—. Ese tipo era un ser despreciable, pero tú no lo eres menos que un reptil.

—Me siento entristecido —dijo Whitey Jano—. Éste ha sido un incidente desgraciado, pero no permitiremos que eche a perder nuestra amistad futura.

Whitey se alejó, siempre mascando. Dio la orden de sacar de ahí los restos mortales de Runt Davis. Hadith volvió a envainar la cimitarra, después de limpiarla ciudadosamente en la arena. Se acercó e inspeccionó los postes a que estaban atados los prisioneros. A continuación se alejó.

Durante unos minutos lo cuatro prisioneros permanecieron mudos. Habían presenciado muchos horrores en su vida, pero la fría y terrible ejecución de Runt Davis les había conmovido en extremo.

Finalmente Renny dijo:

—¿Creéis que esa pobre rata dijo la vedad respecto a Doc?

—No lo creo —declaró Johnny—. Algo no funcionó normalmente en su caso.

—¡Pero es de creer que Doc habría encontrado el medio de llegar hasta aquí si viviera todavía! —dijo Ham—. Él... ¡Oíd! ¿Qué es esto?

Por segunda vez, oyeron crujir la arena detrás de ellos. A alguna distancia se encontraba un grupo de beduinos. Nadie habló y el crujido se repitió.

Otro hombre se les acercaba rodando en la arena. Su cuerpo era pequeño y esbelto. Los prisioneros no podían verlo. El hombre permaneció detrás de ellos.

Renny fue el primero en darse cuenta del hecho de que un cuchillo le cortaba sus ataduras de piel de camello. Sus brazos le cayeron inertes a lo largo del cuerpo. No se los sentía siquiera y tenía la impresión de estar paralizado a medias.

Renny vió que libertaban a sus compañeros del mismo modo.

—¡No os mováis todavía ni habléis! —dijo una voz en un murmullo ronco.

La voz era la de un americano. Debía tratarse de uno de los camaradas de Runt Davis, o así lo supuso Ham. Tal vez les pondría en libertad con el afán de vengarse. Todos creían que Runt les había dicho la verdad.

Los cuatro hombres estuvieron inmóviles unos minutos, ahogando los gemidos que la renovación de la circulación de la sangre en sus brazos les arrancaba. Volvieron a oír la misma voz que les decía en un susurro:

—Huid hacia las colinas situadas más arriba de las tumbas —decía—. Dad una vuelta y escapad a los demonios negros que vigilan a Cartheris.

Se oyó un crujido en la arena. Su libertador se había alejado.

CAPÍTULO XIX

LA MUJER ATADA AL POSTE

—SI me hubiesen dejado siquiera una granada, me sentiría mejor —se quejó Monk.

—También nos las han quitado a nosotros —dijo Renny—. Alguien, en el otro campo, es bastante listo. Incluso me han quitado lo que llevaba en el pelo.

Renny se refería a la sustancia con al cual los hombres de Doc Savage escribían mensajes invisibles sobre cristal.

De pronto se oyeron voces de beduinos y se vieron grupos correr de un lado a otro en la oscuridad, llevando antorchas. Los gritos indicaban que los beduinos buscaban a sus prisioneros.

Éstos se encontraban a la sazón entre las rocas desmoronados de las colinas, más arriba de las tumbas. Mil hombres habrían podido permanecer ocultos días enteros en aquella región sembrada de rocas de lava.

Los amigos de Doc estaban libres, pero indefensos, puesto que no llevaban armas.

—Y no podemos subsistir mucho tiempo sin comida ni agua —declaró Ham.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny—. Había que verte comer chuletas esta mañana. Renny y yo no hemos comido nada desde ayer.

—Sea como sea, lo único que podemos hacer —dijo Ham—, es reunirnos con ese Ranyon Cartheris, antes de la salida del sol.

La idea fue aprobada en el acto, pero su realización no resultó fácil. Media hora después los cuatro hombres se habían deslizado a través de las rocas y se encontraban delante de un ancho agujero.

Un grupo de beduinos se acercó a caballo, con una sola

antorcha. Del agujero surgió el ruido de una ametralladora y un caballo gritó de dolor.. Dos jinetes cayeron al suelo sin lanzar siguiera un gemido y la antorcha se apagó.

Los restantes beduinos huyeron abandonando a los caídos.

—Esperadme aquí —dijo el delgado y ágil Ham—. Voy a intentar ponerme en comunicación con Cartheris.

Ham llegó hasta el borde mismo del hoyo que era la entrada a las tumbas y oyó un rumor de voces en el fondo. Llamó suavemente y las voces callaron.

—Somos cuatro americanos… los compañeros de Doc Savage —dijo Ham.

—Cuidado —dijo la voz de un beduino en el fondo—. Es una trampa. Temía que subieran hasta aquí.

—Espera —ordenó otra voz—. La carta que envié a mi hermana puede haber dado resultado.

Ham era listo y su contestación se basó en las palabras del otro.

—Es la carta —dijo—. Hablaba del espejismo del crimen y de cómo perdió a sus hombres en el desierto. Lady Fotheran la trajo a Doc. Su hermana se encuentra aquí, Cartheris. La han capturado Hadith y sus hombres, junto con Pat Savage, la prima de Doc Savage.

—Es exacto —dijo la voz que salía del agujero, añadiendo con acento preocupado:

—¿Dice usted que mi hermana está aquí, en este infierno?

—Sí —dijo Ham—. Vamos a bajar…

Los cuatro aventureros lanzaron exclamaciones de asombro al encontrarse en la entrada de las tumbas. Ranyon Cartheris era un muchacho delgado, cuyo rostro estaba adelgazado por la fatiga y las penalidades sufridas.

El explorador, que se había propuesto encontrar el tesoro descubierto por su hermano, tenía solamente seis hombres con él.

Uno de éstos, era el viejo y huesudo Mahal, mencionado en la carta, inútil como luchador.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¿Cómo es posible que hayan mantenido a esos demonios a raya?

El grupo de supervivientes de la caravana se resguardaba detrás de una pared de roca de escasa altura. Las ametralladoras estaban colocadas en nichos; pero ahí no terminaba la defensa.

Las ametralladoras habrían sido de poca eficacia contra los globos de la sombra de la muerte. Contestando a la pregunta de Renny. Cartheris sacó un casco de color plomizo y se lo puso sobre la cabeza.

La máscara se adaptaba a su cara y sus ojos estaban protegidos por una sustancia trasparente, parecida a la mica.

—No habríamos vivido mucho tiempo, a no ser porque descubrimos una buena cantidad de esos cascos —dijo Cartheris—. ¿Y dónde suponen ustedes que los encontramos?

—Seguramente en los ataúdes de las momias de una raza antigua y desaparecida, desconocida hasta ahora —contestó asombrosamente Johnny—. Las pusieron allí con el ropaje de las momias, que resiste al resplandor mortal. Tal vez esta antigua raza creería que sus muertos se encontrarían con un peligro similar en el otro mundo.

Ranyon Cartheris silbó de asombro.

—No es preciso que me diga su nombre, William Harper Littlejohn —dijo—. He oído hablar de usted por mi hermano, pero sus deducciones huelen a magia negra.

—¡Nada de eso! —declaró Johnny—. Es cosa sencilla. Ese brillo de muerte es algún elemento desconocido hoy día. Se habrá perdido en el transcurso de los años. Los trajes de metal y las máscaras son alguna aleación que lo resiste. Supongo que habrá descubierto el origen de los globos de muerte.

—No —dijo Cartheris—. Hemos estado demasiado ocupados salvando nuestro pellejo para penetrar más adentro en las excavaciones. Es evidente que una ciudad entera, de civilización avanzada, ha sido enterrada por un terremoto. Muchas ruinas se encuentran en gigantescas cuevas, pero hemos de permanecer aquí para mantener a los beduinos a raya. Tenemos agua y alimentos y mientras duren nuestras municiones no nos desalojarán.

Aun entonces, los acontecimientos que se preparaban iban a contradecir las palabras de Cartheris. Ocurrió a favor de la densa oscuridad que precede a la salida de la luna.

Un grupo de media docena de beduinos guiados por Hadith se acercaba a pie. A una distancia de cien yardas, a la entrada de las tumbas, eran invisibles.

Dos de los beduinos tenían agarrada por los brazos a una mujer

esbelta. Un pedazo de tela la amordazaba y la empujaron hasta la entrada de las tumbas.

Allí la tiraron al suelo. Desde el agujero en el que se encontraban con Ranyon Cartheris, los hombres de Doc oyeron un ruido sordo que llegaba de la extensión de terreno arenoso frente a la entrada.

—Esos demonios están tramando algo —dijo Cartheris—. No me gusta disparar al azar en la oscuridad, pero quizá una dosis de plomo de una de las ametralladoras acabe con sus ganas de bromear.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Los golpes eran sordos, pero se repetían con rapidez. Ranyon Cartheris bajó lentamente el cañón de una ametralladora. Aunque no había visibilidad, le sería fácil apuntar guiándose por aquel sonido.

Los beduinos que habían traído a la mujer estaban hundiendo estacas puntiagudas en la arena. Cuando la primera estaca estuvo colocada, ataron a la mujer a la misma por las muñecas y le pusieron otra estaca a los pies.

Cartheris tenía puntería y buenos oídos. Disparó la ametralladora guiándose por el sonido y, al cabo de unos segundos, aflojó la presión de su mano para escuchar.

Las balas se hundieron en la arena, levantando partículas de ésta que hirieron a los beduinos en los ojos. Un gangster, hombre blanco de boca torcida, les acompañaba.

Una bala de rozó un tobillo y otras varias se hundieron en el suelo a pocas pulgadas de la mujer.

—¡Eh, zoquete! —gritó el gangster—. Para tu música o harás picadillo con tu hermana.

Ranyon Cartheris aspiró profundamente y lanzó un juramento. Sus manos cayeron soltando la ametralladora.

—Mi hermana! ¡No es posible que esos bandidos hagan eso!

—Según lo que he visto de ellos —observó Ham—, serían capaces de arrancarle los ojos a un niño de pecho. Lady Fotheran ha sido hecha prisionera junto con Pat Savage. Esos demonios negros se proponen hacer uso de ella y por eso se han molestado en traerla aquí viva.

Gruesas gotas de sudor inundaban la frente de Ranyon Cartheris.

—Voy a salir en busca de ella —declaró—. ¡Por Dios! Tal vez me tumben, pero algunos de ellos me acompañarán en el último viaje.

El viejo Mahal estaba rezando e invocando a Alá; de pronto, dijo:

—Esta es una ocasión para pensar antes de obrar. Estamos entre las manos de Alá. Nuestros enemigos nos ofrecen una tentación, a la cual esperan que vamos a ceder… esperemos.

Ranyon Cartheris gritó hacia los que hundían las estacas:

—¡Malditos seáis todos! ¡Vamos a enviaros al infierno, asquerosos bandidos!

La voz del gangster le replicó con sorna:

—Tranquilízate, hermano. Tan pronto como te nuevas, los muchachos te esperan con una de esas bolas que fabrican bombas. ¿Te enteras? Espera hasta que se haga de día. Entonces sabrás lo que es bueno.

—¡Maldito seas! —chilló Monk.

Cartheris temblaba como si tuviese fiebre.

—¡Sathyra, Sathyra! —llamó—. ¿Estás ahí?

—¡No, no! —gritó la voz ahogada de una mujer—. No salgas. Ellos no…

El grito cesó de repente. El tono quejumbroso de la voz de la mujer no le permitió a Cartheris reconocer a su hermana.

—¿Qué haremos? —preguntó a sus compañeros.

—Cuando una cuestión delicada surge, es preciso no hacer nada hasta que se llegue a una solución lógica —dijo la voz del viejo y cuerdo Mahal—. Sin embargo, temo que, tal como el ferengi ha dicho, esos hombres se proponen dar un golpe definitivo.

¡Pum, pum, pum!

La última estaca estaba hundida. Los brazos de la mujer quedaron sujetos por fuertes correas enrolladas en sus muñecas. Su cuerpo esbelto se agitó un momento y a continuación permaneció inmóvil.

Carteros y los compañeros de Doc la vieron de repente iluminada por dos brillantes antorchas. Su traje era americano. Llevaba un vestido amarillo con bordados de plata.

—¡Es mi hermana! —gruñó Cartheris ocultando el rostro en sus manos—. ¿Por qué la habré embarcado en esta loca aventura? Primero, Denton, luego, Sathyra… Voy a salir.

—Tenemos hasta el alba —sugirió el práctico Johnny—. Quizá, entre tanto demos con algún plan.

—¡Mirad! —exclamó Monk—. No podemos hacer gran cosa.

Las antorchas habían sido encendidas para algo más que para revelar a la mujer. Cuatro jinetes beduinos se acercaron y desmontaron.

Llevaban máscaras de color plomizo y dos de ellos depositaron una canasta de madera en el suelo, al lado de la mujer.

—¡La bola de la muerte! —exclamó Renny—. ¡Esto va en serio!

Se llevaron a los caballos y los cuatro enmascarados permanecieron allí, después que hubieron apagado las antorchas.

—¡Maldición! —chilló Monk—. ¿Y si tomásemos los rifles al ser de día? Podríamos fácilmente dar cuenta de ellos.

Cartheris movió la cabeza.

—Además de resistir al resplandor mortal, esos trajes y máscaras son a prueba de balas. Nos han tocado una docena de veces sin herirnos...

—Me acuerdo de eso —dijo Ham—. Rompí una de mis espadas sobre ellos. Creí que se trataba de una especie de armadura.

Los hombres blancos y los árabes que se encontraban en la excavación callaron, apesadumbrados. No parecía posible que hicieran nada provechoso.

Eran muchas las cosas que Johnny deseaba saber respecto a la ciudad subterránea de aquella antigua civilización, pero contuvo las preguntas que pugnaban por escapar de sus labios.

Ranyon Cartheris estaba enfrascado en sus pensamientos y temores por la suerte que cabría a su hermana. Poco antes de salir el sol, en la tienda de Hadith, Duzun Kado estaba ya despierto.

Durante la noche, el gordo sirio presenció la ejecución de Runt Davis, pero su rostro aceitoso no tradujo emoción alguna.

Después, Whitey Jano entro a verle, acompañado de Kassan.

Duzun habló según costumbre del país.

—Mis ojos no han visto nada —anunció con solemnidad, hablando en árabe.

—Ana Bwajh el Beduw —dijo, recordando a sus huéspedes—. Estoy frente a todos los beduinos. Soy un dhaif en las tiendas negras. Soy dackhile para vosotros y todos los beduinos.

Duzun Kado quería decir que le protegía la ley de la

hospitalidad y que su persona era sagrada para ellos. Como emisario del Sindicato de las Siete Compañías, estableció de tal modo su posición, a fuerza de huésped de los beduinos.

Aun los peores bandidos de las montañas temen violar la ley del dhaif. Kassan pareció impresionado.

—Esta violencia ha sido desgraciada, Duzun Kado —dijo—. Antes de que el sol caliente la arena, deseamos que nos acompañes a la ciudad de Tasunan. Estaremos dispuestos en la hora oscura.

Kassan en persona, con una guardia de beduinos, guió al representante sirio por el Valle de Tasus, una hora antes de que el sol proyectara sus primeros rayos por el desierto.

CAPÍTULO XX

FUERA DE LAS TUMBAS

CINCO caras de hombres blancos estaban contraídas y parecían esculpidas en mármol. Seis rostros de árabes parecían igualmente hechos en bronce, en sus manos sostenían rifles.

El primer rayo del astro del día les encontró dispuestos a toda eventualidad, pero sus manos resultaban tan indefensas como si hubiesen estado atadas con correas.

El cuerpo esbelto de la mujer seguía tendido en la arena, a menos de cien yardas. Formando hilera a su lado estaban sentadas cuatro figuras tan inmóviles como rocas.

Sus caras tenían el aspecto de las caras de unos muertos. Cerca de la cabeza de la mujer se encontraba una caja como una canasta. Nada más.

Cuatro beduinos enmascarados y una mujer. No, tres beduinos y uno de los gangsters de Whitey Jano, según descubrieron bien pronto los sitiados. Uno de los enmascarados se levantó y se acercó lentamente.

No levantó las manos en señal de armisticio. Eso era innecesario y quizá se sonreía burlonamente bajo su mascara. El bandido sabía que no debía temer nada de las balas.

La armadura que llevaba le protegía y el cuerpo de la mujer tendida en la arena aumentaba su seguridad.

Cartheris gimió:

—¡De todos, mi hermana vive…! La he visto moverse.

La mujer se retorcía levemente, intentando tal vez aliviar el dolor de sus miembros y de su cuerpo. El sol naciente adquirió inmediatamente un poder formidable. La mordaza obligaba a la cautiva a respirar entrecortadamente.

—¡Bravo, zoquetes! —dijo con sorna el gangster enmascarado una vez que estuvo a pocas yardas de las tumbas—. Ahora lo que vais hacer es salir de ahí con las manos arriba. Sed buenos chicos y no hagáis tonterías, ¿eh? A la menor señal de jaleo, esta dama quedará convertida en una sombra más. Disponéis de cinco minutos para decidiros.

Ranyon Cartheris tenía los labios descoloridos y su cara delgada parecía de yeso.

—Oídme —dijo a sus compañeros—. Yo voy a salir. Vosotros os quedáis aquí. Se trata de mi hermana… no quiero que vosotros…

—¡Cállese! —rezongó Renny—. Podría ser mi hermana o la de cualquiera… ¿qué diferencia hay?

—Es inútil discutir —declaró Johnny—. Hemos de colaborar estrechamente. Esos demonios no vacilarían un instante en matar a Lady Fotheran.

—Tal vez se equivoquen —dijo la voz tranquila de Mahal—. Si rehusáramos salir no suprimirían a la mujer, puesto que es su arma para persuadirnos.

—Buena idea, desde luego, pero no quisiera correr este riesgo —dijo Johnny—. A propósito, Cartheris, ¿Por qué no le han asaltado antes de ahora llevando los trajes y las máscaras?

Cartheris señaló con la mano a un par de cajas que contenían un centenar de granadas.

—Intentaron hacerlo ayer —declaró—, pero sus trajes especiales no les sirven de nada contra este explosivo. Ahora es cuando no podemos hacer uso de ellas.

—¡Eh! —gritó el gangster—. Estoy esperando. Os quedan dos minutos.

Renny lanzó un rugido de león. El fornido ingeniero se había encaramado a las rocas y miraba con unos anteojos que pertenecían a Cartheris.

—¡Rayos y centellas! —rugió—. No es Lady Fotheran… ¡Es Pat Savage! La matarían y todavía tendrían a Lady Fotheran en su poder. Vamos. Voy a hacerles pedazos, con armadura o sin ella.

Renny se puso en camino antes de terminar su frase, seguido de cerca por Monk.

—¡Ojo con acercárseme! —gritó el gangster—. No hagáis tonterías. A ser buenos chicos o el “Sabio” cambiará la consigna de

no hacer daño a nadie.

—Esto cambia los papeles —exclamó Johnny disponiéndose a imitar a Renny y a Monk—. Se trata de la prima de Doc. Es evidente que su hermana está sana y salva en las tiendas.

—No cambia nada en absoluto —declaró Cartheris—. Mahal, hemos de ir todos...

—Ha dicho la verdad —asintió el viejo beduino—. Es la voluntad de Alá.

Cartheris y sus beduinos siguieron a los hombres de Doc a campo descubierto. Renny y Monk, haciendo caso omiso del gangster corrieron hacia la mujer sujeta al suelo.

Todos los que salían de las tumbas iban sin armas. Cartheris y sus hombres levantaron las manos al correr. Los tres beduinos enmascarados se levantaron.

Uno de ellos cogió la canasta como si se dispusiera a tirar el globo de la muerte al lado de la cabeza de Pat Savage. Cartheris precedía a sus árabes.

Los achaques del anciano Hahal no le permitían correr deprisa... de pronto se oyó un grito en dirección a las rocas de la colina. La figura alta de Hadith surgió y su cimitarra brilló a la luz del sol.

—¡Thishalhun Bism er Rassoul! —gritó, despertando ecos en las montañas.

Otro grito le contestó en árabe. Significaba “matad a los perros infieles”.

Una docena de rifles escupieron llamaradas y humo entre las rocas. El anciano y leal Mahal fue el primero en caer de bruces. Su último grito invocando a Alá fue sólo un débil gemido. Los otros beduinos se tambalearon y cayeron uno tras otro tiñéndose sus abbas blancos de sangre. Ni una sola bala alcanzó a los blancos. Ranyon Cartheris se volvió, crispando los puños sobre la cabeza.

—¡Malditos seáis! —gritó como si enloqueciera—. Matadme a mí también. ¡Me oís! ¡Disparad! ¿Por qué no disparáis?

Monk chillaba de rabia. Renny juraba terriblemente, amenazando a los sanguinarios beduinos de Hadith. Durante unos segundos, todos esperaron los disparos que, sin duda, iban a derribarles.

—¡Basta ya! —gritó con furia el enmascarado—. Sabía que eso ocurriría. El “Sabio” no necesita a los negros que no son suyos.

Ahora, todo el mundo esté quieto y todo irá bien.

Renny y Monk se habían echado hacia delante. Gigantes ambos en cuanto a fuerza, arrancaron las estacas que sujetaban a Pat al suelo. Los beduinos de Hadith bajaron de la colina con rapidez. Hadith gritaba órdenes.

Renny arrancó la mordaza que tapaba la boca de Pat. Los ojos dorados de la muchacha, tan parecidos a los de Doc Savage, intentaron sonreírle, pero sus labios temblaban.

No era la primera vez que Pat había visto la muerte de cerca, pero el ser dejada como una sombra permanente en el desierto, era una posibilidad que la había trastornado bastante.

Los hombres de Hadith alinearon a los hombres blancos con los cañones de sus rifles. Cuando Pat estuvo de pie, sostenida por Renny y Monk, nadie opuso ya resistencia.

Las inevitables correas de piel de camello, les ataron los brazos en la espalda. Hadith lanzó una orden con voz breve. La pequeña procesión se puso en marcha hacia las tumbas. Pat Savage iba con ella.

Los beduinos se pararon únicamente para recoger los rifles y las ametralladoras y a continuación guiaron a los prisioneros por un largo camino en pendiente.

Bajo la tierra, al pie de las colinas, hacía frío y la humedad era enorme.

Johnny miró en torno suyo, intentando orientarse. El geólogo notó que seguían la dirección de la hilera de palmas que crecían en la superficie de la tierra. Hadith cargaba con sus hombres, que demostraban su júbilo.

El paso subterráneo estaba libre para intentar un ataque contra Tasunan. El esclavo mudo de Duzun Kado seguía a su amo como si fuese su sombra.

Podía ser sordo y mudo, pero sus ojillos negros no parecían dejar escapar nada. Duzun Kado se detuvo cuando estuvieron a una milla o algo más lejos, bajo tierra.

Whitey Jano y Kassan, junto con una guardia compuesta de una docena de beduinos, le habían acompañado en las entrañas de la tierra. Después de echar una mirada a la ciudad de Tasunan, el representante sirio del Sindicato de las Siete Compañías, iba a echar una mirada al tesoro… tesoro por el cual había declarado que el

Sindicato de las Siete Compañías estaba dispuesto a pagar la cantidad de cien millones, por un interés de una tercera parte del botín.

Siguiendo la costumbre de su país, el sirio habló enfáticamente.

—Hemos hecho una prueba con el pequeño ejemplar que hemos recibido —dijo—. Aunque no pesa más que dos gramos, su poder fue suficiente para dejar, en comparación, sin importancia ni fuerza la radioactividad del radio. Y nuestro informe declara que hay en existencia más de quinientas libras.

—Tal vez más y tal vez un poco menos —contestó Kassan—. Esos antiguos tasunitas, como les llamamos, han diseminado parte de ello. Es evidente que muchos individuos de esta raza quedaron vivos después de ser sepultada la ciudad y se trasformaron en una civilización subterránea. Lo empelaron para defenderse de sus enemigos.

—¿Cómo pudieron conseguirlo? —inquirió el sirio, frotándose las regordetas manos de puro gusto.

—Por ejemplo, las paredes de este pasaje son capaces de dar la muerte, siempre que los que conozcan el secreto quieran desencadenar este poder —dijo Kassan—. Aquí donde estamos pasando, podríamos dejar de existir, debido a ciertas palancas que se encuentran en la cámara central, a la cual nos encaminamos.

—Esto es de sumo interés —declaró el sirio—. ¿Hay alguien en este momento en la cámara central?

Whitey Jano sonrió sardónicamente. Como de costumbre, iba mascando palomitas de maíz y habló, diciendo:

—Aun ahora, las palancas de la muerte están dispuestas —dijo lentamente—, pero que nuestro distinguido huésped no tema. Tan sólo sirven para dar muerte en la sala de ejecuciones de los tasunitas. Es un lugar que llenó de sombras de generaciones pasadas. Y nosotros también debemos a veces disponer de nuestros enemigos.

El grueso sirio se frotó las manos como aprobando. Era evidente que poseía el alma cruel y astuta del oriental; pero habló inmediatamente de otras cosas.

—¿Hay muchos pasadizos a distintos niveles? —dijo—. ¿Está hecho esto adrede, o por mera casualidad?

Whitey Jano le explicó entonces, en árabe, lo que sigue:

—Nos encontramos en el pasadizo de la sombra de la muerte y al final se encuentra la cámara de ejecuciones, el almacén y el sitio desde el cual se maniobra la defensa por medio de las paredes. El túnel que hemos recorrido lleva abajo. A unos cien pies debajo de éste, otro cruza debajo de los jardines y su salida se encuentra en la plaza central de la ciudad moderna en Tasunan. Hay muchos otros pasadizos y algunos van hasta edificios todavía existentes de la antigua ciudad.

Las antorchas de los beduinos iluminaban el camino. Unas puertas de madera aparecían aquí y allá en las paredes de piedra. Whitey Jano abrió una de ellas. Un olor pronunciado a incienso y mirra inundaban la estancia.

A la luz de una antorcha se vieron largas hileras de cajas con momias, esculpidas y colocadas sobre estantes, a lo largo de las paredes.

Las cajas eran enormes y hechas de madera de cedro, tal vez tendrían miles de años de existencia. El esclavo mudo de Duzan Kado se echó atrás.

Era evidente que demostraba ser supersticioso y se apretujó contra su amo, haciendo un ruido parecido a un cloqueo con los labios temblorosos.

—Las momias son más viejas, y sus cajas, de dibujos más complicados que las de los primeros egipcios —comentó Duzan Kado—. Sigamos. No hay que perder más tiempo. Demos una mirada a la cámara del tesoro. Ya sabemos algo de este antiguo elemento.

—El Sindicato de las Siete Compañías da muestra de su erudición —dijo Kassan—. Se han hecho las pruebas…

—Es cierto —declaró Duzan Kado—. Hace tiempo que se sabe que pequeñísimas cantidades de la sustancia radioactiva más poderosa producen fotografías bajo la sombra de los objetos, sobre placas sensibilizadas. Esto ha sido determinado con radio. Su elemento, que llamaremos tasunita, ha sido recogido en cantidades bastante importantes.

Kassan asintió con la cabeza.

—Así, pues, ¿el Sindicato de las Siete Compañías, conoce el poder de los antecesores de Hadith?

—Hemos hecho experimentos en modesta escala —declaró

Duzan Kado—. La tasunita es más pura que el radio de blanda oscura o de uranita. Es obvio que destruye instantáneamente las sustancias vegetales y animales. Su exposición al aire sensibiliza la tierra y los objetos cercanos en un área considerable, actuando como las placas fotográficas. Esto explica el aspecto legendario de esta fuerza fabulosa. Pero el Sindicato de las Siete Compañías, ha determinado que es de un valor muy superior al radio, del cual hay en el mundo menos de seis libras en poder de los hombres.

Los ojillos astutos de Kassan contemplaban al grueso sirio. Whitey Jano mascaba maíz. Tal vez no entendiese todo aquello.

Se detuvieron en un recodo del antiguo pasadizo y el sirio examinó la pared de piedra. Su mano se posó sobre una grieta y la sacó chorreando agua.

Era evidente que se encontraban encima del túnel que llevaba debajo de la sitiada ciudad de Tasunan.

CAPÍTULO XXI

EL RESPLANDOR MORTAL ENTERRADO

DUZAN Kado, el grueso sirio, se detuvo frente a la gruesa puerta de madera señalada por Whitey Jano. Se encontraba en la pared de un ancho recodo.

—Iremos a la cámara que sirve de almacén para la tasunita —sugirió Whitey—. Si el representante del Sindicato de las Siete Compañías está satisfecho, el "Sabio" le concederá una audiencia.

El sirio no escuchaba lo que le decían. Parecía estar descansando y respiraba con fuerza como si tuviese la respiración cortada tras el esfuerzo de arrastrar su corpachón por aquel pasadizo.

Los beduinos que llevaban antorchas estaban agrupados a corta distancia.

Duzan Kado tenía el oído aplicado a una de las puertas de madera. No se oía otra cosa que la voz benévola de Whitey Jano y el murmullo de los beduinos que conversaban entre ellos.

De pronto, un extraño trino despertó los ecos del pasaje. Era una melodía extraña de notas patéticas que los beduinos oyeron con pavor. Los árabes son supersticiosos y aquel sonido extraño les resultó inexplicable.

El resplandor mortal era cosa que conocían y comprendían… aquello no.

Los beduinos empezaron a correr aquí y allá. Sus antorchas se movieron fantásticamente y las sombras se mezclaron en la semi oscuridad.

Por primera vez, Whitey Jano perdió su aspecto benévolo y dejó de masticar.

—¡Doc Savage! ¡Wallah Wallah!

Whitey y Kassan se volvieron como heridos por un rayo. Estaban

mirando al grueso sirio, cuyo rostro grasiento y repulsivo no traicionaba emoción alguna.

La ancha manga del sirio se volvió y, con la rapidez de una serpiente que se tira a morder, los anchos puños salieron disparados.

Kassan era el que estaba más cerca, y su cuerpo esbelto saltó al aire y cayó contra la pared al otro lado del pasadizo.

Whitey Jano no era de los que saben moverse con rapidez. Se volvió tan ligero como pudo...

¡Maldito...! —empezó a decir sin acabar la frase.

El enorme puño de Duzan Kado pegó nuevamente como un rayo, cayendo sobre el estómago de Whitey Jano. Este escupió palomitas de maíz y el aire salió de sus pulmones. Cayó cuan largo era sobre Kassan.

—¡Wallah! ¡Wallah! —gritaron los beduinos en el extraño pasadizo.

No entendían nada de lo que pasaba, pero comprendían claramente que el grueso sirio dejaba de ser dackhile, huésped inviolable; había atacado a los que le habían ofrecido su hospitalidad. Blandiendo sus antorchas, los beduinos se echaron con gritos de rabia sobre Duzan Kado.

—Abre la puerta, Long Tom —dijo la voz tranquila del grueso sirio.

—¡Bravo, Doc! —contestó el mudo esclavo, blandiendo una herramienta afilada que se sacó de su gumbaz.

Doc Savage dejó caer el abba que habían llevado en su papel de sirio. El abrigo en cuestión le paralizaba los movimientos.

La figura del hombre de bronce surgió gigantesca y pareció llenar por completo la anchura del pasadizo. Los beduinos vacilaron unos segundos.

—¡Bizmilla ál arman! —gritó uno de ellos.

Esta invocación del nombre de Alá les volvió a infundir nuevos ánimos. Se oyó el estampido de un rifle, y la explosión, en un lugar tan reducido, resultó ensordecedora. Una detonación y otra más la siguieron.

Los beduinos tuvieron la seguridad de haber tocado infaliblemente a Doc Savage. Pero en vez de caer al suelo, éste siguió avanzando hacia ellos.

Los beduinos se detuvieron inseguros y abalanzáronse hacia Doc; uno de ellos pasó rozando la cabeza de Doc y a no ser porque éste se echó a un lado, con increíble agilidad, la hoja le habría atravesado la frente.

Doc movió rápidamente sus manos.

—No respires, Long Tom —dijo—. Aguántate más tiempo que de costumbre. Aquí hay poco aire.

Los primeros beduinos se pararon en seco. Sus cuchillos cayeron al suelo con un leve tintineo. Todos, exceptuando un fornido árabe, cayeron de rodillas, como si estuvieran rezando, pero no estaban alabando el nombre de Alá, sino que se durmieron en las más grotescas posturas.

El único que quedaba se acercó con los ojos brillantes. Entendía un poco el inglés y había contenido la respiración.

Las cápsulas de cristal se habían roto en las piedras del suelo y el pasadizo estaba inundado del gas anestésico, inventado por Monk bajo la dirección de Doc. Doc no se volvió hasta que el beduino saltó y abatió su cuchillo.

El hombre de bronce permitió que la hoja de acero cayera sobre su pecho.

—¡Ay! —chilló el beduino.

Tenía el brazo casi roto, como si hubiera intentado hundir el acero en una piedra. La prenda interior de Doc, a prueba de balas y hecha de cadenilla metálica, había hecho rebotar el cuchillo.

Al gritar, el árabe respiró y cayó, inerte, lanzando un juramento asiático que no pudo terminar. Doc se volvió.

Con ayuda de la llama del soplete que iba unida a su herramienta, Long Tom había perforado la cerradura de la puerta de la cámara de la muerte. La manaza de Doc la cogió con fuerza y la cerradura cayó al suelo.

Long Tom alumbró el interior de aquella estancia con su lámpara de bolsillo.

Del suelo subía una serie de gemidos ahogados. Eran esos gemidos lo que Doc había oído a través de la puerta de madera al pasar delante de la misma.

Por débiles que habían sido, el fino oído de Doc los había recogido. Doc alargó un cuchillo de afilada hoja a Long Tom mientras él empuñaba el que había quitado al beduino.

De la pared llegó un ruido como si se frotara una piedra con un bastón.

¡Deprisa, Long Tom! —aconsejó Doc. Con sus cuchillos cortaron correas de piel de camello. Levantaron a Pat Savage la primera. La muchacha se arrancó la mordaza.

—Ya sabía yo que nada pasaría —dijo con voz entrecortada.

—Algo pasará si no sales enseguida —replicó Doc, cortando las correas que sujetaban a Renny—. Salid todos y corred por el pasadizo.

El ruido de la madera sobre la piedra continuó irregular, como si el mecanismo de la muerte, tanto tiempo fuera de uso, estuviera encallado.

Habían estado prisioneros en un cuarto en el cual la sombra del crimen podía obrar su nefanda labor.

—¡Ayyy! —gritó Monk—. ¡Cuándo les ponga las manos encima a esos demonios negros que me han dado un susto de muerte!

—¡No hables! —aconsejó Doc—. ¡Corre!

Monk corrió agachado hacia la puerta. Al cabo de diez segundos todos huían por el pasadizo. Doc se acurrucó delante de la puerta de la cámara de la muerte.

Adivinaba que la cámara de control del brillo asesino se encontraba al lado de la misma. De una de las paredes surgió un hililllo de luz verdosa. Entre el pulgar y el índice, Doc sostenía una bolita del tamaño de una bala.

Empujó una palanquita y tiró la bala en el interior de la cámara de la muerte, contra la pared opuesta. La bolita contenía un explosivo de gran potencia, perfeccionado por Doc.

Cerrando la puerta de golpe, el nombre de bronce corrió en pos de sus compañeros. Todos se encontraban a muchas yardas de allí cuando una explosión terrible estremeció los pasadizos subterráneos.

La puerta de la cámara de la muerte saltó hecha pedazos y fue a aplastarse contra la pared opuesta. Las rocas se resquebrajaron y desmoronaron.

Un resplandor verdoso surgió en el aire y éste se electrizó.

—¡Vamos al primer túnel adyacente! —aconsejó Doc.

Antes de que las rocas se inmovilizaran, el hombre de bronce había vuelto al lado de la puerta de la cámara de la muerte. Los

beduinos seguían tumbados en el suelo. Vió que Whitey Jano y Kassan habían escapado milagrosamente al peligro de ser aplastados por las paredes en ruina.

La caverna que constituía la cámara de la muerte estaba llena de rocas desmoronadas. Los instrumentos del resplandor asesino estaban completamente enterrados, y la cámara de control tenía el paso bloqueado por centenares de toneladas de rocas y de lavas.

El pasadizo que llevaba al almacén de la tasunita estaba obstruido por una masa rocosa impenetrable.

—Hemos despojado temporalmente a Hadith y al individuo llamado el "Sabio" de su mayor poder —declaró Doc Savage, reuniéndose con sus compañeros cuando éstos iban a volver la esquina del pasaje.

—¿Y que hacemos ahora, Doc? —preguntó Pat Savage, intentando limpiarse la cara con ayuda de la lámpara de Long Tom.

—¡Maldito sea! —dijo Monk—. Algo ocurrirá, sin duda. Desde que plantaron el retrato de aquella mujer en el escaparate, son muchas las cosas que ocurren sin necesidad de preocuparse por adelante.

Ranyon Cartheris demostró escasa alegría al verse en libertad. El asesinato del viejo y fiel Hahal y de los restantes miembros de su expedición parecía haberle quitado todo interés en la vida.

—Esperaba... en fin... creía que tal vez Denton estuviese todavía vivo —dijo tristemente—. En tal caso, habrá sentido los efectos de la explosión.

La negra boca de un túnel lateral bostezaba delante de ellos. La lámpara de Long Tom les pareció darse cuenta de que iba en pendiente.

—Tal vez sea este el pasadizo que lleva debajo de la ciudad de Tasunan —exclamó Johnny.

—Así parece —dijo Doc—. Y es, quizá, nuestra única oportunidad de escapar a los beduinos de Hadith que está fuera.

Unas pisadas resonaron en la oscuridad del túnel. Long Tom apagó su lámpara y Doc hizo retroceder a su compañero. Abrió una puerta. El olor peculiar de una tumba hirió sus narices.

Una forma cadavérica surgió lentamente en el pasadizo superior. Era un hombre que iba solo y se detuvo vacilante.

Doc encendió su lamparilla que echó un dedo de luz sobre un

rostro cubierto de espesa barba y terriblemente demacrado.

—¡Denton, Denton! —gritó Ranyon Cartheris.

El hermano rodeó con sus manos una masa de harapos, que envolvía un verdadero esqueleto. La aparición murmuró algo ininteligible. Tenía los dientes rotos, y sus dedos apretaban con fuerza el hombro de su hermano.

Las lágrimas bañaban las mejillas de Denton Cartheris trazando surcos en medio de la suciedad que las cubría.

—¡Meses…! He estado aquí meses… ¿oyes? Encerrado… encerrado en una tumba… un terremoto acaba de desmoronar la pared… Has venido… Todo… Todo está bien… las sombras… Sombras…

El murmullo concluyó en un grito. El explorador cautivo se desplomó y no pareció sino que acababa de recobrar la libertad para morir en brazos de su hermano. Pero el gran talento médico de Doc lo salvó.

El gigante de bronce era quizá el mayor cirujano y galeno del mundo y se apresuró a sacar de sus bolsillos el botiquín que siempre llevaba encima.

Un reconstituyente más fuerte y eficaz que los que se usan en los hospitales y clínicas corrió bien pronto por las venas del explorador. Unas convulsiones recorrieron su cuerpo maltrecho.

Luego, Denton Cartheris respiró más regularmente y con mayor facilidad y no tardó en tenerse de pie. La cripta de las enormes cajas de momias consistía en muchos pasadizos.

Monk destapó uno de los antiguos ataúdes, pero lo volvió a tapar inmediatamente.

—Si miro a uno de esos tipos tengo la impresión que hace tiempo que yo también estoy muerto y que no se han acordado de enterrarme —dijo Monk con voz alterada.

—Sí, ¿en? —dijo Ham con sorna—. Han tenido un verdadero olvido y lamentable, he de decirte.

—¡Maldito seas! —chilló Monk—. Dentro de un minuto tendrán que ponerte en media docena de esos ataúdes porque te haré pedazos.

Doc Savage no se había movido de la puerta del pasadizo. Levantó una mano como aviso y todos callaron. Oyeron entonces un ruido de pisadas como si un ejército pasara.

Surgió la voz de Hadith, el nubio. Los compañeros de Doc y Denton Cartheris entendían perfectamente el árabe.

—Nos has traicionado, Jano —acusaba la voz de Hadith—. Esperábamos tu engaño. ¿Dónde está ese Duzan Kado? Has enterrado el tesoro para alejarnos de él. La campana de control está destruida.

Whitey Jano daba muestras de no perder la calma. Se oía claramente el ruido que hacía al mascar maíz. Habló benévolamente sin excitarse.

—No cometas más errores, Hadith —dijo tranquilamente—. No has sabido matar a ese Doc Savage y él ha...

Una voz apagada los interrumpió. Era imposible identificarla desde la cripta de las momias y, sin embargo, Doc Savage se sonrió al oírla. Una sonrisa de comprensión le arrugó los labios.

La voz dijo:

—No puedes esperar perdón alguno, Jano. He sabido siempre que codiciabas el tesoro. Nuestra alianza queda rota. Ahora te dejo a Hadith. Es “Sí”, Hadith.

Por primera vez la voz de Whitey Jano perdió su serenidad.

—No, no sabe lo que está diciendo. Le digo que nos han engañado. ¿No quiere oírme?

—No hay más que decir —prosiguió la voz apagada—. El “Sabio” ve y comprende ahora. El “Sabio” ha hablado, y no yerra.

—No, no. El “Sabio” no querría, no podría... no, Hadith. Alá, el Misericordioso, no...

Si el alma de Runt Davis había permanecido en aquellos lugares, su tortura debió quedar aliviada por aquel grito ahogado, y la boca del gangster decapitado debió sonreír de alegría malvada. Whitey Jano no dijo nada más.

Se oyó el silbido de la cimitarra enjoyada de Hadith y el cuerpo sin cabeza de Whitey Jano cayó al suelo.

—Esto ha concluido —dijo la voz apagada—, como el “Sabio” lo desea. Ahora iréis en busca de Doc Savage y de sus compañeros. De momento no disponemos del resplandor mortal. Pero es preciso acabar pronto con ese hombre de bronce y sus compañeros.

—Se hará como el “Sabio” lo desea.

El ejército descalzo se alejó. Nadie se había acercado a la puerta de la cripta de las momias. A Doc le pareció de mal agüero este

detalle.

¿Por qué no habían intentado entrar por aquella puerta? Sin embargo, el hombre de bronce ocultó sus pensamientos.

—Se han llevado los restos de Whitey Jano —dijo Doc—. Supongo que esto estaba decidido desde el principio, antes de que saliera de Nueva York. Hadith, el nubio, le seguirá cuando ese “Sabio” haya concluido con él.

—¡Maldición! —gritó Renny—. Son un enjambre de traidores. Jano planeaba acabar con sus propios hombres y el jefe supremo ha decidido acabar con él y con ese demonio nubio.

—Los que nunca lo han tenido se embriagan pronto con el poder y la sangre —hizo observar el hombre de bronce.

Doc iba describiendo un círculo y contó una docena de pasadizos llenos de enormes cajas de momias. De alguna parte llegó un ruido leve de pisadas.

Los demás no habían oído nada.

—Escondeos todos —aconsejó Doc—, dentro de las cajas de las momias, tan pronto como podáis.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Monk—. ¿Tengo que meterme dentro de uno de estos ataúdes?

—Claro —contestó Ham—. Al ataúd no le importa. No encontrará ninguna diferencia.

Los finos oídos de Doc le decían que estaban rodeados. Sus compañeros hicieron bastante ruido al quitar las tapas de los ataúdes. Doc dio una orden y Long Tom apagó su lamparilla. Todos tantearon en la oscuridad.

—¡Oh! —exclamó Pat Savage.

Johnny interpretó el motivo de esta exclamación en voz baja.

—Tanto da, Pat, el arrugado resto de una civilización prehistórica que causa su repulsión está inanimado irremediablemente.

Pat no contestó. No había gritado, tal como Johnny lo suponía, al tocar un rostro muerto desde hacía muchísimos años. Una mano delgada había surgido de la oscuridad a su lado tapándole la boca.

Un pulgar encontró un nervio en la base de su cerebro. La hermosa prima de Doc fue llevada por uno de los misteriosos pasadizos de la cripta.

Estaba temporalmente paralizada. Nuevamente habían raptado a

Pat.

Acababa por ser una costumbre que sufría la pobre muchacha. Los demás no se dieron inmediatamente cuenta de ello. Doc se había acurrucado detrás de una momia, movido a ello por un ruido furtivo que se multiplicó en torno a sus compañeros y a él mismo. De pronto la cripta se iluminó.

Habían encendido una docena de antorchas alrededor de la misma.

Instantáneamente se oyó la voz apagada que Doc había sorprendido en el pasadizo exterior.

—No os mováis, si no, todos moriréis en el acto. Esta vez no escaparéis.

Doc había identificado voz. Ninguno de sus compañeros lo había hecho, pero Doc sabía desde hacía tiempo que el dueño de esta voz acabaría por tomar el mando.

Nadie había logrado todavía esconderse en los ataúdes vacíos. Renny lanzó un juramento. Le habían cogido en el acto de sacar una momia para tomar su sitio en el interior de la caja. Doc permaneció escondido unos segundos.

Las antorchas hacían brillar los cañones de los rifles que les amenazaban desde muchos pasadizos. Sin duda, había otra puerta que daba acceso a la cripta y tal vez varias.

—Voy a hacerles tragar esos fusiles —gritó Monk.

—Hagamos tal como se nos manda —contestó Doc con gran calma—. El “Sabio” dice la verdad por ahora.

La voz oculta rió roncamente:

—¿Por ahora? Por haber destruido la muerte por la sombra, morirán por el agua.

Los rifles eran una amenaza que Doc no podía ignorar. Podía intentar luchar, pero ninguno de sus compañeros llevaba armas ni chaqueta a prueba de balas.

Los dedos del hombre de bronce tocaron una de sus granadas explosivas, pero no llegaron a tirarla. La tremenda explosión que seguiría no haría sino enterrarlos en las tumbas. El hombre de bronce salió de su escondite. No podía emplear sus cápsulas anestésicas por estar demasiado diseminados los beduinos. Se veía a varios de ellos a lo lejos, en el interior de los pasadizos.

Renny seguía protestando a grito pelado. Monk juraba de mala

manera apretando convulsivamente los puños, pero pronto estuvieron todos rodeados.

El corpulento Hadith dio órdenes con la cimitarra en la mano. Les quitaron a Doc y a Long Tom las armas y cuanto llevaban encima.

Le arrancaron a Doc la peluca que llevaba con su traje sirio, dejándole el pelo liso del color del bronce al descubierto. Les ataron los brazos con correas de piel de camello.

El rostro negro de Hadith tenía una expresión de odio triunfante. Doc Savage, pensaba el gigante nubio, no escaparía ya por más tiempo a la voluntad de Alá. Empujaron a los prisioneros por el pasadizo exterior.

Monk y Ham iban a retaguardia. Aunque sentían los cañones de los rifles en sus riñones. Ham habló en el lenguaje de los mayas, dirigiendo su comunicación a Doc.

—Pat no está con nosotros —dijo—. Tal vez se habrá ocultado en alguno de los ataúdes.

—No ha conseguido esconderse —contestó sorprendentemente Doc—. Se la han llevado.

La cimitarra de Hadith trazó amenazadores remolinos sobre la cabeza de Ham. Su gran hoja brillante pasó a corta distancia de la nariz angular del abogado y aunque éste se quedó asombrado al oír las palabras de Doc, juzgó más prudente no contestar.

La extraña procesión se internó en un nuevo túnel que iban remontando. Doc sintió sobre su cara una ráfaga de aire húmedo como cuando una leve brisa pasa sobre el agua.

Detrás de los ocho cautivos, Doc y sus hombres y los hermanos Cartheris, venían beduinos extrañamente cargados. Los bultos que llevaban no eran pesados, pero sí de gran tamaño.

El cedro es una madera muy ligera y los ataúdes estaban hechos de cedro.

Los árabes llevaban consigo ocho grandes ataúdes de momias. El túnel subía en un ángulo cada vez más pronunciado y finalmente acabó en peldaños practicados en la piedra.

Se oyó un ruido de agua corriente. La voz apagada habló detrás de los beduinos.

—Metedlos en los ataúdes.

Varias manos se abatieron sobre Doc y sus compañeros. Éstos se

creyeron irremisiblemente perdidos.

CAPÍTULO XXII

LA FLOTA DE MUERTE

DOC Savage trabajaba para deshacerse de las tiras de piel de camello que le ataban las manos a la espalda. Su disfraz de sirio le resultaba una ventaja.

Unas grandes tiras de una sustancia parecida a la carne saltaron arrancadas de sus muñecas y manos. Una de las correas se aflojó.

—¡Maldición! —gritó Monk cerca de él—. Nos meten en ataúdes antes de estar muertos y no siguiera se toman la molestia de encerrarnos.

Ham tenía una maravillosa oportunidad para contestarle como solía hacerlo, pero el abogado la dejó pasar, puesto que sus propios pensamientos distaban mucho de ser agradables.

La oscuridad era tan profunda que parecía ahogarles.

—Doc —dijo la voz de Renny bastante contenida—. ¿Tienes idea de adónde nos dirigimos?

—Eso lo veremos luego —contestó. Las manos del hombre de bronce estaban ya libres—. Hemos recorrido más de una milla a gran velocidad. Hasta ahora este río subterráneo queda encajonado en un acueducto. Más lejos aun puede perderse entre arenas...

—¡Maldito sea! Me lo pensaba —se quejó Monk—. Cuando eso ocurra. ¿Dónde estaremos nosotros?

Ninguno de los otros siete hombres supo qué contestarle. Doc se frotaba los brazos. Aunque era capaz de vencer al mejor nadador del mundo, era manifiestamente imposible que nadie adelantara una milla a nado remontando la rápida corriente de aquel río subterráneo.

Además, sólo la muerte les esperaría al final. Doc estaba analizando la situación. La flota de ataúdes de momias corría veloz

sobre el agua.

Cada uno de ellos llevaba dentro a un hombre. El cedro de los viejos ataúdes era ligero y flotaría mientras quedarse espacio sobre el agua.

Pero ¿cuándo tiempo habría espacio? De un momento a otro los ocupantes de aquellas extrañas embarcaciones esperaban chocar contra algún obstáculo en la bóveda y todos, incluso Doc, creía que el río atraería la flota de ataúdes en un túnel sin aire.

El hombre de bronce había sido despojado de sus prendas a prueba de balas.

No le quedaba ninguno de los dispositivos que solía llevar sobre su persona.

Sin embargo, no había perdido toda esperanza. Si se hubiese encontrado solo, habría intentado volver atrás, pero no podía abandonar sus compañeros a su suerte. Maniobrando con cuidado alcanzó todos los ataúdes, uno tas otro y desató a todos sus amigos. De pronto, un escalofrío recorrió su cuerpo.

Las cajas de cedro que flotaban juntas, habían tocado, todas a la vez, un techo bajo. La piedra de éste había ido inclinándose progresivamente.

Los ataúdes chocaron entre ellos. Ham levantó la mano y tocó una superficie viscosa, pulida por siglos enteros de contacto con el agua corriente.

—Monk —dijo en voz alta—. Tú no eres responsable de tu físico. No te guardo rencor de lo que has hecho de mí…

—¡Puf, tonterías! —contestó Monk en un gruñido—. Claro que tú no puedes menos que vestir como un maniquí de Park Avenue. Si yo tuviese tu figura llevaría buenos trajes también.

Con estas pequeñas concesiones, la pareja de extraños amigos dio a comprender a los demás que no veían al futuro con optimismo.

Bajo su aparente enemistad tenían la mejor opinión uno del otro. Doc Savage no dijo nada. Tocó la bóveda con la punta de los dedos.

Esta continuaba inclinándose hacia abajo. Las cajas de cedro se tocaban de vez en cuando. De pronto empezaron a abrirse, y el agua, penetrando por rendijas y grietas, mojó a sus ocupantes.

—Hay algo que debo deciros antes de que sea demasiado tarde

—dijo la voz débil de Denton Cartheris—. He sabido siempre que el "Sabio" era...

Calló, pues el agua le llenó la boca. Renny respiró con fuerza y se sacudió como si sus enormes piernas quisieran destrozar aquella embarcación de muerte.

La caja en la cual se encontraba Doc Savage iba delante de todas y el hombre de bronce notó de repente que la corriente disminuía. Sus manos se agarraron a los bordes de la caja. Encontraron roca que les rozó.

Doc juzgó que habían flotado a una distancia de dos millas, por lo menos, por el pasadizo subterráneo. Era imposible volver atrás aunque tuvieran oportunidad para hacerlo.

El río subterráneo acababa en aquel lugar. Podía continuar corriendo el agua entre rocas y arenas del desierto perdiéndose de mil maneras o...

—¡Rayos y truenos! —gritó Monk—. Subimos...

Ocho cajas de momias salieron del túnel y flotaron sobre lo que parecía una balsa subterránea. Las cajas se movieron lentamente como si las atrajera un enorme remolino. Doc Savage tocó rocas a los lados. El agua gorgoteaba...

Se escapaba por una pequeña abertura entre las rocas. El hombre de bronce empujó con fuerza su caja. Llegó ante otra abertura. Esta no tenía mas de unas pulgadas de ancho. Como ésta había otras muchas. Doc habló y su voz resonó de extraña manera. El techo del río era abovedado.

—Me parece que hemos llegado —declaró.

—¡Santo cielo! —exclamó Renny—. ¿Quieres decirme que no nos vamos a ahogar? ¿Qué quedamos prisioneros aquí?

Doc había dado la vuelta completa a su prisión. Aquella charca subterránea tenía cerca de doscientas yardas de diámetro.

—¡Maldición! —rezongó Monk—. Era preferible ahogarse.

—Siempre te quejas —dijo Ham—. No hay manera de contentar a al familia de los simios.

La lucha verbal volvía a empezar, puesto que de momento habían escapado de la muerte.

De pronto, la bóveda de roca vibró extrañamente, y unas olas cortas se formaron sobre la superficie del agua.

—Bueno, ahora un terremoto —gimió Renny.

—No —dijo Doc—. El ataque contra Tasunan ha comenzado. Esto ha sido una explosión subterránea. Ha ocurrido casi directamente debajo de nosotros.

Otra explosión repercutió en aquel rincón subterráneo.

—¿Crees, pues, que esto es un acueducto artificial, Doc? —inquirió Johnny.

No obtuvo contestación; una caja vacía chocó con la suya. Era la que Doc había ocupado hasta entonces.

Doc Savage nadaba bajo el agua. En la oscuridad más completa conservaba un extraño sentido de la dirección en la cual había entrado la flota de aquella balsa. Las manos del hombre de bronce tanteaban la piedra del fondo.

Al cabo de dos minutos salió a la superficie y nadaba rápidamente hacia sus compañeros.

—Salid de las cajas y nadar —ordenó—. Empujad las cajas sin soltarlas para nada y seguid mi voz. Cuidad de que Denton Cartheris nos siga; no puede valerse por sí…

—¿Qué ocurre? —preguntó Renny.

El hombre de bronce no contestó. Estaba mesándose el cabello bronceado que parecía impermeable. Otra nueva explosión repercutió en el ambiente.

Debió ocurrir a alguna distancia, pero se comprendía que venía de debajo.

Las ocho cajas estaban agrupadas en un rincón. Nuevamente, Doc se hundió debajo del agua y tanteando con las manos se acercó al sitio donde la corriente era más fuerte.

Subió, aspiró y se llenó de aire los pulmones, volviéndose a zambullir y ahora hizo una cosa extraña.

Apoyó una oreja contra las piedras del fondo y permaneció en esta situación unos segundos. Cuando salió a la superficie, el hombre de bronces llamó:

—¿Estáis cada uno cerca de su caja?

—Sí, todos estamos aquí —dijo Ham—. Y todos estamos de pie. Aquí sólo hay unos cuantos pies de profundidad.

—Esto es bueno —declaró Doc—. Que nadie ponga la cabeza debajo del agua. Que nadie se mueva.

Doc se llevó las manos a la cabeza y pareció quitarse el pelo de la misma.

En realidad se quitó el casquete a prueba de balas que llevaba en estas ocasiones y sacó del fondo unos objetos planos y metálicos. Cada uno de estos tenía unida una plaqueta.

Doc volvió a ponerse el casquete y se hundió debajo del agua. Nadando contra la corriente, el hombre de bronce llegó a la entrada del río y avanzó unos metros. Preparó las cajitas metálicas que llevaba en la mano, tocando las palanquetas y las tiró en dirección a la entrada del río.

Luego se hundió nadando rápidamente en la dirección opuesta.

Un ruido ensordecedor se oyó.

Varias explosiones ocurrieron en poquísimos segundos, y Doc y sus amigos se vieron juguetes de una enorme ola. Fueron empujados contra la pared rocosa y la bóveda pareció desplomarse frente a ellos, al otro lado de la charca. La ola siguiente fue más pequeña.

Lentamente el agua bajaba y un ruido sordo llegaba del túnel subterráneo.

En pocos minutos, la balsa se vaciaba. Doc abrió la marcha sobre un suelo de rocas resbaladizas y llegó ante una enorme abertura practicada en el suelo.

A alguna distancia el agua caía abajo. El fondo del antiguo acueducto había sido volado. En el lado donde se encontraban Doc y sus compañeros, el suelo estaba seco.

El río subterráneo de Tasunan caía como un Niágara por el fondo que quedaba abierto. Toneladas de agua iban a inundar un túnel que se encontraba a un nivel más bajo.

Se oyeron gritos de hombres en la lejanía. Unas voces débiles invocaban a Alá, el Misericordioso, el Compasivo. Una voz gritó muy alto y esta voz no era en árabe, el túnel interior se llenaba de agua torrencial.

El río subterráneo llenaba rápidamente el pasadizo que llevaba debajo de la ciudad de Tasunan. Las voces lejanas acabaron por callar.

Lleno hasta la bóveda, el túnel, no pudiendo admitir más agua, empezó a rechazarla hacia la antigua balsa. Sobre ella flotaban los cuerpos de varios beduinos.

—¡Vamos! —dijo Doc—. Por aquí.

Su asombrados compañeros lo siguieron. Denton Cartheris caminaba lentamente apoyándose en su hermano. Las explosiones

de las poderosas granadas de Doc habían abierto una brecha en la pared lateral de la bóveda.

Salieron a un pasadizo al final del cual se encontraba la cámara de muerte que quedó destruida. Estando allí, Doc, había notado previamente la posición del acueducto subterráneo fijándose en la humedad que recubría las piedras.

El sentido de la dirección y de los sonidos, le habían permitido descubrir que el túnel que llevaba a Tasunan había sido construido debajo del lecho del río.

Tal vez los tasunitas pensaron que así les sería fácil inundar sus defensas.

Mientras Doc guiaba a sus hombres hacia la ancha entrada, unos cuantos beduinos dejados fuera, salieron corriendo hacia el desfiladero de las colinas.

Las tiendas negras se levantaban a corta distancia. El hombre de bronce se encaminó a una de las más pequeñas.

CAPÍTULO XXIII

EL “SABIO”

DOC Savage miró unos segundos el cuerpo que yacía en la tienda negra y lo recubrió de un hermoso manto bordado.

La cabeza de aquel cadáver estaba casi separada del cuerpo.

—¡Maldición! —chillaba Monk—. Yo vuelvo atrás. Pat está ahí, en las tumbas. Tal vez no se la hayan llevado consigo.

—Yo también vuelvo —dijo Renny—. Es preciso encontrarla.

Los beduinos desaparecían furiosos.

—No será difícil encontrar a Pat —dijo sonriente, Doc Savage—. Siempre se las compone para salir de apuros y esta vez me parece que no hará excepción a la regla.

El hombre de bronce estaba de frente a las rocas desmoronadas que marcaban la entrada de las tumbas. Dos figuras se acercaban entre éstas y una de ellas era esbelta y tenía la cara blanca.

La otra figura tenía el cutis muy moreno. Era un hombre que llevaba el usual kafieh, gambaz y el abba de los árabes.

Sus dientes blancos brillaban entre sus labios sonrientes. Cruzándole el pecho llevaba una cinta multicolor que debía representar alguna dignidad.

—Vamos, pero si es Kassan —exclamó la voz débil todavía de Denton Cartheris—. Mi buen amigo Kassan de Tasunan.

Monk había saltado adelante sin oír las palabras del explorador.

—Al fin te tengo —chilló—. Voy a hacerte pedacitos y echarlos al sol para que los cuervos los recojan.

—¡Vamos, Monk! —exclamó Pat Savage—. Me sorprendes. El señor Kassan ha sido el único que me ha proporcionado un rato divertido estos días. Me ha raptado tres veces. No hay muchas chicas que puedan decir otro tanto.

El vestido de Pat, en el cual había sido clavada al suelo del desierto, estaba en bastante mal estado y el rostro de la muchacha estaba cubierto de suciedad.

—Oye, Doc —dijo con garbo—. Mira a quien te traigo. Te presento al señor Kassan, quien según parece, es el primero y único pistolero de Tasunan.

—Lo sabía desde hace algún tiempo —dijo sonriente Doc—. Tengo que presentarle mis excusas por nuestra pequeña dificultad en estas tumbas, señor Kassan. Pero era necesario impresionar a Whitey Jano y a los beduinos. Habrían juzgado extraño que no le pegara.

—El gusto ha sido mío —contestó el señor Kassan, en perfecto inglés—. Pero tiene un puño que parece la coz de un caballo.

—El señor Kassan me raptó la última vez que cayera en poder de Hadith —dijo Pat Savage—. La primera vez en Manhattan fue bastante brusco. Me alegro de todos modos que le hayas dado una leccioncita, Doc.

El señor Kassan se inclinó profundamente.

—La hermosa prima de Doc Savage parece siempre encontrarse a mi alcance cuando me siento con ganas de raptar a alguien.

Su rostro se ensombreció y añadió:

—Hadith y el hombre blanco han muerto en el pasadizo subterráneo. Estábamos cerca de ellos. Pero salimos por otro túnel cuya existencia conocía yo.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny—. Y yo que había probado con indiscutible lógica que usted era el “Sabio”. Antes de eso sospechaba de ese Carson Dernall, pero desapareció con el dirigible de Doc.

—Carson Dernall no murió al caer el dirigible —dijo lentamente Long Tom—. Escapó con ayuda de un paracaídas, igual que yo. Doc me encontró después de escapar de los beduinos. Fue entonces cuando ideó lo del amo sirio y su esclavo.

“Dernall aterrizó cerca de mí, pero Doc le permitió que se alejara. Dernall vivió para llevar a cabo su primera intención de traicionar a Whitey Jano. También quería acabar con Hadith y se proponía apoderarse del producto llamado tasunita y de la ciudad de Tasunan.

“Fue la tasunita lo que destruyó el dirigible. Dernall había

introducido una cantidad de este producto en la nave. Su poder es tan grande que hizo arder y destrozó al dirigible que normalmente era inflamable.

"Dernall tenía el proyecto de hacerse nombrar emperador de la ciudad oculta.

—Esto es cierto en parte —dijo Doc—. Pero Carson Dernall no era el verdadero "Sabio".

—Esto concuerda con mis propias observaciones —dijo el señor Kassan—, pero murió con los demás en el túnel inundado. Los tasunitas le debemos mucho. Tendrá usted de ese elemento que llama tasunita la cantidad que desee. Para usted representarán muchos millones.

Doc sonrió y meneó la cabeza.

—Es un producto poderoso y peligroso, señor Kassan. Le aconsejo que tan sólo saquen pequeñas cantidades del túnel hundido. Por mi parte, no lo aceptaré, pero le agradecería que enviara un poco a varios hospitales que le nombraré. Y me parece que Ranyon y Denton Cartheris merecen una buena recomendación.

El señor Kassan se mostró expansivo y amable.

—Tendría cuanto deseen —dijo—. Pero ¿no hemos olvidado algo importantísimo? ¿Qué hay del "Sabio"?

—Sígame, señor Kassan —dijo Doc.

Una vez en el interior de la tienda negra, Doc levantó una punta del mantón multicolor.

—¡Que Alá tenga compasión de su alma! —murmuró Kassan.

Fuera, Pat Savage, dijo de pronto:

—¿Qué ha sido de Lady Fotheran?

Denton y Ranyon Cartheris demostraron con su actitud que esperaban lo mejor.

—¡Oh! —dijo Pat—. ¡Cuánto lo siento!

Doc Savage salió de la tienda negra con el señor Kassan y se detuvo al lado de los hermanos Cartheris.

Pat Savage no era en vano mujer. Al alejarse el grupo se deslizó hasta la puerta de la tienda. Sus ojos encontraron unos pies diminutos que sobresalían del manto.

Pat lanzó un grito ahogado y se cubrió la boca con la mano.

—¿De manera que era esto? —dijo llenándosele los ojos de lágrimas—. Por esto Doc se mostraba tan misterioso.

Doc Savage sacó una caja metálica, llena y cuadrada de uno de los paquetes cargados sobre el lomo de los camellos que formaban parte del séquito de Duzan Kado.

La caja era la que había caído de los restos del dirigible y que Doc había ocultado en la arena. La había sacado y traído consigo cuando penetró en el campamento con Long Tom, como si viniera de Aleppo.

De aquella caja Doc sacó varios trozos de grueso cristal. Estos habían sido cortados y la silueta esbelta de una mujer hermosa con el brazo levantado se dibujó. Se veía claramente la cara… la nariz recta, la barbilla levantada.

La garganta tenía unas líneas delicadas… Doc explicó lo ocurrido frente al escaparate de la tienda de música. Los dos hermanos Cartheris miraron un momento el cristal y Ranyon rodeó con su brazo los hombros de Denton.

—No hay duda de que es Sathyra —dijo lentamente—. Iba en busca de usted, Doc Savage y encontró la muerte. Pero ¿quién es esa otra mujer que está muerta en la tienda?

—Era conocida bajo el nombre de Marian Le Gorde… la secretaria de su hermana y esposa de Carson Dernall —declaró Doc Savage—. Su hermana desconocía su verdadera identidad. Dernall estaba sometido a la voluntad de su mujer; pero el sexo débil no tiene autoridad sobre los beduinos y ella le permitió tomar su sitio haciendo de “Sabio”

—¡Mi hermana! —murmuró Denton Cartheris dejándose caer de rodillas. Tocó con reverencia los pedazos de cristal—. Murió buscando ayuda para nosotros.

—El cristal será enterrado con todos los honores de Tasunan —dijo el señor Kassan.

—El “Sabio” yace muerto en la tienda negra. Es posible que los beduinos lo hicieran responsable del desastre subterráneo.

Momentos después, el señor Kassan dijo a Doc Savage y a sus amigos lo que sigue:

—¿Serán ustedes huéspedes de Tasunan mientras están aquí?

—¡Oh! Y tal vez me rapten nuevamente —exclamó Pat Savage, esperando.

Tal vez sí, puesto que cuando alguien se asociaba con Doc Savage y sus compañeros, el futuro resultaba un gran interrogante.

Pero sobre la arena del desierto de Siria, las aguas del Atlántico preparaban unos acontecimientos que podrían al hombre de bronce en contacto con un misterioso submarino.

Esta será su próxima aventura, algo completamente inesperado y que lo llevaría lejos de las cálidas arenas de Siria.

FIN

Título original: *Murder Mirage*